

**BUSCAME**

Y ME **ENCONTRARÁS**



**ROBERT ESPINOSA**

# **BÚSCAME Y ME ENCONTRARÁS**

**ROBERTO ROSILLO ESPINOSA**

# Índice

## PRIMERA PARTE

El monstruo de Langreo

### Capítulo 1

La licencia

### Capítulo 2

La chica del camión frigorífico

### Capítulo 3

El matarife

### Capítulo 4

Iris, el beso de una puta

### Capítulo 5

Transvalsa

### Capítulo 6

El cerco

### Capítulo 7

La Agencia

### Capítulo 8

Los diez comensales

### Capítulo 9

Cosas que contarse

### Capítulo 10

[La Clínica](#)

[Capítulo 11](#)

[Camino de ida y vuelta](#)

[Capítulo 12](#)

[Entrando a hurtadillas](#)

[Capítulo 13](#)

[Reunión en el Café la Cala](#)

[Capítulo 14](#)

[Las chicas de Eduvigis](#)

[Capítulo 15](#)

[Cuestión de cuentas](#)

[Capítulo 16](#)

[La advertencia](#)

[Capítulo 17](#)

[La curiosidad mató al gato](#)

[Capítulo 18](#)

[La corbata colombiana](#)

[Capítulo 19](#)

[Las cosas de Pau](#)

[Capítulo 20](#)

[Mi soledad](#)

[Capítulo 21](#)

[La fianza](#)

[Capítulo 22](#)

[Las entrañas de la red](#)

Capítulo 23

El pantano del Negratín

SEGUNDA PARTE

El dueño del reloj

Capítulo 24

Lubina salvaje

Capítulo 25

La Casa del Colono

Capítulo 26

La peor pesadilla

Capítulo 27

Di mi nombre y desapareceré

Capítulo 28

Otura y el pecado de la gula

Capítulo 29

El Suspiro del Moro

Capítulo 30

Tras los pasos del reloj

Capítulo 31

Las vueltas del reloj

Capítulo 32

Amor patrio

Capítulo 33

El mito de Kronos

Capítulo 34

[La quinta puerta](#)

[Capítulo 35](#)

[El camino del búho](#)

[Capítulo 36](#)

[La Logia](#)

[Capítulo 37](#)

[Una visita inesperada](#)

[TERCERA PARTE](#)

[Cartas desde el abismo](#)

[Capítulo 38](#)

[El informe](#)

[Capítulo 39](#)

[El vértice de la pirámide](#)

[Capítulo 40](#)

[La Finca de la Minilla](#)

*El que lucha con  
monstruos debe cuidar que  
en el proceso no se  
convierta en uno de ellos,  
cuando miras dentro del  
abismo, el abismo también  
mira dentro de ti.*

F. Nietzsche

# **PRIMERA PARTE**

## **El monstruo de Langreo**

Con la capucha de su sudadera deportiva gris cubriéndole la cabeza y una palanca en las manos, el chico, de unos veinte años, intenta abrir las puertas traseras del camión frigorífico, amparándose en la fría y lluviosa noche de invierno. Con una de las puertas ya abierta, lanza la palanca hacia adentro, y apoyando sus manos en el filo de la entrada al frigorífico, se impulsa, y de un salto pasa al oscuro interior. Tras encender la pequeña linterna que sacó de uno de los bolsillos de su pantalón militar, puede ver que el cargamento son piezas de vacuno colgadas y abiertas en canal. Camina sobre la nieve del frigorífico y alumbra las reses de una en una, buscando una lo suficientemente pequeña como para transportarla a hombros hasta su vehículo. Cuando llega al fondo, mira hacia atrás: su mayor preocupación es que se cierren las puertas. Entonces, tropieza con algo que hay en el suelo. Se acuclilla y comprueba que se trata de una caja de madera, cerrada con clavos, de apenas cuarenta centímetros por lado. Vuelve a por su palanca y, con esfuerzo, consigue abrir la caja. Alumbra su interior y lo que ve lo hace retroceder rápidamente. Coge la primera pieza de vacuno que puede y sale del camión. Una vez fuera del frigorífico, camina por el parquin de camiones con la pieza a sus espaldas. A apenas unos metros, los giratorios azules de un coche patrulla. Los agentes, mediante un megáfono, le ordenan que pare. El joven deja caer la pieza al suelo.

# Capítulo 1

## La licencia

El crepitar de la leña en la chimenea, junto al sonido del nacimiento de agua de la sierra que tenían frente a casa, producía en Elena un efecto relajante similar al mejor de los spa que podía encontrar en la ciudad. A ello se sumaban las inmejorables vistas que tenía el salón. Sentada en su butaca, balanceándose muy despacio, con el viejo yorkshire a sus pies, regalo de su antiguo marido, veía la nieve caer en la montaña y acumularse en el poyete de la ventana. Estaba leyendo a la luz de una lámpara de pie situada entre la butaca y la chimenea. De vez en cuando, alzaba la vista hacia el paisaje.

Elena rozaba los cuarenta. Tenía el pelo largo, negro y ondulado, profundos y grandes ojos castaños, además de unos kilitos que siempre luchaba por quitar con endiabladas dietas y largas caminatas mañaneras que habían sustituido a las horas de gimnasio de cuando vivíamos en la capital, antes de que me instaran a dimitir. Era mi pareja sentimental desde que su marido perdiera la vida en un accidente de tránsito, hacía más de diez años. Desde que solicitaron mi dimisión, ofreciéndome una salida digna en lugar de suspenderme de empleo y sueldo como detective jefe de criminalística, por mi adicción al alcohol y la cocaína, pase de ser el inspector Dani Carcosa a un pueblerino más de Capileira, mi pueblo natal, en plena Alpujarra Granadina, viviendo humildemente con la magra pensión de viudedad de Elena. Con su ayuda y el aire limpio de la sierra, intentaba superar mis adicciones.

Nací en Capileira, pero soy de padre granadino y madre caboverdiana, quienes se conocieron cuando mi padre tripulaba en el Juan Sebastián Elcano. Mi piel es más negra que mis genes.

Era una tarde de sábado de finales de noviembre y, como cada sábado, fui a por leña a una casa vecina donde me la vendían por kilos. Elena se había quedado en casa leyendo uno de sus libros mientras esperaba mi regreso.

Los peores tiempos de mi adicción y desintoxicación habían pasado, y ahora me encontraba en una época bastante estable, después de haber pasado un auténtico infierno por el síndrome de abstinencia, tanto Elena como yo. Sin su inestimable ayuda me habría sido, sin duda, mucho más difícil, si no imposible. Llevábamos un año en el pueblo. Exceptuando las primeras recaídas, ya iban para siete meses sin consumir, tiempo que dediqué a la escritura de un libro sobre mis experiencias como detective de homicidios, el cual había movido por diferentes editoriales sin obtener ningún resultado. Ahora me planteaba sacar la licencia de detective privado, para lo que tendría que trasladarme a Granada, algo a lo cual Elena tiene un miedo insuperable por las posibles tentaciones de la ciudad.

Elena dejó el libro sobre la mesa que tenía frente a la butaca, cuando oyó abrirse la puerta de entrada situada al fondo de un largo pasillo. Lucas, el yorkshire, corrió a recibirme con una fiesta interminable de brincos, ladridos y movimientos agitados de su cola. Cuando entré, cerré la puerta tras de mí con un toque de talón. Avancé empujando una carretilla llena de leña de castaño, luego de saludar a Lucas acuclillándome para acariciar su lomo. Crucé el pasillo empujando el carro, mientras Lucas iba y venía corriendo de un lado a otro.

Cuando llegué a la cocina-comedor, separada por una barra americana, y en cuyo lado izquierdo Elena seguía sentada en su butaca junto a la chimenea encendida, la saludé casi con un gruñido, ya que habíamos vuelto a discutir por el asunto de la licencia de detective privado en Granada. Crucé la salita con el carro y, apartando una butaca, lo situé junto al leñero que había junto a la chimenea. Comencé a apilar los troncos ordenadamente, mientras el perro

meneaba su cola junto a Elena, y ella volvía a la lectura tras ver que yo no estaba de humor. Elena, de vez en cuando, alzaba la mirada hacia mí por encima del libro. Yo continuaba ordenando troncos, hasta que, cuando ya llevaba la mitad apilada, rompió el silencio.

—Sé lo importante que es para ti, Dani. Pero es que tengo miedo de...

Interrumpí sus palabras volviéndome hacia ella con el ceño fruncido, pero sin dejar de apilar leña.

—Sé perfectamente lo que te pasa. No confías en mí, y ya va siendo hora de que lo hagas. Más tarde o más temprano tendré que volver a la vida.

—Pero aún es pronto, Dani, ¿tan mal estás aquí?

—Aquí me gustaba venir de vacaciones, pero no como él fracasado que ha echado su carrera por tierra. Aquí la gente se alegra de eso, la envidia les corroe y están deseando que tengas un traspié para sentirse más aliviados.

—No tienes que pensar en eso. Piensa que has venido aquí a curarte y lo has conseguido, y que esto es solo una transición entre la vida que tenías y la que te espera. Pero creo que todavía es pronto, no podemos arriesgarnos a que recaigas otra vez.

—¡Pero es que no voy a recaer! —dije algo alterado—. ¡Es una decisión que tomé en su día, y sabes que cuando tomo una decisión voy con ella hasta el final! ¡Es algo que dejé por mí, egoístamente, por mi vida! ¡No lo hice por nadie, ni tan siquiera por ti!

A Elena se le entristeció el rostro, aunque hacía lo posible por disimularlo.

—A mí no me importa por quién lo dejaras, lo importante es que tomaste la decisión y lo hiciste. Imagino que es normal que lo hicieras por ti, al fin y al cabo se trata de tu vida.

Para mí, al contrario que para Elena, Capileira era mi infierno particular, un lugar donde todos sabían la vida y los milagros de todos, donde

la gente se alegraba de la desgracia ajena como forma de aliviar la suya propia, donde todo el mundo señalaba con el dedo al extoxicómano que he sido, en lugar de reconocer la cantidad de casos que había resuelto en mi vida profesional, que he sido muy bien considerado a pesar de mis devaneos con la dichosa dama blanca que fue la perdición que me llevó a terminar mi brillante trayectoria como detective. Ya se habían acabado para mí los tiempos de investigar homicidios, asesinatos y robos a gran escala. Ahora, todo a lo que aspiraba era a convertirme en un huele braguetas, que es como se denomina en la jerga profesional a los detectives privados cuyos casos son, en gran medida, la investigación de infidelidades, mujeres que sospechan de sus maridos y maridos que sospechan de sus mujeres. Un enorme potencial como el mío degradado a lo más bajo de la escala profesional. Pero, a pesar de todo, estaba ansioso por volver a investigar, por sentir que hacía algo más que vivir de la mísera pensión de viudedad de mi compañera, y salir de ese pozo sin fondo en el que para mí se había convertido mi pueblo natal, igual que conseguí salir del pozo de la droga y la bebida. Pequeño paraíso, gran infierno, había oído alguna vez de alguien que se refería a su pueblo, y así lo identificaba yo.

Terminé de colocar el último tronco de leña y, sin decir nada, me puse de pie, cogí la carretilla por ambos mangos y volví sobre mis pasos por el pasillo. Cuando salí y cerré la puerta. Lucas me siguió hasta la misma entrada, y se quedó sentado y gimoteando hasta que regresé.

Las cortas tardes de invierno hacen que la noche caiga temprano y la vista de las montañas nevadas se convierta en el reflejo de la salita donde estábamos poniendo los cubiertos sobre la mesa en la acostumbrábamos a cenar. Primero, un par de platos, dos vasos y un par de tenedores a la derecha de cada plato. Mientras, Elena estaba en la cocina, al otro lado de la barra americana, sacando un táper de plástico que introdujo en el microondas. Una

vez puesta la mesa y al calor de la chimenea, tomé asiento mientras Elena ya venía con el táper humeante de arroz con pollo recalentado. Lo colocó en el centro de la mesa, sobre un salvamanteles, y lo sirvió en cada plato.

—Ya tendríamos que haber vacunado a Lucas —comentó Elena.

—Tendremos que subir a Granada, si quieres subimos el lunes o el martes.

Lucas permanecía sentado entre nosotros, esperando recibir algo de comida, a lo que Elena no pudo negarse. Le ofreció un trocito de pollo que el perro devoró como si no hubiera comido nunca, a pesar de tener en un rincón, junto a la chimenea, su cuenco con pienso especial para perros. Elena, ante mi asombro, continuó diciendo:

—De paso, podrías comenzar los trámites para tu licencia.

Mi rostro se iluminó como cuando le dan un regalo a un niño, y no pude evitar incorporarme y coger con mis manos la dulce carita de Elena, plantándole un beso en sus carnosos labios.

Durante todo el fin de semana continuó nevando, así es que lo pasamos acostados en la cama, excepto cuando me levantaba para ir a la cocina por algo de comida. Iba descalzo y casi desnudo, pasando frío cada vez que salía del dormitorio. La casa era antigua y no tenía calefacción, exceptuando la chimenea y una estufa de leña que había en la habitación y que la mantenía caldeada. Estaba ansioso porque llegara el lunes, pero mientras tanto procuraba ser el amante perfecto para mi compañera, que tanto me había apoyado cuando mi teléfono dejó de sonar al día siguiente de que presentara mi dimisión, un teléfono que hasta entonces había sido un hervidero de llamadas.

Pasado el tiempo pertinente de burocracia, y con la licencia ya en mi poder, alquilé una pequeña oficina en el centro de la capital granadina, concretamente en plaza Nueva, junto al Tribunal Superior de Justicia. El local

estaba distribuido en una recepción con varios asientos, a modo de sala de espera, una puerta a la derecha donde se encontraba el aseo, y otra al fondo que daba a mi despacho. Tenía que trasladarme a diario en mi Jeep Cherokee negro desde Capileira. Así lo había acordado con Elena. Una vez montada la oficina, colgué una página web ofreciendo mis servicios, además de poner algunos anuncios en prensa y radio para darme a conocer como Maelena Detectives Privados. Las primeras llamadas, como ya suponía que sería el grueso de los encargos, se referían a infidelidades, aunque también trabajaba para empresas y aseguradoras que querían saber si el empleado que había pedido una baja estaba realmente enfermo o se trataba de una estafa. Pasarían varios meses, hasta primeros de febrero, antes de recibir una llamada que cambiaría la rutina de mi línea de investigación. Sonó mi teléfono móvil, que estaba sobre la mesa, cuando me encontraba revisando fotografías y algunos documentos del caso de un empresario que creía que su joven esposa, a la que le llevaba unos veinte años, le estaba siendo infiel. Pero, para tranquilidad de Melero, el viejo empresario, pude descubrir que se trataba de un claro caso de celos sin fundamento. Me disponía a llamarlo desde el fijo cuando el móvil daba ya cinco tonos, así es que dejé la llamada a Melero para más tarde.

—Maelena Detectives Privados, ¿dígame? Le atiende Dani Carcosa.

La voz era de una señora mayor, calculé que de unos sesenta, y se notaba muy nerviosa, preocupada por un asunto que no la dejaba dormir.

—Mi nombre..., mi nombre es Gertrudis..., pero puede llamarme Gertru... Verá... Es que... Se trata de...

La señora Gertrudis se quedó callada durante un momento, no sabía cómo comenzar, buscaba las palabras adecuadas.

—Está bien, señora Gertrudis, tranquilícese y comience por el principio.

—Verá... Se trata de mi marido. Necesito saber si tiene algo que ver

con lo que ha sucedido.

—¿Y qué es lo que ha sucedido? —inquirí.

—No sé si habrá leído la prensa, se trata de... Bueno, se trata de la chica que han encontrado en un camión frigorífico.

Recordaba perfectamente haber leído el artículo, y también haber hecho algunas cábalas sobre el asunto, defecto profesional. Intenté disimular mi alegría y mantener una apariencia de preocupación. Yo ya estaba acostumbrado a tratar con muertos y leer lo que estos me decían, y no podía evitar alegrarme de volver a investigar un crimen.

—Sí, sí que lo he leído. Quizá prefiera que hablemos en persona. Le doy una cita, si le parece bien.

—Verá, es que me es complicado salir de casa, si pudiera venir usted...

—¿Y su marido?

—Mi marido está siempre en la oficina, no hay problema por eso, pasa mucho más tiempo en su empresa que aquí en casa.

—Está bien, si me da su dirección, me paso mañana a primera hora.

—Carretera de la Sierra s/n, km 1,600.

## Capítulo 2

### La chica del camión frigorífico

Cuando llegué a la casa de la señora Gertrudis, bajé la ventanilla izquierda del Cherokee negro para llamar al videoportero. La finca estaba rodeada por poderosos muros de piedra, custodiados por varias cámaras de seguridad. Cuando comenzó a abrirse la enorme puerta de madera, cerré la ventanilla y atravesé la entrada circulando despacio por un camino empedrado. Mirando en derredor, comprobé que se trataba de un extenso terreno arbolado con la casa al final del camino. Aparqué al pie de una escalinata tras rodear una fuente de gran tamaño. Bajé del coche y subí los veinticinco escalones que llevaban a la puerta de entrada. En un extremo había una rampa que también conducía hasta ella. Una vez arriba, toqué al timbre de din-don. Enseguida abrió una chica joven con uniforme de sirvienta.

—Pase, la señora le espera. ¿Me permite su abrigo?

—Gracias.

—Sígame.

Sin duda, la calefacción estaba funcionando, ya que pude notar el calor en mi cara. Me quité el abrigo tres cuartos y se lo entregué a la chica del servicio. Una considerable lámpara de cristales colgantes presidía la entrada sobre otra fuente parecida a la del exterior, pero bastante más reducida, en la que había peces de colores. Dos escaleras, una a cada lado del recibidor, se elevaban hasta unirse en la primera planta. Entre ambas escaleras había un ascensor, pero subimos por la de la derecha. Una vez arriba, la chica abrió una doble puerta corredera y entramos a lo que parecía una biblioteca, cuyas dimensiones, según mi cálculo, triplicarían a mi casa de Capileira. Al fondo,

la señora Gertrudis giró hacia mí en su silla de ruedas, y la hizo rodar hasta acercarse lo suficiente. Como había imaginado, se trataba de una señora de unos sesenta años, de pelo blanco y elegantemente vestida.

—¿Desea algo más la señora? —preguntó la chica del servicio.

—¿Ha desayunado, señor Carcosa?

—Sí, ya desayuné, gracias.

—¿Me acepta un café?

—Claro, cómo no.

—Traiga dos descafeinados con leche, por favor, Bea.

Yo prefería café solo, pero no dije nada por no molestar demasiado.

—Tome asiento, por favor, señor Carcosa —dijo indicándome uno de los dos que había frente a una mesa de oficina. Ella se situó al otro lado.

—Bueno, pues, usted dirá, señora Gertrudis. Qué es lo que le preocupa.

—Solamente quiero saber la verdad.

—¿Se refiere a la chica que encontraron hace unos días en un camión frigorífico, en un área de servicio de Bailen?

—Sí, necesito saber si mi marido ha tenido algo que ver en ese espantoso crimen.

—¿Y qué le hace pensar que pueda tener algo que ver?

—Que el camión donde la encontraron pertenece a la empresa de mi marido, Transvalsa, Transportes Valverde S.A. ¿La conoce?

—Sí, de oídas. Tengo entendido que es una de las empresas de transporte más importantes a nivel nacional —afirmé.

—Nacional e internacional.

—Y dígame, señora Gertrudis, ¿sabría decirme a dónde se dirigía ese camión? ¿Cuál era su destino?

—Pues, no tengo ni idea.

—¿Y qué transportaba?

—Pues, si no me equivoco... —La señora Gertrudis dejó de hablar al ver que entraba la chica de servicio empujando un carrito con dos tazas de café descafeinado, una jarrita con leche humeante y un cuenco con terrones de azúcar. Colocó el servicio sobre la mesa y se retiró.

—Gracias, Bea —dijo la señora Gertrudis esperando la chica se retirara.

Una vez segura de que volvíamos a estar solos, continuó:

—Ternera, creo que era ternera, por lo que he leído en la prensa.

—Imagino que comprenderá que tengo que entrevistarme con su marido y con algunos empleados suyos.

—Solo espero que sea discreto.

—Por supuesto, no debe preocuparse por eso. Ahora, me facilitaría mucho el trabajo si me diera los teléfonos y la dirección de la empresa de su marido.

La señora Gertrudis abrió un cajón situado a su derecha y cogió una cajita de plástico transparente. Tras abrirla, con cierto esfuerzo, ya que parecía atascada, sacó del interior una tarjeta de visita y me la entregó. La miré y comprobé que conocía la dirección. Luego la guardé en el bolsillo de mi camisa y a continuación me levanté.

—La mantendré informada, señora Gertrudis.

La mujer asintió con la cabeza al mismo tiempo que cerraba un instante los ojos, antes de continuar:

—Espero que le dedique el máximo de sus esfuerzos a este caso.

—No le quepa la menor duda. Ahora, si me disculpa, voy a intentar entrevistarme con su marido lo antes posible.

—Claro, está bien.

Me retiré mientras la Señora Gertrudis avisaba por interfono a Bea.

—Acompañe al caballero a la salida.

—De acuerdo, señora.

De nuevo en el Cherokee, saqué un pitillo de la cajetilla que había dejado en el cenicero, y, tras varios intentos infructuosos de encenderlo con mi mechero, usé el del coche. Di varias caladas al cigarrillo y me ahuequé en el asiento al tiempo que expulsaba el humo y sacaba la tarjeta de visita para comprobar la dirección de Transvalsa. Solo entonces me erguí, arranqué el coche y me dispuse a salir de la finca.

Circulaba por la carretera de la Sierra en dirección a Granada, fumándome el pitillo, cuando decidí llamar a un amigo y excompañero de la división homicidios, el inspector Mejía, antes de entrevistarme con el señor Valverde. El inspector era un chico joven, de unos veinticinco, con toda la ambición y el amor por la justicia propios de los recién salidos de la academia. Busqué su teléfono y procedí a llamarlo con el manos libres. La guitarra de Santana, que sonaba por los altavoces, se silenció cuando comenzaron a oírse los tonos, Al quinto, atiende el teléfono.

—¿Sí?

—¿No sabes quién soy?

—¡Hola, Dani! ¿A qué debo el honor de tu llamada?

—La chica que encontraron en el camión frigorífico.

—¿Sí? ¿Qué pasa con ella?

—¿Quién lleva el caso?

—Yo.

—Perfecto. Oye, estará en el Anatómico Forense, ¿no? —dije con un tono que parecía más una afirmación que una pregunta.

—Pues, sí. ¿Y qué? —inquirió el inspector.

—Necesito que me lleves a verla.

—No puedo, sabes que no puedo, tú ya estas apartado de toda investigación.

—¡No me digas lo que ya sé! Yo, a cambio, te mantendré informado de todo lo que averigüe y te facilitaré la detención de los culpables.

—Qué te hace pensar que hay más de uno. Ya hay una orden de búsqueda y captura en marcha contra el matarife del matadero que se encargó de cargar el camión, que al parecer se ha dado a la fuga y está en paradero desconocido desde que encontramos el cuerpo de la chica.

—Por lo poco que he leído en la prensa, suponiendo que el chofer no esté involucrado, alguien se tiene que haber encargado de recoger el cuerpo de la chica en el lugar de destino, enterrarlo o lo que pensarán hacer con él. Así es que, como mínimo, ya hay dos involucrados.

—¡Muy bien, detective! Siempre consigues impresionarme.

—Entonces, qué, ¿hay trato?

—Nos vemos en media hora en el Anatómico Forense. Pero de esto ni una palabra a nadie, que me juego el puesto.

—No seas cenizo, también puedes conseguir un ascenso.

Di una última calada al cigarrillo, que ya casi quemaba mis dedos, y conduje en dirección al Anatómico Forense. Una vez allí, y tras dar varias vueltas a la manzana, conseguí aparcar en una calle paralela. Cogí el paquete de tabaco y saqué otro pitillo que encendí con el encendedor del coche. Cogí el móvil y salí. Caminé por la acera con el pitillo entre los labios mientras cerraba por completo mi tres cuartos. Al doblar la esquina, comprobé que el inspector Mejía ya estaba en la puerta. Tiré al suelo el cigarro, al que apenas le había dado un par de caladas, y lo apagué aplastándolo con mi zapato. Ya en la puerta, nos dimos un fuerte apretón de manos y comenzamos a andar hacia el interior del edificio. Recorrimos los pasillos desiertos y bajamos por la escalera hacia el sótano donde se encuentran la sala de autopsias y el

mortuorio. La puerta del mortuorio se encontraba abierta. Al entrar, dimos la luz, cuyo interruptor estaba situado en la pared de la derecha. Tras parpadear varias veces, finalmente se encendió y el inspector Mejía se dirigió con paso firme al cajón inoxidable número treinta y seis. Tiró de él hacia afuera, dejando el cuerpo sin vida de la chica al descubierto sobre la plataforma, también de inoxidable. Me situé al lado del inspector y, con un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo, comenté:

—¡Dios mío! ¡¿Qué han hecho con esta chica?!

—Aquí tienes una copia del informe del forense.

La guardé en un bolsillo de mi tres cuartos y saqué unos guantes de látex de una cajita situada sobre una mesa de instrumental. Me los coloqué y comencé a examinar y describir en voz alta los restos de la chica, grabándolo todo en un MP3.

—Tenemos el cuerpo de una chica de edad indeterminada, completamente mutilado, con cortes limpios en las muñecas, en los codos y a la altura de los hombros, que separan las tres partes. Las costillas están seccionadas una a una, y las piernas cortadas por los tobillos, rodillas e ingles. Los huesos están completamente descarnados y únicamente queda algo de carne en la cabeza. Fantan mejillas, orejas y lengua. La cabeza la tiene completamente afeitada. Dígame, inspector, ¿cree que estaba rasurada de antemano o la rasuró el asesino?

—Pues, yo diría que la rasuró el asesino, o era una enferma terminal de cáncer, ya sabe, por la quimioterapia. Es raro encontrar una chica con la cabeza afeitada si no es por algo así.

—Yo diría lo mismo. ¿Y respecto a la quemadura que se distingue en toda la cabeza, qué dice el forense? ¿Murió quemada o murió antes de que la quemaran?

—Según el forense, murió por un corte limpio en el cuello. Después la

quemaron sin que el fuego o el elemento incandescente llegaran a tocar su cuerpo, y por último la hicieron pedacitos.

—O sea, que querían asarla, no querían quemarla. Lo que nos da que si la asaron entera tendría que haber sido en un horno industrial, y eso elimina que haya sido en una casa particular. Ha podido ser en un restaurante, una pizzería o algo así, salvo que quien sea tenga el capricho y el suficiente dinero para tener un horno industrial en casa y, por supuesto, una cocina enorme. Sea como fuese, se trata de alguien con el suficiente dinero como para tener un restaurante o una cocina industrial en su casa.

—O alguien que trabaja allí.

—También puede ser, ¿un cocinero, tal vez?

—Tal vez.

—Según la dirección de los cortes en la cara, orejas, lengua y mejillas, se trata de una persona zurda que se situó a la derecha del cuerpo, cogió la lengua con la mano derecha y cortó con la izquierda, de izquierda a derecha. También cogió su oreja izquierda con su mano derecha y cortó de abajo arriba. Los carrillos, probablemente, los pinchó con un elemento punzante y cortó ambos de arriba abajo con el cuchillo en su mano izquierda.

—Entonces tenemos que fue en un restaurante o una gran casa con una gran cocina. Según el forense, murió hace setenta y dos horas, aunque la quemaron... —comenzó a decir Mejía.

—La asaron —aclaré.

—Está bien, la asaron hace cuarenta y ocho horas. Murió por un corte limpio en el cuello, y tuvo que hacerlo alguien zurdo y con el suficiente dinero como para tener un restaurante o una cocina industrial en casa, o alguien...

—Ahora que lo pienso, yo me inclinaría por una cocina industrial en casa. Quien quiera que sea el asesino, necesitaría cierta intimidad para llevar a cabo todo este trabajo.

—Pero ¿por qué tomarse tantas molestias y después dejar los restos en un camión frigorífico, metidos en una caja y en bolsas de basura, en lugar de enterrarlos?

—Mira su papada, la eligieron por tener unos kilitos de más. Por siniestro que parezca, está claro que querían comérsela, y es probable que quien fuera tenga aún restos en su nevera. Y lo de dejarla en un camión frigorífico, no me cuadra, salvo que tenga un contacto en el lugar de destino, o sea, el mismo camionero, que se encargaría de enterrarla muy lejos de aquí, probablemente en el extranjero.

—Entonces, el móvil no sería sexual —afirmó el inspector.

—Pues, yo diría que no, salvo que primero la violaran y luego la asaran y después se la comieran. Y no necesariamente en ese orden. ¿Cómo fue encontrado el cuerpo?

—Dos agentes de patrulla vieron una de las puertas del frigorífico abiertas y un individuo que bajaba del camión con una pieza de vacuno a la espalda. Lo detuvieron, aunque no dieron con el chofer. Al principio, el individuo no dijo nada, pero luego, en comisaría, aseguró que en ese camión había un cuerpo descuartizado. Cuando otra patrulla se dirigió al área de servicio, el camión ya no estaba, pero lo detuvieron a pocos kilómetros de allí. El chofer aseguró que él no sabía nada de la chica.

—Al estar en un camión frigorífico, debería tener cierto grado de congelación, y así sabríamos qué tiempo pasó en el camión. ¿Lo ha determinado el forense?

—Cinco horas, dice que desde que comenzó a enfriarse el cuerpo hasta que la sacamos de allí medio congelada pasaron cinco horas.

—Ajá, ¿y cuál era el destino del camión?

—Rusia.

—Pues no se puede decir que llegara muy lejos. ¿El camión está

incautado?

—Sí, sigue en el depósito.

—Pues, me gustaría echarle un vistazo. También me gustaría ir al matadero donde cargaron la carne y al domicilio del matarife que se encuentra en busca y captura. Otra pregunta. ¿Nadie ha reclamado el cuerpo ni denunciado la desaparición?

—De momento no.

—Habría que saber quién es la chica. Quiénes son sus amigos, en qué ambiente se movía, dónde trabajaba, relación con la familia, dónde vivía, relación con los vecinos, a qué dedicaba su tiempo. Tiene varios empastes, lo que quiere decir que debe tener un historial clínico dental. Debes pedir que hagan un informe bucodental exhaustivo y después hay que barrer todas las clínicas dentales de la capital y, si es necesario, de la provincia o el país.

—Lo pediré a lo largo de la mañana. Ahora, si te parece, salgamos de aquí antes de que venga alguien. Vamos al depósito.

El inspector Mejía volvió a cerrar el cajón número 36 mientras yo guardaba mi MP3, me quitaba los guantes y los tiraba a una papelera cercana. Salimos del mortuario tras apagar las luces.

Ya en la calle, saqué un pitillo y tras ponerlo entre los labios eché mano de mi encendedor. A pesar de que recordé que no funcionaba, intenté encenderlo, sin éxito.

—¿Tienes fuego? —pregunté al inspector Mejía.

—Sabes que no fumo.

—Pues, deberías llevar, aunque solo sea para dar a quien lo necesite.

—Claro —comentó el inspector sin prestarme mucha atención.

Pude percibir el desgano con que Mejía contestaba, así es que callé mordiendo el pitillo con los incisivos hasta subirnos al coche. El silencio que ambos manteníamos era causado por el pensamiento que compartíamos en este

momento: si no fuera por lo que fue, yo no habría echado mi carrera a perder.

Pasamos media mañana en el mortuario. Eran ya las 12:00 a. m. cuando llegamos al depósito donde el camión estaba requisado hasta efectuarle las pruebas pertinentes. Aparcamos en la misma puerta. Bajamos del Cherokee, entramos y saludamos al policía de la garita.

—Buen servicio, soy el inspector Mejía. Vamos a echar un vistazo al camión —anunció mientras se identificaba.

—Claro, cómo no —Entonces se dirigió a mí—: Oiga, aquí no se puede fumar.

—Está bien, ya lo apago. Eres el rey de la garita ¿eh? Y tu reino es la silla donde te sientas ¿no? Ya veo, aquí mandas tú —le dije irónicamente.

El guardia no hizo caso de mis incisivas palabras y con Mejía nos dirigimos al camión. Abrimos una de las puertas del frigorífico.

—¿Es que está arrancado? —pregunté.

—No, es el frigorífico lo que está en marcha.

—¿Han sacado ya todas las huellas?

—Sí, podemos pasar tranquilos.

Saltamos al camión, primero el inspector y luego yo. Observé la puerta forzada. Caminamos entre las piezas de vacuno colgadas del techo con ganchos, hasta llegar al fondo del frigorífico, donde habían encontrado los restos de la chica.

—¡Joder, qué frío! —dije.

—Y qué te esperabas, es un frigorífico. Aquí estaban los restos de la chica —dijo señalando una caja de madera abierta en el rincón derecho del fondo.

—¿Metidos en la caja?

—Sí, el chico que la encontró dijo que pensaba que sería algún tipo de vino, y cuando abrió la caja se llevó la sorpresa de su vida.

—¿La puerta del camión estaba forzada antes de que llegara el ratero?

—No, asegura que la forzó él.

—Lo que quiere decir que solo pudo haber dejado la caja alguien que tuviera las llaves, o alguien que aprovechó mientras estaban cargando la carne.

—Así es.

—¿Habéis sacado huellas de la caja?

—Claro, y solo se han encontrado las del chico.

—¿Del ratero, quieres decir?

—Sí.

—Pues, una de dos, o el ratero puso la caja, o quien sea utilizó guantes, y en ese caso no encontrareis huellas en ningún sitio. Pero cuando una persona permanece en un determinado lugar, al retirarse deja en ese recinto indicios materiales de su permanencia, y se lleva consigo indicios del lugar.

—Teorema de intercambio —agrega el inspector.

—Efectivamente, ya veo que has estudiado. Aquí tiene que haber algo que haya dejado quien puso la caja.

—A parte de las huellas de pisadas sobre la nieve, no hemos encontrado nada más.

Me acuclillé para revisar las pisadas.

—¿Y cuántas clases de pisadas se han encontrado?

—Tres, unas son las del chico. Bueno, el ratero, que llegan hasta la caja. Otras las del chofer, que también llegan hasta la caja, y otras que suponemos que son del matarife que cargó el camión, que son de las que más hay, y también llegan hasta la caja.

—Y el matarife ha huido, está claro que eso lo convierte en el principal sospechoso. Esto echaría por tierra la hipótesis del hombre adinerado. Pero ¿dónde la cocinaron entonces? ¿Por trozos en un horno

convencional?

—El forense asegura que la asaron entera y después la trocearon.

—¿Y cómo iba el matarife, un hombre que probablemente viva en un suburbio, a disponer de un horno industrial? Quizá trabaje para alguien que disponga de ese horno... Un momento, Mejía, aquí hay algo. Dame unas pinzas y una bolsa de pruebas.

El inspector me dio lo que le solicité y con las pinzas cogí restos de una planta aplastada en una de las huellas, presumiblemente del matarife. Una vez que le di la bolsita al inspector, me dispuse a analizar la caja. Había algo que probablemente no significara nada, pero cuando no tenemos nada, hay que comprobarlo todo. Se trataba de un pequeño y apenas perceptible dibujo, el cual fotografié con mi iPhone. Al ampliar la imagen, comprobé que se trataba del sello de un búho en posición de ataque, encerrado en un triángulo.

# Capítulo 3

## El matarife

Llegó a Granada hacía un par de años, con una mano atrás, otra adelante y cincuenta euros en el bolsillo, pero con toda una vida de experiencia como matarife en Langreo, su pueblo natal. Con sus cincuenta años, llevaba desde los dieciséis matando reses, desde que nació en un matadero, que fue donde su madre lo trajo al mundo. Ordoño, que así lo bautizó la madre, rompió a llorar entre berridos de vacas, cerdos y ovejas. Hijo del también llamado Ordoño, su padre era el matarife y el encargado de la finca donde vivía la familia. Nadie sabe por qué dejó su pueblo, su casa y el trabajo de toda una vida para trasladarse a Granada, pero lo cierto es que ahora también había dejado la capital granadina y todo el mundo rumiaba un porqué. Cuando llegué al matadero, eran las cinco de la tarde. Las reses caminaban del camión de ganado a sus respectivos martirios. Busqué la oficina donde probablemente encontraría al director gerente. Vi una escalera, y tras subir los empinados escalones metálicos, traspasé la puerta acristalada y encontré, tras de una mesa, a una chica joven que sin duda sería la secretaria. Entonces, me dirigí a ella de forma deferente:

—¿Podría hablar con el gerente?

—¿De parte de quién? —preguntó ella.

—Dígale que el detective Dani Carcosa quiere hablar con él en relación a Ordoño.

La chica, cuya extremada delgadez simulaba la de un galgo, facciones finas de afilada nariz y pequeños ojos, descolgó el teléfono con sus largos y finos dedos. Tras marcar el cero, consiguió hablar con su jefe.

—El detective Dani Carcosa desea hablar con usted referente a Ordoño.

El agudo y entrenado oído del que disponía me permitió oír lo que su jefe le contestaba:

—¡Ya he hablado con la policía todo lo que tenía que hablar, yo no sé qué coño más quieren, se ha marchado y punto! —dijo muy enojado y colgó bruscamente el teléfono.

—Lo siento, pero está muy ocupado.

—¿Sabe si tiene alguna hija? —dije a la secretaria.

—Pues, sí, tiene dos.

—¿Cómo se llama su jefe?

—Sebastián —contestó lacónica.

Sin pensarlo dos veces, me dirigí a abrir la puerta que separaba al jefe de su secretaria que, asombrada, no hizo nada por impedirlo. Al entrar, pude comprobar que Sebastián estaba escribiendo con la mano izquierda.

—Señor Sebastián, ¿qué le parecería si en ese camión hubiera aparecido alguna de sus preciosas hijas? —le increpé desde la puerta.

—¿Pero qué más quieren que les diga?! ¡Era un tipo raro! ¡No hablaba con nadie! ¡En los dos años que ha estado aquí, ni una sola vez se ha comido el bocadillo con sus compañeros! ¡Lo hacía solo, en un rincón! ¡Con esa extraña mirada! ¡Y para colmo, me ha dejado tirado de un día para otro! ¡¿Qué más quiere que le diga?! —Los ojos le centelleaban de furia.

—Pues, por ejemplo, ¿cree usted que era una persona responsable?

—¿Responsable? Pues me parece que ya ha demostrado que no. No se puede dejar un trabajo así, de un día para otro —dijo más sosegadamente.

—¿Alguna vez ha faltado a su puesto sin comunicarlo de antemano o ha llegado tarde?

—No, nunca ha faltado a su puesto, y tampoco ha llegado tarde, al

contrario, siempre estaba aquí diez minutos antes.

—En cambio dice que no era una persona responsable.

—¿A dónde quiere ir a parar?! ¡Está claro que si alguna vez lo fue, dejó de serlo en el momento en que dejó su trabajo sin avisar!

—¿En su caso, usted habría avisado? ¿O seguiría viniendo al trabajo para no levantar sospechas?

—¿Cómo que en mi caso?! ¡¿Qué quiere decir con eso?! ¡Márchese de aquí ahora mismo! —Le volvieron a centellear los ojos.

—Perdone, no pretendía ofenderlo. Una última pregunta. ¿Cree usted que hacía bien su trabajo?

—Probablemente era el mejor. Con él los animales casi no sufrían, casi que ni chillaban, no les daba tiempo.

—¿Y con respecto a las chicas? ¿Cómo era su relación con ellas?

—¡Y yo qué coño sé, aquí no hay chicas, aparte de mi secretaria! ¡Pregúntele a ella!

—Lo haré. Muchas gracias por todo. Si tuviera alguna pregunta más, volveré por aquí. ¡Ah! Sí, algo más. ¿Le gusta a usted cocinar?

—¿Cocinar? ¿A mí? ¿Y a qué viene eso? En mi casa la que cocina es mi mujer. Ahora, si no le importa, tengo mucho trabajo —dijo señalándome la puerta.

—Perdone, otra pregunta. ¿Sabría decirme si Ordoño era zurdo o diestro?

—Pues, no tengo ni idea. Ahora, si no le importa —Volvió a señalar la puerta.

Sabía ocultar muy bien la verdad del asunto, pensé, o realmente no sabía más de lo que contaba. Tuve la sensación de que realmente no sabía que a la chica la habían cocinado. Al parecer, solo conocía lo que había salido en la prensa, y ese detalle no se publicó en ningún medio. Pero era zurdo, y eso

ya lo convertía en potencial sospechoso. Así es que salí con cara de circunstancia y me dirigí a la secretaria cambiando el gesto:

—¿Podría hacerle un par de preguntas?

—Claro, cómo no.

—¿Cómo definiría a Ordoño?

—Como un hombre de pocas palabras.

—¿Alguna vez tuvo ocasión de hablar con él?

—Solo cuando venía a firmar la nómina a primeros de mes. Yo intentaba arrancarle alguna palabra o una sonrisa, para hacer el trabajo más llevadero, como hago con todos, pero él era diferente.

—Era un tipo raro, ¿no?

—No sé, supongo que sí, no hablaba con nadie. Bueno, una vez alguien me dijo que hablaba con los animales.

Sonreí.

—¿Con los animales? ¿Y qué podía hablar con los animales?

—Bueno, en realidad lo que me dijo es que los tranquilizaba antes de matarlos, y parece ser que lo conseguía. Los animales morían tranquilos, por lo visto.

—Ha dicho antes que venía a firmar la nómina, ¿pudo fijarse si era zurdo?

—No, firmaba con la derecha, estoy segura porque tenía tatuado un sol en la mano, y era en la derecha, seguro. Entre los dedos índice y anular. Y tenía otro igual tras el lóbulo de la oreja izquierda.

—¿Otro sol?

—No. Igual de tamaño quiero decir. Tras la oreja izquierda lo que tenía era una luna. Pequeñita también.

—Ajá. Y podría decirme quién le dijo lo de que hablaba con los animales.

—Sí, fue Carlos, puede encontrarlo abajo.

—De acuerdo, muchas gracias por todo.

Salí de allí con cierta idea en la cabeza y un posible sospechoso, porque si verdaderamente Ordoño no era zurdo, probablemente el no había matado a la chica. Pero, entonces, ¿por qué había desaparecido sin dejar ni rastro? ¿Por qué se había marchado? ¿Quizás sabía algo y no quería dar lugar a que le preguntaran? ¿Es posible que, aunque él no la matara, sí colocara la caja en el camión? ¿Sabría lo que había dentro? ¿Sabría quién estaba detrás de todo esto? Esperaba que mis dudas se aclararan tras hablar con sus compañeros. Bajé la empinada escalera para buscar a Carlos y me dirigí al primer empleado que vi.

—Perdone, ¿Carlos?

—No, es aquel del fondo, el que está con la vaca canela —dijo extendiendo el brazo.

—Ajá, bueno, quizás tú también puedas ayudarme. Soy el detective Dani Carcosa. ¿Te importaría responder a unas preguntas?

—Claro, usted dirá. Es referente a Ordoño, imagino.

—Exacto. ¿Alguna vez tuvo ocasión de hablar con él?

—Poca cosa, hola, adiós y poco más. Él venía, hacía su trabajo y se iba.

Observé que el chico llevaba puestos unos guantes.

—¿Siempre usáis guantes? ¿Todos?

—Sí, son las normas.

—¿Cuando cargáis un camión también?

—Sí, para no tener contacto con la carne.

—Ajá. ¿Crees que Ordoño ocultaba algo, quizá de su pasado en Asturias?

—Pues, no sé... Puede ser... Aquí se comentan cosas, pero todo

después de su marcha sin dar explicaciones.

—¿Cosas? ¿Cómo qué cosas?

—Como que mató a su familia y se comió a su hermana pequeña cuando él tenía dieciséis años. No sé, burradas, pero que al marcharse de esta manera crean cierta credibilidad. —Se encogió de hombros.

—¿Y de dónde ha salido ese comentario? No sabía que tuviera una hermana pequeña.

—Aquí nadie lo sabía, hasta que Carlos estuvo de vacaciones en Asturias, y por lo visto fue a su pueblo, aunque no comentó nada hasta que Ordoño se marchó.

—Ajá, parece que voy a tener que hablar con ese tal Carlos. Muchas gracias por todo.

—De nada.

El chico siguió a lo suyo mientras yo caminaba hasta el fondo de la nave en busca de Carlos, que se encontraba en cuclillas, al parecer revisando una de las pezuñas de la ternera.

—¿Carlos?

—Sí, soy yo, ya he visto que hablaba con mis compañeros, se trata de Ordoño, ¿no? —comentó sin quitar la vista de la pezuña.

—Pues sí, quería hablar sobre Ordoño, hay un par de cosas que quizás puedas aclararme.

—¿Es usted policía? —me preguntó alzando la mirada.

—No exactamente, soy detective privado.

—Pues, usted dirá, detective —dijo volviendo a fijar la vista en la pezuña de una de las patas traseras de la ternera.

—Sin menospreciar vuestro trabajo, no parece ser muy agradable, ¿no, Carlos?

—Pues, no, la verdad sea dicha.

—Al menos estará bien pagado, ¿no? ¿Cuánto venís cobrando?

—Sobre mil doscientos. Cuando hay horas, sobre mil cuatrocientos, pero no creo que haya venido a hablar de mi sueldo. —Volvió a alzar la vista hacia mí.

—Claro que no, pareces un chico muy observador. —Intenté utilizar la vanidad para hacer que se soltara de la lengua—. ¿Qué podrías decirme de Ordoño que tú hayas observado?

—Pues, poca cosa, aparte de que era más raro que un perro verde. Yo al principio intenté acercarme a él, pero fue inútil. Solo conseguía desaires. Por lo visto, a él no le gustaba la gente, prefería estar solo, así que opté por no acercarme a él más que lo imprescindible.

—¿Crees que es una persona violenta? ¿Agresiva?

—No, sus desaires eran más bien como de no prestarte atención cuando le hablabas, como si estuviera por encima de lo que tuvieras que decirle.

—Era una persona engreída, entonces.

—Yo más bien creo que intentaba disimular algún tipo de complejo. Por eso ese aire de superioridad fingida. —Carlos se ha atrevido a dar una teoría psicológica respecto al comportamiento de Ordoño, pensé.

—¿Crees que tenía algún tipo de habilidad especial para con los animales?

—Para con las personas, desde luego que no.

—Ajá. Esto es importante, ¿te fijaste alguna vez si era zurdo?

—Pues, ahora que lo dice, cuando tenía que matar a un animal, siempre se ponía por el lado contrario, lo que me da que pensar que usaba la mano izquierda. Sí, estoy seguro. Pero el caso es que cuando tenía que coger algo, cualquier cosa, lo hacía con la derecha, de eso también estoy seguro.

—¿Y cómo está tan seguro?

—Porque cuando tenía que firmar un albarán de llegada, se quitaba el guante derecho para coger el bolígrafo, y precisamente en esa mano tenía un tatuaje.

—Ajá. Y en esos acercamientos, alguna vez hablasteis de chicas.

—Bueno, una vez, para romper el hielo, le pregunté qué le parecía Yolanda, la secretaria, y se limitó a decir muy flaca.

—O sea que es posible que le gustaran más rellenitas.

—Pues, no sé, supongo, es posible.

—Está bien, Carlos, muchas gracias por todo. Bueno, una cosa más, ¿crees que Ordoño disfrutaba con su trabajo?

—Pues, no sabría decirle, su rostro era inexpresivo y esto, aunque no te guste, al final te termina inmunizando.

Me marché de allí sin preguntarle por los comentarios de la familia de Ordoño, porque era algo que podía averiguar por mi cuenta a través de fuentes más seguras, como la policía de Langreo. Saqué en claro que Ordoño no era zurdo, pero que, al parecer, el cuchillo sí que lo usaba con la izquierda, además de que era una persona poco sociable, inexpresiva, y que Carlos hablaba demasiado, ya que la secretaria me había comentado que Ordoño tenía cierta facilidad con los animales, y a mí no me contestó una pregunta directa referida a esa habilidad.

Ya había oscurecido, así es que me apresuré a coger el Cherokee para volver como cada noche a Capileira, al calor del crepitante fuego de mi chimenea y de mi compañera, para lo cual tenía que recorrer un trayecto de media hora de autovía y otro tanto de serpenteantes montañas con carreteras secundarias. Normalmente, el camino se me hacía más ameno escuchando la guitarra de Santana y fumándome algún cigarrillo, pero en esta ocasión prefería tener los cinco sentidos en las preguntas sin resolver del inquietante caso que tenía entre manos, y que me había llegado de la mano de la señora

Gertrudis. Por cierto, tenía que acordar una tarifa, ya que de eso no habíamos hablado. Tendría que dejar otros casos para dedicarme de lleno a este, aunque imaginé que el dinero para ella no sería un problema, o al menos no tanto como el hecho de saber si su marido tenía algo que ver con esa extraña muerte.

Ya en casa, Lucas salió a recibirme con el mismo entusiasmo de siempre, y Elena tenía la chimenea encendida y la cena puesta en la mesa: pisto de verduras. Intenté estar conversador, pero mi cabeza no paraba de pensar, y desde luego, que si de algo no quería hablarle a Elena era de lo que tenía entre manos.

—¿Saliste a caminar esta mañana? —le pregunté.

—Sí, como siempre. Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo has echado el día?

—Como siempre, al servicio de maridos celosos y empresas no menos celosas —dije con la mirada clavada en el plato.

—Por cierto, se me olvidaba decirte que hace un rato llamó Mejía. Hace tiempo que no hablabais ¿no?

—Sí, hace tiempo. ¿Y qué quería? —Alcé la vista hacia Elena.

—Solo dijo que lo llamaras.

—¿Y cómo no me ha llamado al móvil? —dije entre lenguas.

—¿Cómo dices? —inquirió Elena que no pudo oír lo que decía.

—Nada, que voy a llamarlo —le contesté con una media sonrisa conforme me levantaba.

—¿Y no puedes esperar a terminar de cenar? —me reprochó frunciendo el ceño y los labios al tiempo que tiraba sobre la mesa la servilleta arrugada.

Hice oídos sordos y me dirigí a la habitación para evitar que Elena oyera nada referente al caso de la chica asada y mutilada. Busqué el número del inspector en la agenda del móvil y pulsé el botón de llamada.

—¿Sí?

—¿Qué hay, Mejía, qué querías?

—¿A que no te imaginas qué ha encontrado el forense alojado en los orificios nasales de la chica?

—¿Qué?

—Comino, ha encontrado comino. Está claro que quien sea la ha cocinado para comérsela.

—Ajá. —No me sorprendió en absoluto—. Mira, necesito que llames al departamento de policía de Langreo, en Asturias, y averigües todo lo que sepan sobre Ordoño y su familia.

—Está bien, lo haré mañana a primera hora.

—Y quiero que me lleves después al piso de Ordoño, a ver qué encontramos.

—De acuerdo, aunque ya miramos y no hemos visto nada raro.

—De todas formas, me gustaría ir.

—Claro, cómo no. Ah, se me olvidaba, ya encargué el informe de la dentadura de la chica, estará mañana.

—Pues, en cuanto esté, ordenas que empiecen por el centro y que vayan ampliando la búsqueda en círculos concéntricos hasta dar con la clínica que tenga su historial.

Al inspector Mejía no le costaba nada obedecer mis órdenes, ya que no solo tenía más experiencia que él, sino que además yo había sido su mentor, y confiaba en que mi colaboración le ayudaría a resolver el caso con cierta facilidad.

—Quedamos en Puerta de Elvira, si le parece bien, para ir a la casa de Ordoño.

—¿Es que vive por allí?

—En un piso del viejo Albaicín.

—¿A las nueve está bien?

—De acuerdo, a las nueve.

Nos despedimos y volví para continuar con la cena, y, por supuesto, Elena preguntó que qué quería, por lo que tuve que inventar una excusa tan absurda como que el inspector quería invitarme a su despedida de solteros, ya que sabía que se casaba en unos meses. Elena quedó conforme y yo sonreí.

A las ocho de la mañana del día siguiente, Elena salió a caminar con Lucas mientras yo me metía en mi coche. Encendí un pitillo con el encendedor del vehículo, ya que había olvidado conseguir otro mechero. Volví a circular por la serpenteante carretera esta vez, sí, escuchando a Santana. En casa nos habíamos quedado sin café, así es que decidí parar en la primera estación de servicio que encontré para tomar uno de esos cafés de máquina, a sabiendas de que me arriesgaba a que tuviera un efecto laxante. Tomé el café en el interior del coche y ya el primer sorbo me supo a rayos, pero al menos la cafeína conseguiría que mis ojos no se cerraran. Aparqué el Cherokee, con cierta dificultad, unas calles antes de llegar a Puerta Elvira, hasta donde me dirigí caminando después de encender otro pitillo con el mechero del coche. A lo lejos vi la mano alzada del inspector y me acerqué a él dando pequeñas caladas al pitillo y tosiendo varias veces antes de llegar.

—A ver cuándo dejamos el tabaco —dijo el inspector cuando ya me tenía casi encima.

—Es el único vicio que me queda para sentirme vivo.

Era la respuesta que siempre daba cuando me decían algo similar.

Atravesamos la Puerta de Elvira y comenzamos a caminar por la milenaria calle Elvira, entre la variedad de gentes que por allí vive o pasa, y que salían y entraban de sus estrechos callejones. A medida de que nos aproximábamos a la calle de Ordoño, el inspector me comentaba lo que consiguió averiguar de este y su familia.

—Según los archivos de la policía de Langreo, Ordoño se crió en el

seno de una familia desestructurada. Cuando cumplió los dieciséis, su hermana de cinco desapareció sin más y no se ha vuelto a saber de ella. Sus padres, que ya antes de la desafortunada pérdida eran asiduos bebedores, se volcaron de lleno en la bebida y una mañana aparecieron, los dos, colgados por la nuca de los mismos ganchos de colgar reses, abiertos en canal y con las tripas colgando hasta el suelo. Todo indicaba que había sido cosa de Ordoño, ya que era el único que pasaba las noches con ellos y, según la investigación, nadie entró en el matadero esa noche, pero el juez desestimó el caso atendiendo a la apelación de la defensa, que decía que Ordoño, un chico por entonces muy canijo, no podría haber movido él solo a sus padres, ambos con serios problemas de obesidad. Fue entonces cuando el encargado del matadero lo contrató, a sabiendas de que conocía bien el oficio y podía sustituir a su padre perfectamente. Le dejó la casa donde antes vivía con su familia.

—Tremenda historia la de Ordoño, ¿crees que sería él? ¿No te han dado una opinión personal?

—Pues, no sé, el sargento que me atendió no se atrevió a mojarse, aunque sí me dijo que en el pueblo había muchas teorías al respecto.

—¿Crees que sería ese el motivo por el que decidió trasladarse?

—Seguramente, eso debe de haberlo marcado para siempre, y es probable que no aguantara más la presión y decidiera cambiar de aires.

—Puede ser —contesté lacónico.

Repleta de teterías y de pequeños comercios, la empinada calle de Ordoño estaba situada al final de Elvira, a la izquierda. La subimos silencio, inmersos cada uno en nuestros pensamientos respecto a Ordoño y su particular historia, hasta que llegamos al portal situado entre una tienda de *souvenirs* y una tetería. Una vez allí, el inspector abrió la puerta con la llave que le facilitó la agencia inmobiliaria que le había alquilado el piso a Ordoño, y subimos por la estrecha escalera pintada de blanco, igual que las paredes, hasta llegar al

segundo izquierda. Girando dos veces la otra llave, abrimos la puerta. Ya dentro del pequeño y austero piso, atravesamos la salita, en la cual había una mesa camilla, un par de sillones y algunas sillas de anea, además de un viejo televisor, hasta llegar a la cocina, que se trataba de un espacio reducido en el que abundaban las cucarachas, incluso dentro de la nevera. Al abrirla, comprobé que solo había restos de latas de conserva y ningún producto fresco. La cerré y comencé a registrar las estanterías, donde encontré más de lo mismo: cucarachas, latas de conserva y sobres precocinados. Los platos sucios se acumulaban en el fregadero, y el cubo de la basura rebosaba de latas vacías. Volvimos a la salita donde tampoco encontramos nada particular. Nos metimos en el baño y abrimos la pequeña taquilla que colgaba junto al espejo, y encontramos botes de insulina, una jeringuilla y un inhalador para el asma, además de una caja de aspirinas, un cepillo de dientes, un tubo de dentífrico, cuchillas y espuma para afeitarse. El dormitorio estaba en la puerta contigua. Lo primero que hice fue abrir las puertas del armario. Había mucha ropa colgada y sorprendentemente ordenada. A continuación abrí los cajones de la mesita de noche, donde encontré abundante ropa interior y una libreta bancaria bajo un puñado de camisetas, junto a un sobre con cuatrocientos euros. Abrí la libreta y comprobé que apenas tenía mil euros ahorrados, algo que llamó mi atención. Saqué un cigarrillo que no pude encender, pero que manejaba apagado entre los labios.

—¿Cómo es posible que alguien con un sueldo respetable, sin familia, sin apenas gastos, aparte de lo poco que le costará este cuchitril, que parece ser que no fuma, puesto que no hemos encontrado ningún cenicero, que tampoco bebe, porque no tiene ni una cerveza en la nevera, no sé, alguien que yo diría que es el típico que se cree que se va a llevar el dinero a la tumba, tenga tan poco dinero ahorrado? ¿En qué lo gastaba?

Al dar un paso atrás para volverme hacia Mejía, pisé una baldosa

suelta y me acuclillé para levantarla. Lo hice con suma facilidad y, sorprendentemente, bajo la misma había un hueco de unos veinte centímetros por quince, y un sobre blanco en su interior. Cogí el sobre, lo abrí, y descubrí una importante suma de dinero. Lo conté y eran, exactamente, treinta mil euros en billetes de quinientos. El sobre estaba precintado con un sello que al volver a cerrarlo y unir sus partes se formaba la misma figura del búho encerrado en un triángulo que encontramos en la caja donde apareció la chica. No dije nada del sello al inspector. Quería guardarme un as en la manga.

—¿No es extraño que guarde el dinero bajo una baldosa en lugar de hacerlo en su cuenta bancaria? —preguntó Mejía.

—Lo extraño es que no se llevara este dinero, que yo diría que no es fruto de los ahorros de su trabajo. El caso es que si se ha marchado, lo ha hecho sin nada. No se ha llevado ropa, ni su libreta de ahorro y, lo que es más importante, su inhalador y las inyecciones de insulina, además de estos treinta mil euros.

—Es posible que con la prisa de marcharse, teniendo una tarjeta de crédito en la cartera, no le hiciera falta nada más.

—Es posible, pero tampoco se puede decir que esté tan sobrado de dinero en su cuenta como para comprar ropa nueva, medicamentos, y todo lo que le haga falta. De todas formas, si ha usado su tarjeta, lo vamos a comprobar pronto. —Cogí la libreta y la guardé en un bolsillo de mi tres cuartos—. Ahora vamos a hablar con el vecino de al lado.

Toqué el timbre del segundo derecha, pero no funcionaba, así es que golpeé la puerta con los nudillos. Abrió un chico joven, de unos veintitantos y aspecto de hippy, entre una espesa humareda de mariguana, ante la que sonreí recordando mis viejos tiempos. Al inspector Mejía lo echó para atrás. Este iba a presentarse, pero lo interrumpí.

—Somos el inspec...

—Somos amigos de Ordoño, su vecino. Hace unos días que no sabemos de él, no nos abre la puerta y estamos preocupados...

—No imaginaba que ese tipo tuviera amigos —interrumpió el hippy.

—El caso es que nos preguntábamos si en estos últimos días has visto a alguien extraño por aquí, alguien que no acostumbrara a venir.

—Más bien he dejado de ver a alguien.

—¿A Ordoño?

—Sí, bueno, también, pero me refería a la puta que venía todos los sábados por la noche. Nos solíamos cruzar aquí en el rellano, y ya va para dos semanas que no viene.

—¿Y no puede ser que simplemente no os hayáis cruzado? —inquirió el inspector.

—Ya, pero es que tampoco oigo sus exagerados gemidos y los golpes contra la pared, que se oían todos los sábados a las diez y media de la noche. Lucía la llamaba entre gritos.

—Ajá, y no ha visto nada más que te resultara extraño, aparte de eso —pregunté.

—Pues, no. Ahora, si no les importa, tengo que seguir estudiando —dijo con una media sonrisa y comenzó a cerrar la puerta.

—Solo una pregunta más —dije impidiendo que terminara de cerrar con la palma de mi derecha—. ¿Cómo definirías a Ordoño?

—Ustedes no son sus amigos, ese tipo no creo que tuviera amigos, y no creo que le preocupe a nadie. —Terminó cerrándonos la puerta en las narices.

—Bueno, parece que ha sido bastante claro —comenté al inspector.

—Sí, y ya sabes en qué se gastaba el dinero. ¿Crees que deberíamos hablar con esa chica?

—¿Con la puta?

—Sí, claro, es posible que sea la única que sepa algo. No es de

extrañar que se abriera a ella.

—Pues, sí, es posible. Deberías ordenar que rastreen su móvil, y ver a quién llamaba, sobre todo los sábados por la noche.

—Ya está rastreado, solo tengo que llamar a la oficina y que me den la información.

De nuevo en la calle, bajamos hasta la Gran Vía de Colón, y desde allí nos dirigimos a la entidad bancaria donde Ordoño depositaba sus ahorros. Entretanto, el inspector llamó a su oficina para que le dieran la información de los teléfonos a los que solía llamar Ordoño. Una vez en el banco, entré solo, con la libreta en la mano, abierta por la última página rellena. Se la entregué al cajero para que la actualizara, a lo cual accedió sin pedirme ningún tipo de identificación. Tardé poco en volver a salir ya que no había nadie en la oficina bancaria excepto los empleados. Miré los últimos movimientos.

—Le han ingresado lo que le correspondía por las tres semanas que trabajó en enero, y ha utilizado tres veces la tarjeta desde que se marchó. La última vez el jueves, hace un par de días. Nos haría falta la colaboración del banco para saber dónde usó la tarjeta por última vez.

—De eso me encargo yo —Se ofreció el inspector.

—¿Has conseguido los números a los que solía llamar?

—Todas las llamadas son al mismo número, y siempre los sábados sobre las diez de la noche.

—Parece que el hippy no mentía. Dame el número. De la puta me encargo yo, tú encárgate del banco.

Comencé a marcar el número mientras el inspector Mejía entraba en la sucursal.

## Capítulo 4

### Iris, el beso de una puta

Evidentemente, era demasiado temprano para una puta, el teléfono me daba señal de apagado. No sabía cómo se lo iba a explicar después a Elena, pero esa noche, si antes no daba con la susodicha chica de la vida, tendría que quedarme en Granada,. Seguí insistiendo a cada rato. Por mientras, el inspector se marchó a su oficina para organizar la inmediata detención de Ordoño, al cual situaban en Langreo, según la última vez que usó su tarjeta. Al parecer, había vuelto a su pueblo natal, que con sus poco más de cuarenta y cinco mil habitantes no era el sitio ideal para esconderse. Además de la orden de detención contra Ordoño, todos los accesos a Langreo y alrededores estaban controlados por las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, incluidos los transportes públicos y estaciones de autobús y tren.

Pronto se hizo la noche en Granada, pero la completamente redonda luna permitía ver incluso en los callejones sin farolas. Me había pasado el día en esos callejones del viejo Albaicín, mostrando la foto y preguntando por Ordoño a comerciantes y vecinos de la zona, pero sin resultados. Cada tanto, llamaba al teléfono de la tal Lucía, que siempre daba señal de apagado, algo que ya comenzaba a escamarme. Recién cuando entré por la puerta de mi habitación en el hotel Victoria, donde tenía pensado pasar la noche, el teléfono por fin comenzó a dar tonos y ella respondió.

—¿Sí?

—¿Lucía?

—Puedes llamarme como quieras, cariño, pero yo no soy Lucía.

—Y si no eres Lucía, ¿quién eres?

—Me llamo Iris.

—¿Y me podías poner con Lucía?

—No conozco a ninguna Lucía.

—¿Seguro que no es una compañera tuya?

—Yo no tengo compañeras, pero por estrambótico que sea lo que le pidieras a esa tal Lucía, yo también lo hago y seguro que mucho mejor. No te arrepentirás, cariño.

Por unos momentos, la confusión se apoderó de mí, ya que sin duda ese era el teléfono al que llamaba Ordoño cada sábado por la noche. Quizás el hippy se hubiera confundido o, como pensé a continuación cuando Iris me dijo lo de “por estrambótico que sea”, tal vez el nombre de Lucía fuera solo una fantasía de Ordoño, alguien que significó algo importante en su vida.

—Está bien, Iris, ¿podemos vernos ahora?

—¿A dónde tengo que ir?

—Al hotel Victoria, habitación trescientos dieciséis.

—Está bien, cariño, te informo que se paga por adelantado, y tú pagas el taxi.

—Sí, está bien, no hay problema. ¿Me podrías decir la tarifa?

—Claro, ¿cómo no? Mira cielo, son ciento cincuenta euros la hora, y si pides algo especial, aumento el precio dependiendo de lo que sea.

—Ajá, está bien, te espero. ¿Cuánto tardarás?

—Media hora, en media hora estoy allí.

Había preferido ser prudente y no hablar nada referente a Ordoño hasta tenerla cara a cara. Durante la media hora que esperé la llegada de Iris, decidí llamar a Elena, ya que a esa hora, otro día cualquiera, ya estaría entrando por la puerta y saludando a Lucas. A estas horas Elena ya estaría terminando de preparar la cena. Debería haberla llamado antes, pero no había encontrado el momento oportuno en todo el día y estaba esperando a llegar al hotel para

llamarla más relajadamente. Elena cogió el teléfono en seguida.

—Dime.

—Hola, Elena, ¿qué? ¿Cómo estás?

—Yo bien, ¿cómo voy a estar? ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—No nada, solo es que... Verás, que esta noche no voy a poder ir a casa, tengo que quedarme aquí, se me ha complicado un asunto.

—¿Que se te ha complicado un asunto? ¿Qué asunto?

—Del trabajo, ya te explicaré, ahora no puedo hablar.

—Está bien, no te preocupes, ya me explicarás. Chao.

—Chao, guapa, un beso.

Aunque Elena intentara disimularlo, noté cierta irritación en su tono. Podría haber hablado ahora con ella, pensé, pero es que no sabía qué decirle. Seguro ella notó que le estaba ocultando algo.

Miraba al techo tendido en la cama, y mi cabeza no podía parar de pensar. ¿Quién sería Lucía? ¿Qué significaría para Ordoño? ¿Tendría algo que ver con la chica del camión? ¿Qué fantasías caben en la cabeza de un depredador que devora a sus víctimas? ¿Sería Ordoño ese depredador? Si era así, ¿por qué no encontré restos cocinados de la chica en su nevera? Y si él no era, ¿por qué había huido repentinamente, justo cuando encontraron el cuerpo de la chica? ¿Estaría tapando a alguien? Sea como fuese, Ordoño parecía ser la clave para resolver el enigma. ¿Tendría Iris conocimiento de algo? ¿Se habría abierto a ella?

Aún faltaban unos minutos para que llegara Iris, si es que era puntual. Mientras tanto, decidí llamar al inspector Mejía para ver cómo iba el cerco a Ordoño en Langreo, donde se había trasladado el inspector para dirigir la búsqueda de primera mano.

—Ni rastro de él —me contestó el inspector cuando le pregunté.

—¿Habéis estado en el antiguo matadero donde vivía?

—Hemos estado, y también en todos los hoteles, hostales y pensiones inmundas de la ciudad, y ni rastro de él. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Pero de aquí no puede salir sin que lo detectemos, aunque me temo que hasta que no vuelva a usar su tarjeta no vamos a dar con él.

—No desesperes. Caerá. Solo es cuestión de tiempo. —Unos golpes secos redoblaron sobre la puerta de la habitación—. Ahora tengo que dejarte.

Cuando abrí la puerta, me encontré con una chica de unos veintitantos años, muy discreta aunque provocativa en su forma de vestir, con un traje blanco tipo ejecutiva, compuesto por falda estrecha a la altura de las rodillas, con abertura en medio y una elegante chaqueta con los primeros botones abiertos, zapatos de tacón y un pequeño bolso colgando de su hombro derecho. Su pelo era largo y negro, sus facciones rellenas y su piel blanquecina. Su mirada y la forma de sorber discretamente por la nariz me eran muy familiares, además de tener las aletas de la nariz rojas e hinchadas. No se puede decir que viniera muy puesta, pero venía claramente encocada. La invité a pasar.

—Iris, ¿no?

—Sí, ¿con quién tengo el gusto?

—Yo soy Carcosa, Dani Carcosa. —Por un momento pensé en dar otro nombre, pero no me pareció necesario.

—Bueno, Dani, ¿qué va a ser, efectivo o tarjeta? —Iris fue directa al grano, su tiempo era oro.

—Efectivo, efectivo —Saqué el dinero de mi cartera, que guardaba en el bolsillo trasero del pantalón—. Toma, cientocincuenta por la primera hora.

Iris comenzó a desvestirse, después de guardar el dinero en su bolso.

—No, no será necesario —le informé.

—¿No? ¿Qué es lo que quieres?

—Solo quiero que hablemos.

—Pues, tú dirás, cielo, también soy una gran conversadora. ¿De qué

quieres que hablemos?

—De Ordoño.

—¿De Ordoño? ¿Quién es Ordoño?

—Un cliente tuyo, te llamaba todos los sábados por la noche y se refería a ti como Lucía.

—Ah, sí, Ordoño. Pues, lo siento, pero no acostumbro a hablar de clientes con otros clientes.

—¿Y si lo consideramos como algo especial? —Saqué otros cincuenta euros de la cartera.

—Bueno, en ese caso, no sé, ¿qué es lo quieres saber? —Cogió el dinero—. ¿Qué eres, policía?

—No exactamente, soy detective privado. Y quiero saber todo. Por ejemplo, comencemos por cómo te llamaba, ¿por qué te llamaba Lucía?

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Supongo que porque no erais muy discretos. No has contestado a mi pregunta.

—La verdad es que nunca me dijo el porqué, simplemente me llamaba así y ya está. A mí me da igual cómo me llamen mis clientes, hay cosas mucho peores a que te llamen Lucía. Aunque yo creo, pero es solamente una suposición, que podría ser una maestra suya de cuando era crío.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque le gustaba que me vistiera de maestra. Al principio yo no sabía muy bien cómo se viste una maestra, no sé, imagino que como todo el mundo, pensé, así es que me vestía así, prácticamente como voy ahora, pero con una regla de madera en la mano con la que le azotaba el culo.

—Ajá, ¿y qué tiempo llevaba llamándote cada sábado?

—Pues, como un par de años.

—¿Sin fallar?

—Sí, sin fallar, aunque ahora lleva como dos fines de semana que no me llama, y yo no es que me preocupe mucho por mis clientes, son solo eso, clientes, unos vienen y otros se van, pero me resulta cuanto menos extraño que no me llame, la verdad es que ya me había acostumbrado a ir cada sábado a su horrible casa. No es mi perfil de cliente, pero bueno, mientras pague...

—¿No habías notado algo raro en él últimamente, antes de que dejara de llamarte?

—Pues sí, algo le preocupaba, porque no quería lo de siempre. Solo quería que lo abrazara y que lo besara como si fuera un niño chico.

—¿Crees que era un tipo raro?

—No más raro que otros, he conocido tipos auténticamente raros.

—¿Y no sabes qué es lo que le preocupaba últimamente?

—No sé, bueno sí, creo que tenía miedo.

—¿Miedo? ¿No sería remordimiento?

—Creo que no, ¿es que ha hecho algo?

—Solo presuntamente. ¿Y de qué crees que podía tener miedo?

—Necesito una raya, ¿le importa? —comentó algo tensa.

—No, claro, adelante.

Sabía que debía ser firme en la decisión que había tomado. Además, era probable que ni me invitara, pero en el caso de que lo hubiese hecho, debía negarme. Aunque, por otra parte, pensé que compartir unas rayas podría crear cierta complicidad entre ambos y hacer que Iris se sintiera más relajada y cooperara con más facilidad. También es verdad que esa podría haber sido la excusa perfecta para decir sí sin remordimientos de conciencia. El caso es que yo la observaba con cierta ansiedad cuando Iris separaba el polvo blanco sobre el escritorio que había pegado a la pared, haciendo dos líneas perfectas con la ayuda del Documento Nacional de Identidad. Solo entonces, cuando ya tenía listo también el rulo que había preparado con uno de los billetes que yo

le había dado, ella dijo:

—¿Quieres? —Ofreciéndome el rulo.

—Claro, ¿por qué no?

Rompí mi promesa, la que me hice a mí mismo, en el momento en que me incliné para esnifar una de las dos rayas. Después lo hizo ella, y a continuación pasó el índice sobre el resto que había quedado sobre el escritorio y se lo lamió.

—¿De qué crees que podía tener miedo, entonces? —continué preguntando, al tiempo que sorbía mi nariz.

—Yo más bien diría de quién.

—Bueno, pues de quién.

—No sé, de alguien. Últimamente, cuando llegaba a su casa y me abría la puerta, tiraba rápidamente de mí hacia adentro y cerraba aún más rápido, echando los pestillos. Es como si tuviera miedo de que alguien me hubiera seguido y pudiera dar con él. La verdad es que llegó a contagiarme de ese miedo, llegué a pensar que en cualquier momento podía llegar alguien y hacernos yo qué sé qué. Estaba deseando que pasara la hora para irme de allí.

—¿Y nunca te dijo de quién tenía miedo o por qué?

—No, lo que sí me dijo es que había hecho algo horrible, aunque yo no le di mucha importancia. Hasta ahora, claro.

—¿Y cómo es que no le diste importancia? Si ya habías notado que tenía miedo de alguien...

—Porque lo decía entre sollozos mientras yo lo abrazaba y le besaba el pelo. Pensé que era parte del juego en el que él era un niño y yo su maestra.

—¿Y nunca dijo lo que había hecho, aunque fuera entre lenguas?

—No, solo decía: “He hecho algo horrible, he hecho algo horrible”, y me pedía que lo abrazara. Yo jamás pensé que de verdad podía haber hecho algo. Más bien pensaba que era por algo que hubiera pasado en su infancia, ya

sabe, por su juego de ser un niño y yo su maestra.

Antes de que pasara la hora, ya había sacado algo en claro: Ordoño había hecho algo horrible y tenía miedo de alguien, pero ¿de quién y por qué? ¿Acaso temía por su integridad física? ¿Habría huido por ese miedo o sería más bien por el miedo a responder ante la justicia? En cualquier caso, había huido, y eso, sumado a que por lo visto había hecho algo horrible, lo convertían en el principal sospechoso. Pero en el caso de que eso tan horrible fuera que hubiera matado a la chica, ¿se la habría comido también él? ¿O el hecho de haberla matado era más bien un trabajo para alguien? En ese caso, ¿para quién y qué habría ganado Ordoño con esa muerte? ¿Quizá los treinta mil euros que encontramos en su casa, bajo aquella baldosa? Pensé que había llegado la hora de hablar con el señor Valverde, propietario y presidente de Transvalsa. Ya era tarde, así que, después de despedirme de Iris, intentaría descansar y dejaría la conversación con el señor Valverde para la mañana siguiente.

# Capítulo 5

## Transvalsa

Me despertó la lluvia que golpeaba los cristales de los ventanales de mi habitación del hotel Victoria. Por lo visto, no había parado de llover en toda la noche. Desde la cama podía ver que el cielo estaba completamente negro, con relámpagos que iluminaban el entorno durante breves momentos, seguidos de truenos que producían un sonido hueco en la habitación. Salí de las sábanas y me dirigí a la ducha, que terminó de espabilarme, ya que la noche anterior tardé en quedarme dormido. Lo poco que dormí fue a tirones, despertando a cada rato con el pensamiento puesto en la chica del camión y en lo que le habían hecho, pensando en Ordoño y en si lo habrían detenido, aunque si lo hubieran hecho, el inspector Mejía ya me habría llamado. También pensaba en la señora Gertrudis y en su preocupación, pensaba en las preguntas que le haría al señor Valverde, las cuales iba recopilando en mi memoria, y también pensaba en mi promesa rota, y en lo que era peor aún: me había gustado como la primera vez. Por supuesto, no le diría nada a Elena, con lo que se iban acumulando las cosas que no debía decirle. Cuando salí del baño, me puse frente al espejo y me vestí con la misma ropa del día anterior, ya que en mis planes no entraba pasar la noche fuera de casa. Bajé a la cafetería, donde compré tabaco y tomé un delicioso café solo, acompañado de un pitillo que encendí con las cerillas que encontré en la mesita de noche de la habitación. Detalle del hotel.

Los limpiaparabrisas del Cherokee se desplazaban a gran velocidad. El sonido de las gotas golpeando la carrocería del coche se mezclaba con los claxon de los demás coches y la guitarra de Santana, produciéndome cierta

irritación que se sumaba a la que me producía el abundante tráfico de los días de lluvia. En momentos así, Granada parecía un hervidero de coches con conductores desquiciados, ávidos por llegar a sus puestos de trabajo, que tras la seguridad que les daba el interior de sus vehículos, se insultaban y pitaban unos a otros.

A lo lejos y entre la lluvia, distinguí los letreros de Transvalsa en el polígono industrial de Jucaril, entre los municipios de Albolote y Peligros, a las afueras de la capital granadina. Al llegar a la entrada de las oficinas, busqué un hueco libre entre los coches aparcados en el parquin de delante de las escaleras que conducían a la entrada acristalada del edificio de varias plantas. En un gran luminoso azul, situado en lo más alto, podía leerse Transvalsa. Una vez dentro y al resguardo del aguacero, las puertas automáticas se cerraron tras de mí y me dirigí al letrero que indicaba la ubicación de cada departamento en cada planta. Tras comprobar que el despacho de Dirección se encontraba en la quinta planta, me introduje en el ascensor ubicado junto al letrero. Al llegar a la quinta planta, noté cierta sensación de mareo que desapareció al parar el ascensor y abrirse las puertas. Salí y me dirigí a la chica que estaba sentada a la mesa, delante de dos grandes puertas de madera y el letrero de Dirección. La planta estaba totalmente acristalada y diáfana. La chica se dirigió a mí:

—¿Qué desea? —preguntó sonriente.

—Quisiera ver al señor Valverde.

—¿Tiene cita concertada? —Evidentemente, sabía que no, pues las citas debía darlas ella.

—No, pero seguro que querrá verme.

—El señor Valverde está muy ocupado.

—Dígale que soy el detective Carcosa, y que alguien me ha contratado porque piensa que puede tener algo que ver con lo de la chica del camión. Que

me ayude, si quiere ayudarse a sí mismo.

Justo terminé la frase cuando se abrieron las puertas correderas y apareció el señor Valverde invitándome a pasar.

—Pase, detective, hablemos dentro. —Estaba claro que lo había oído todo.

El señor Valverde era un tipo tremendamente obeso, grande como un armario, con la coronilla desprovista de pelo, y de unos sesenta y cinco años, aunque, eso sí, también muy elegante, Traje y corbata hechos a medida y zapatos impolutos, de piel de cocodrilo, seguramente comprados en la quinta avenida de Nueva York. Pero lo que más lo distinguía era el Vacheron Constantin Tour de L'île que lucía en su muñeca izquierda, un reloj de alrededor de un millón y medio de dólares.

—Tome asiento, por favor.

Ambos nos sentamos, uno a cada lado de la mesa. La oficina era como dos veces mi casa de Capileira. Había un mini bar, con cafetera profesional y abundantes bebidas en un extremo, y en el otro una cinta andadora que, probablemente, nunca utilizaba. Fotos de la familia sobre la mesa, y otras de la empresa colgadas en la pared situada detrás de él.

—¿Se puede saber quién lo ha contratado?!

—Lo siento, pero no puedo darle esa información.

—Yo no sé qué coño hacía esa caja con los restos de esa chica en uno de mis camiones. Está claro que alguien quiere joderme.

—¿Y no tiene una teoría al respecto? Imagino que ha tenido tiempo de pensar en ello.

—Mire, señor...

—Carcosa, llámeme Carcosa.

—Mire, señor Carcosa, a lo largo de mi carrera profesional he hecho muchos amigos, pero también innumerables enemigos. Hay mucha gente que

quisiera verme hundido en el lodo.

—¿Cómo por ejemplo?

—No me atrevería a decir algún nombre sin ningún tipo de pruebas, Podría haber sido cualquiera. Desde un marido despechado hasta un competidor.

—¿Un marido despechado? Creía que era fiel a su familia, tiene fama de hombre de familia.

—Por supuesto que me debo a mi familia, y a mi mujer, si es a eso a lo que se refiere, pero uno necesita distraerse después de tanta presión. Me paso el día colgado al móvil hablando con mis choferes, que están cada uno en un rincón del mundo. Lo último que necesito es una mujer amargada cuando llego a casa.

—Comprendo... Pero, bueno, dice que ha podido ser cualquiera. Imagino que todo el mundo no tiene acceso a las puertas de los camiones. ¿Quién tiene acceso, concretamente, a las puertas de ese camión?

—Las puertas de los frigoríficos, sobre todo cuando están vacíos, muchas veces se quedan abiertas.

—¿Abiertas?

—Sí, las del frigorífico, nunca la cabina.

—Vamos, que su teoría es que alguien que quiere hacerle daño ha matado a una chica que nada tiene que ver con usted y la ha puesto en su camión para incriminarle.

—Algo así.

—No tiene mucho sentido, salvo que la chica sí tenga que ver con usted. Eso ya cobra algún significado, pero, claro, tendría que aclarar qué clase de relación tenía con la chica.

—¡Yo no tengo nada que ver con esa chica!

—¿Y cómo está tan seguro si no se han dado detalles de su identidad?

Quizás sea alguna amante a la que su pareja ha matado porque se enteró de la relación que tenía con usted y le quiera endiñar el muerto. Al fin y al cabo, aún no sabemos la identidad de la chica. ¿Quién puede asegurar que no la conozca? ¿Hay alguna chica con la que haya intentado contactar en las últimas dos semanas y no lo haya conseguido?

—Hay varias, pero eso no quiere decir que estén muertas, créame, no es la primera vez que me pasa. Es simplemente que están enfadadas por algo que no han conseguido de mí o están con otro hasta que deciden volver.

—¿Por algo que no han conseguido de usted?

—Sí, tengo muy claro por qué están conmigo, y no es precisamente por mi encanto, y mucho menos por mi físico —aseguró haciendo un gesto con sus manos abiertas y señalando su barriga—. Unas quieren que les financie sus estudios, otras simplemente buena ropa, y otras un piso en el que vivir. Y cuando no consiguen algo, no dan señales de vida por algún tiempo.

—O sea, que no cree que ninguna de esas chicas sea la del camión.

—Pues, no lo creo.

—Y el chofer, ¿qué me puede decir del chofer? ¿Pudo colocar él la caja en el camión?

—Pondría la mano en el fuego por cualquiera de mis empleados. No, él no ha sido.

—¿Y qué le dice el nombre de Ordoño?

—¿Ordoño? No conozco a ningún Ordoño.

—¿A caso no lee la prensa? Ordoño está en busca y captura por su relación con este caso.

—¡Ah! Sí, me sonaba de algo, pero créame, tengo muchas cosas en la cabeza como para retener un nombre así.

—¿Pero no lo conoce personalmente?

—¿De qué voy a conocer yo a ese tipo?

—Era solo una pregunta. ¿Cuánto tiempo tarda en llegar un camión a Bailen?

—Un par de horas.

—¿Y en cargarlo?

—Dos o tres horas también.

—¿Y qué tiempo está un camión aquí desde que llega de un viaje hasta que emprende otro?

—Ni veinticuatro horas —responde un tanto irritado.

—Eso nos da que la chica ha estado en el camión un total de seis o siete horas, si sumamos lo que se tardó en cargar el camión y lo que tardó en llegar a Bailen, más el tiempo que transcurrió hasta que se encontró el cuerpo.

—Pues, debe ser.

—Ahora, me gustaría hablar con el chofer del camión.

—Imposible, está de ruta.

—Quisiera ver las instalaciones, imagino que eso si será posible.

—Claro, Sin problema. ¿Conoce el camino?

—Sí, no se preocupe.

Cuando salí del edificio, la lluvia me caló hasta los huesos y una nueva hipótesis cobraba vida en mi cabeza. Las instalaciones del Transvalsa estaban divididas en cuatro grandes sectores. Por un lado, el edificio de oficinas; junto a este, una estación de servicio para uso exclusivo de la empresa, vigilada por cámaras de seguridad. A continuación, una gran nave con enormes puertas abiertas, lo suficientemente grandes como para que entrara un camión. Al otro lado de la carretera, un gran recinto cercado, pero al aire libre, que servía como parquin para la flota. En la estación de servicio había un camión repostando, y al cruzar esta y entrar en la nave abierta me encontré con otro, muy limpio, subido a una rampa y con la cabina abierta, y dos camiones tremendamente sucios que, al parecer, esperaban su turno de lavado. Un tipo

bajito, delgado y de pelo cano, vestido con un mono de trabajo completamente sucio, engrasaba la placa de la quinta rueda. Me acerqué a él.

—¿Está averiado?

—No, poniéndolo a punto para el viaje.

—¿Cada cuánto tiempo se hace eso?

—Cada vez que viene de un viaje, se pone a punto para el siguiente.

—Entonces, todos los camiones, antes de ir a cargar, pasan por aquí.

—Así es —contestó lacónico.

—Ajá. ¿Y quién tiene acceso a esta nave?

—¿Es usted policía? ¿Qué es, por lo de la chica?

—Sí, por lo de la chica —dejé que pensara que era policía.

—Los choferes y yo, bueno, y el señor Valverde, por supuesto.

—¿Y en el aparcamiento? ¿Qué tiempo están en el aparcamiento?

—Poco, unas horas. Normalmente, cuando llegan de viaje, primero vienen aquí para lavarlos y engrasarlos, después repostan y a continuación van al aparcamiento hasta que les llega la orden de carga.

—Y al aparcamiento cualquiera puede entrar, por lo que he visto. La verja tiene solo un pequeño salto.

—Pues sí, no es muy seguro, pero bueno, por la noche el polígono está vigilado. Además, un camión descargado no suele llamar la atención de nadie.

—Entiendo.

—¿Y las puertas de los frigoríficos se quedan abiertas?

—Cuando están descargados, sí.

—Ya.

—¿Y las puertas del aparcamiento? He observado que están abiertas, ¿es que hay alguien allí ahora, o siempre están abiertas?

—El señor Valverde tiene dicho que se cierran, pero ningún chofer se molesta en cerrarlas, así es que generalmente están abiertas hasta que las

cierro yo cuando me voy.

Una vez inspeccionado el recinto y comprobado que en la estación de servicio había cámaras de seguridad, recordé que junto al muelle de carga del matadero había otra estación de servicio. Probablemente, también tuviera cámaras. Con un poco de suerte, quizás alguna cubriera el ángulo del muelle de carga, con lo cual, si la caja la hubiese puesto Ordoño, estaría registrado en el video, algo que, según mi nueva hipótesis, tenía cada vez menos fundamento. El señor Valverde me había parecido sincero, así que ahora cobraba vida la posibilidad de que alguien quisiera causarle daño. Aunque, al contrario de lo que pensaba Valverde, yo estaba convencido de que en ese caso la chica tendría algún tipo de relación con él. Pero si fuese así, ¿por qué negarlo si no era ningún secreto que el señor Valverde tenía una especie de aren formado por chicas jóvenes y ambiciosas? Además, ¿por qué asar a la chica y descarnarla hasta dejarla irreconocible? Tendría más sentido que el señor Valverde la hubiera podido reconocer. ¿Si el móvil era hacerle daño, en lugar de comerse a la chica, qué pintaba Ordoño en todo esto? Ordoño no tenía una mujer que se hubiera podido acostar con Valverde, por lo tanto, no tenía motivos para querer hacerle daño. Entonces, ¿qué era eso tan horrible que había hecho Ordoño? ¿Quién querría hacer daño al señor Valverde? Podría haber sido un marido despechado, como dijo él mismo, pero entonces no se sabría su identidad hasta no saber quién era la chica del camión. Por otro lado, también pensaba que el señor Valverde era asquerosamente rico, pero quizás no tanto como para tener un reloj de un millón y medio de dólares. ¿Tendría otros negocios, quizás más turbios que el transporte? Y si así fuera, ¿qué negocios serían? ¿Alguna mafia que le dejó el paquete, una especie de señal o aviso? ¿Tendría verdaderamente enemigos más allá de un marido despechado?

Me trasladé, con todas mis dudas, en mi Cherokee hasta al muelle de

carga del matadero. Concretamente, a la estación de servicio de al lado. Primero comprobé que a la espalda de la estación había una cámara que, probablemente, cogiera en su ángulo el muelle de carga del matadero. Luego, entré a la tienda para intentar que el encargado me dejara ver las cintas. Quería descartar que Ordoño hubiera cargado la caja. Calculé que la tienda tendría poco más de treinta y cinco metros cuadrados, con el mostrador justo a la derecha de la entrada, un congelador repleto de sacos de hielo en el centro, rodeado de estanterías con revistas, snacks y lubricantes, además de accesorios para los camiones. Me dirigí al empleado que estaba tras el mostrador para preguntarle si podía ver al encargado. Me presenté como detective Carcosa. Enseguida el empleado cogió el teléfono y mantuvo unas breves palabras, para a continuación decirme que podía subir. Comencé a remontar la escalera, que estaba tras el mostrador, y una vez arriba encontré tres puertas. La primera estaba cerrada, así es que me dirigí a la segunda donde, detrás de una mesa de oficina, había un joven que rondaría los treinta años, delgado, de estatura media y pelo negro. Enseguida se dirigió a mí:

—Pase, ¿en qué puedo ayudarle? —El joven tenía los modales de alguien acostumbrado a atender clientes.

—Buenos días. —Tendría que haber dicho buenas tardes, puesto que eran ya más de las doce—. Soy el detective Carcosa y estoy investigando el caso de la chica que apareció muerta en un camión. —Por lo general, cuando decía eso, la gente se volcaba en ayudarme—. Me preguntaba si me dejaría ver las cintas de hace dieciocho días, las de la cámara que da al muelle de carga del matadero.

—Claro, por supuesto. Normalmente guardamos las imágenes una semana y después grabamos encima, pero esta la guardé y compré una nueva por si alguien la pedía, aunque yo no he visto nada extraño. Tenemos siete cintas, una para cada día.

—Muy previsor de su parte —alabé su decisión.

El joven se levantó de su asiento y comenzó a mirar en una estantería que tenía a su espalda, pasando su índice por encima de la cinta correspondiente para poder sacarla. A continuación la introdujo en un reproductor y me pidió que me sentara.

—Tenga el mando a distancia para pasar lo que no le interese.

En la imagen podía verse gran parte del muelle de carga y un camión aculando para cargar, con la ayuda de las indicaciones de Ordoño. Pero no era un camión de Transvalsa, de modo que pulsé el botón de avance hasta que, pasados varios camiones, apareció uno con el rótulo de Transvalsa avanzando de derecha a izquierda de la pantalla, moviéndose marcha atrás, momento en que le di al *play*. El camión terminó de acular en el muelle. Ordoño abrió las puertas y comenzó a empujar desde la nave una estructura con ganchos de las que colgaban las piezas de res. Visioné las imágenes un par de veces hasta que Ordoño cerró las puertas del frigorífico. Definitivamente, no lo vi cargar la caja, lo que me hizo pensar que esta ya estaría dentro y que debieron de cargarla cuando el camión estaba en el aparcamiento. Pero, entonces, ¿qué tenía que ver Ordoño en todo esto? ¿Por qué había huido? ¿Por qué se escondía? ¿Por qué volvería a Langreo?

# Capítulo 6

## El cerco

Langreo estaba prácticamente sitiada por la presencia policial en cada rincón y con controles de carretera en los que registraban coches, furgonetas y camiones. Nada escapaba al control de la policía en la búsqueda de Ordoño. Las cadenas con pinchos cruzadas en la carretera, la presencia de perros especializados en la búsqueda de personas y los agentes armados hasta los dientes hacían de la entrada y salida de la ciudad un auténtico tormento para los ciudadanos inocentes. A pesar de ello, estaban dispuestos a colaborar con la autoridad. Mostraban sus documentos de identidad, bajaban de sus vehículos para que estos fueran registrados por los agentes e inspeccionados por los perros, que dejaban sus pelos en cada uno de los coches, furgonetas y camiones que olisqueaban. Era el segundo día del cerco en la localidad de Langreo, y seguían sin resultados aparentes. Ignoraban si Ordoño se estaría desplazando en un vehículo particular, quizás con alguien, puesto que él no tenía coche ni ninguna clase de medio de transporte, o si, por el contrario, lo haría en tren o autobús. En cualquier caso, todo estaba siendo inspeccionado milímetro a milímetro cuando una llamada de la central alertó al inspector Mejía, que se encontraba a pie de carretera. Ordoño había vuelto a usar su tarjeta.

—Sí, dígame —dijo el Inspector con voz queda.

—No está en Langreo, se ha desplazado. Ha sacado dinero de un cajero en La Junquera.

—¡Mierda! ¿Pero cómo...? Está bien, ¿tiene localizado el cajero?

—Sí, señor.

—Pues, ¡alerte a las autoridades de La Junquera y que lo detengan!

—De acuerdo, señor.

De nuevo, otro dispositivo de búsqueda, esta vez en La Junquera, pero, en esta ocasión, fueron más rápidos, así es que el inspector Mejía confiaba en que, ahora sí, los agentes de aquella zona lo detendrían.

Una docena de agentes armados con subfusiles de asalto FN 2000 rodearon el susodicho cajero automático, comprobando que ya no había nadie en su interior. Sin embargo, cuando entraron a examinarlo, encontraron en el suelo una caja de madera cerrada con clavos. Rápidamente, el oficial al mando pidió que le trajeran una palanca. Una vez abierta, un fuerte olor a cadáver se extendió por el habitáculo, obligando a los agentes a taparse la nariz. El hedor hizo vomitar a uno de los chicos del cuerpo de operaciones especiales. Se trataba de otra chica decapitada, descuartizada, descarnada y, al parecer, asada, cuya identificación también sería muy complicada.

Cuando vieron el video del cajero, pudieron comprobar que había sido un hombre que vestía vaqueros y una sudadera deportiva gris con una capucha echada. Como el sujeto iba con la cabeza gacha, no se pudo distinguir nada más que el cuerpo. También llevaba puestos unos guantes de lana negra. En el video podía verse que el sujeto entraba empujando la caja por el suelo, y la dejaba en un rincón. Posteriormente sacó dinero y se marchó.

Cuando el Instituto Anatómico Forense mandó los resultados de la autopsia al inspector Mejía, este preguntó si los cortes habían sido producidos por una persona zurda o diestra, a lo que le respondieron que se trataba de alguien diestro y que, además, en la caja faltaba la mano derecha de la chica. Había que investigar también todo lo que se pudiera sobre la chica del cajero. El inspector Mejía me llamó de inmediato, y respondí al primer tono tras comprobar el identificador de llamada.

—Dígame, Mejía.

—Ha vuelto a huir. Pero está claro que quiere que lo sigamos. Volvió a sacar dinero a sabiendas de que le controlamos la tarjeta, y nos ha dejado un regalo en el cajero.

—¿De qué se trata?

—Otra chica.

—¡Mierda! ¿Cómo la anterior?

—Igual, pero esta vez, según el forense, lo hizo con la mano derecha, y en la caja falta una mano de la chica.

—¿Una mano? ¿Qué mano?

—La derecha.

—El día antes de que fuéramos a casa de Ordoño, pude averiguar que este usaba tanto la izquierda como la derecha, pero el cuchillo, por lo visto, lo cogía siempre con la izquierda. El lunes vi el video de la gasolinera de al lado del matadero, del día que cargaron el camión en el muelle de carga, y Ordoño no puso allí ninguna caja.

—¿Y quién la cargó entonces?

—Pudo haber sido cualquiera, quizás con la intención de involucrar a Valverde. Pero si esta vez el cuerpo ha aparecido en un cajero...

—En La Junquera.

—O sea que, suponiendo que la chica no sea de aquella zona, ha podido llegar en un camión.

—Exactamente, pero hay que saber de dónde es la chica.

—¿Y no te resulta extraño que nadie denuncie las desapariciones ni se interesen por los cadáveres?

—Eso da que pensar que se trata de chicas solas, ¿pero quién está tan solo como para que nadie se interese por tu desaparición? ¿Ni familia, ni amigos, ni nadie?

—Chicas solas en un país extranjero. Yo diría que son extranjeras, y

que seguramente llevan poco tiempo aquí como para haber hecho amistades.  
¿Cuándo regresas?

—Estoy de camino.

Cuando fui a salir de la oficina, encontré un mensaje bajo puerta:

“Muy apetitoso, ¿no le parece detective? A los perros se les da las sobras.”

# Capítulo 7

## La Agencia

Cuando llegué a casa, la noche ya había caído. Aunque no estaba nevando, en la entrada se acumulaba la nieve caída en días anteriores. Giré la llave dos veces hasta abrir la puerta. Lucas me recibió con su característica alegría. Los dos atravesamos el pasillo hasta llegar a la salita. Lo primero que hice fue encender la chimenea. Solo me preguntaba por el mensaje que había recibido, qué significaría y por qué me lo habían mandado. Estaba claro que era el mensaje de un perturbado que se comía a las chicas, o al menos eso quería dar a entender, y que después dejaba las sobras en cualquier parte para que la policía las encontrara. Pero ¿habría sido la misma mano ejecutora la que mató a ambas chicas? ¿Habría llegado el cuerpo a La Junquera en un camión de Transvalsa? En ese caso, ¿tendría el señor Valverde algo que ver o alguien quería incriminarlo? Algo que no podía esperar más era la identificación de las chicas, ya que definiendo el perfil de las víctimas podríamos salvar a una tercera o una cuarta. Era imprescindible que los hombres de Mejía encontraran las coincidencias exactas entre el informe bucodental del forense y el historial clínico, que debería estar en alguna clínica.

Justo cuando conseguía que los troncos comenzaran a arder, entró Elena en la salita, con unos libros bajo el brazo.

—No te he oído llegar, y por lo visto Lucas tampoco, ¿dónde has estado? —pregunté frunciendo el ceño.

—¿No sabes que por las tardes voy un par de horas a darle unas clases de apoyo de a Raúl, el chaval de la carnicería?

—Ah, sí, por un momento lo había olvidado.

—A mí no se me olvidan tus cosas. Toma, esta mañana dejaron este sobre para ti.

—¿Lo has abierto?

—¡No! —contestó algo enojada por mi desconfianza.

Cogí el sobre, tamaño cuartilla, y lo abrí con la ayuda de un cuchillo de cocina. Contenía una cartulina negra en la que, con letra roja serigrafiada, ponía:

“Está usted invitado a una apetitosa cena que tendrá lugar mañana en mi domicilio. Pasaremos a buscarle.”

No ponía nada más. Ni hora de la cena, ni quién mandaba la invitación, pero daba por hecho que no era una cena para dos, por lo que no dije nada a Elena. Ya estaba yo bastante nervioso y preocupado con la extraña invitación, tanto que me había puesto los pelos como escarpías al leerla. Daba por hecho que estaba siendo vigilado. Sabían dónde vivía y dónde tenía la oficina. Pensé en llamar al inspector Mejía, pero preferí esperar a saber algo más al respecto, algo que nos pudiera conducir hasta el asesino. Por lo pronto, se había comunicado conmigo en dos ocasiones y en dos lugares diferentes. Lo tenía bastante claro, querían atemorizarme, que supiera que conocían mi domicilio y que, incluso, habían visto y hablado con mi pareja. Toda una amenaza sin palabras malsonantes.

—¿De qué se trata? —preguntó Elena.

—Nada importante, me invitan a una conferencia.

—¿Una conferencia?

—Sí, pero no voy a ir. Son aburridas y tediosas.

Pensé que debía buscar la manera de que Elena se fuera una temporada a casa de sus padres, sin levantar sospechas. Aunque era probable que si quisieran hacerle daño, ya se lo habrían hecho. La oportunidad la habían

tenido, pero eso no me dejaba tranquilo. ¿Cómo iba a marcharme al día siguiente y sabiendo que podían venir a buscarla? Solo pensar que Elena podía acabar como primer plato en la mesa de un desequilibrado me creaba un nudo en la boca del estómago que no me iba a dejar dormir ni esta noche ni las que vinieran. Pero, como si la providencia se hubiera puesto de mi parte, Elena siguió diciendo:

—La semana que viene es el cumpleaños de mi padre, y estaba pensando que podría ir a pasar un par de días con ellos.

—¿Y ya que vas, por qué no te quedas un par de semanas? Aquí hace un frío horrible, yo casi que no estoy nunca en casa. Si quieres, te llevo mañana mismo.

—¿Y tú que empeño tienes en que me vaya? Además, no puedo dejar las clases con Raúl.

—Seguro que lo entenderán, te mereces un descanso. Además, tu padre está enfermo y no sabes lo que durará. Disfruta de él el tiempo que le quede. Y que el disfrute de ti.

—No insistas, no puedo dejar mis responsabilidades.

Estaba claro que la providencia no estaba tan de mi parte. O le hablaba claro sobre lo que estaba pasando o tendría que vivir con esa agonía el tiempo que durara la investigación.

Cuando nos acostamos, pasé la noche dando vueltas en la cama, pensando en cómo se lo iba a decir, y también en la cena que me esperaba al día siguiente. Dudaba de debía acudir, pero según ponía en la nota, pasarían a recogerme. Pero ¿quién, cuándo, dónde, y cómo? Eran las preguntas que me estaba haciendo, además de cuál sería el menú de la cena. ¿Sería otra chica? ¿Estaría aún viva? ¿Podría salvarla una vez que estuviera allí? Sin duda, parecía la noche más larga de mi vida, temiendo y esperando a la vez que llegara el momento de vernos las caras con semejante criminal.

Por la mañana, como en cada amanecer, Elena se fue a caminar con Lucas por los senderos de la sierra, y yo me tomé un café con leche bien cargado, acompañado de un pitillo que prendí con uno de los fósforos del hotel Victoria. Luego conduje mi Cherokee hasta la oficina, en plaza Nueva. Me pasé el día llamando a Elena cada media hora para ver cómo se encontraba, algo tan extraño en mí, que incluso llegó a irritarla. En mi última llamada, le dije que esa noche llegaría tarde.

Había quedado en encontrarme en mi oficina con el inspector Mejía, el cual, puntual como siempre, ya me estaba esperando en la puerta. Ambos pasamos al despacho y tomamos asiento, cada uno a un lado de la mesa. Estuvimos toda la mañana hablando sobre el caso y proponiendo nuevas hipótesis. Opté por no contarle nada sobre las notas que me habían dejado, y mucho menos sobre que esa noche tenía una cita con el presunto asesino. Sobre mediodía, el inspector recibió una llamada. Al fin sus hombres habían encontrado una clínica odontológica en la cual tenían la ficha dental de la primera víctima. Las coincidencias dentales parecían evidentes. Dos caries reparadas hacía un año, una en el segundo molar y otra en el tercero, además de un incisivo torcido. Según la ficha de la clínica, se trataba de una chica de veintitrés años, llamada Mari Cruz García, con domicilio en calle Gracia n° 14 2° B. En cuanto tuvimos la dirección, nos dirigimos hacia allí.

Aparcamos el Cherokee en la plaza de Gracia y nos encaminamos hacia la estrecha calle Gracia. Una vez en la puerta del número catorce, toqué al portero automático sin muchas esperanzas de recibir respuesta, pero mi sorpresa fue tremenda cuando alguien contestó.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó una chica desde el otro lado del portero.

—Somos el inspector Mejía y el detective Carcosa, ¿podría abrirnos por favor? —contestó el inspector.

Cuando llegamos a arriba, ella ya había abierto la puerta, pero dejando

la cadenita echada, lo cual dejaba una abertura de aproximadamente una cuarta entre el marco y la puerta. La chica estaba asomada por el hueco.

—¿Qué quieren?

—Es en relación con Mari Cruz, ¿vivía aquí no?

—¿Es que ha pasado algo? ¿Me podrían mostrar sus identificaciones?

El inspector desplegó su identificación de forma que ella la pudiera verla. Solo entonces la chica terminó de abrir la puerta y nos hizo pasar al interior. Se trataba de un piso antiguo, muy modesto, probablemente alquilado. Había muebles viejos, igual que el televisor. La chica nos invitó a sentarnos en los sillones de orejeras, que estaban uno junto al otro, mientras ella se sentaba en el sofá de enfrente.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Le ha pasado algo a Mari Cruz?

—¿Qué relación tenía con ella? —preguntó el inspector Mejía.

—Compañeras de piso, y bueno, teníamos cierta amistad hasta que se fue. Pero ¿le ha pasado algo?

—Ha muerto, señorita.

La chica hizo un gesto de profundo malestar.

—Pero ¿cómo? ¿Ha tenido un accidente?

—No exactamente, la han matado.

—¿Pero quién? ¿Cómo? ¿Por qué? —Se notaba que la chica se esforzaba por mantener la calma.

—Eso intentamos averiguar, y cualquier cosa que nos diga puede ser de gran ayuda.

—¡Dios mío!

—¿Desde cuándo falta de casa?

—Pues... Ya va para tres semanas.

—¿Y qué es lo que dijo? ¿Dijo a dónde se iba?

—Lo último que me dijo es que le iban a hacer un reportaje

fotográfico.

—¿Era modelo?

—Profesional no, pero hace algún tiempo le ofrecieron ser modelo de tallas grandes. Ella estaba muy ilusionada con eso.

—¿Y no le dijo dónde le iban a hacer el reportaje?

—Pues, no. No me lo dijo.

—¿Y quién le ofreció el trabajo?

—No sé, bueno, sí, un tipo, un tipo de una agencia de modelos.

—¿Recuerdas el nombre de la agencia?

—No, la verdad es que no sé ni siquiera si me lo dijo.

—¿Y el del tipo?

—Tampoco —dijo claramente alicaída al ver que no estaba siendo de gran ayuda.

—¿Y no le pareció extraño que se fuera y no le llamara ni para decirle como le estaba yendo?

—No era la primera vez que se iba de viaje, o que me iba yo, y nunca nos llamábamos.

—Comprendo. ¿Y qué hacía hasta que le salió ese trabajo?

—Estudiaba Historia del Arte.

—¿Cómo se costeaba los estudios? ¿Tenía familia?

—No, se los costeaba ella. Según me comentó, su madre murió siendo ella una niña, y al poco tiempo el padre se ennovió y se desentendió por completo. No tenían relación ninguna.

—¿Y cómo se costeaba? ¿Trabajaba?

—Sí, trabajaba como camarera tres días en semana, y los veranos también.

—¿Dónde trabajaba?

—En Granada 10.

—¿Traía alguien a casa? ¿Algún amigo o amiga? ¿Le has conocido a alguna amistad?

—A veces venía con una chica de Granada 10, Gloria. Tenían buena relación.

Me limité a grabarlo todo en mi MP3 y dejé que fuera el inspector el que hiciera las preguntas.

—¿Dejó algo en su habitación?

—Sí, todo está tal y como ella lo dejó. Solo se llevó un poco de ropa.

—¿Podríamos echarle un vistazo?

—Claro. —Se levantó—. Vengan por aquí.

A continuación, el inspector y yo seguimos a la chica por un estrecho y oscuro pasillo hasta la segunda puerta. Ella la abrió bajando la manivela y dando un pequeño empujón con el hombro derecho. “Se atasca un poco”, dijo como disculpándose. Los dos pasamos al interior. La habitación era pequeña, con un viejo armario y una cama sin cabecero. La ventana daba a un ojo de patio. Sobre una mesa de estudio, con un flexo rojo, se amontonaban varios libros y apuntes que comenzamos a examinar buscando algo que nos diera una pista sobre esa agencia de modelos. Abrimos los libros de uno en uno pasando sus páginas. Revisé el armario y miré en todos los bolsillos de las prendas allí colgadas. Miramos bajo el colchón y en los cajones de la mesa de noche, hasta que vi un pósit pegado en la última página de una de las libretas. Decía Primer Plano, pero ni un número de teléfono, ni una dirección postal ni de correo electrónico. Solo ese nombre, Primer Plano.

—Mira, inspector, ¿crees que puede ser el nombre de la agencia de modelos?

—¿Primer Plano? Sí, puede ser. Su compañera dijo que le iban a hacer un reportaje fotográfico.

Era solo un nombre, y quizás nada tuviera que ver con esa agencia de

modelos que supuestamente le ofreció trabajo a Mari Cruz. Ahora había que tirar del hilo de ese nombre hasta ver a dónde nos conducía. También tendríamos que hablar con Gloria, la compañera de Mari Cruz en Granada 10, pero para eso habría que esperar a la noche, y yo pensaba la excusa que daría al inspector Mejía para no ir. A esas horas pasarían a buscarme para asistir a la cena a la que me habían invitado.

Cuando introdujimos las palabras Primer Plano en el buscador de Google, obtuvimos 5.890.000 resultados, lo cual se convertía en un arduo trabajo que exigiría mucha paciencia de mi parte. De uno en uno, fui mirando todos los enlaces mientras el inspector repasaba las notas del caso. Debía encontrar una agencia de modelos que se llamara Primer Plano, pero si no se trataba de una agencia, ¿qué significarían esas palabras? ¿Por qué Mari Cruz las tenía anotadas en un pósit? Puesto que Mari Cruz nada tenía que ver con la fotografía, a parte de ese reportaje que le iban a hacer, parecía evidente que Primer Plano debía de ser el nombre de la agencia, pero por qué no aparecía en Internet. Lo lógico sería que una agencia de modelos tuviera una página web. ¿Qué tendrían que ver Ordoño o Transvalsa con una agencia de modelos? Aparentemente, nada, pero ¿por qué parecían cruzarse sus caminos?

Pronto cayó la noche.

# Capítulo 8

## Los diez comensales

Cuando abrí los ojos, vi que yo era el único que no llevaba máscara. Estaba completamente drogado, vaya a saber con qué narcótico. Sentía que mi cuerpo pesaba como si fuera una gran pieza de plomo, y mi visión era borrosa. Pero, a pesar de la confusión, conseguí distinguir la respiración agitada y los gritos de desesperación de una chica colgada por los pies. Probablemente fuera un garaje todo alicatado de azulejos blancos. Un tipo con un pasamontañas le estaba cercenando el cuello con un cuchillo en su mano derecha, mientras con la izquierda tiraba de su pelo. La sangre goteaba desde su rostro, formaba un charco y luego se deslizaba hacia a la rendija de una alcantarilla. A tan dantesco espectáculo asistían diez hombres corpulentos, de riguroso esmoquin, cada uno con un antifaz. Los dos tipos que me sujetaban me pusieron una capucha negra y luego me llevaron a rastras, ya que casi no podía andar. Cuando acabamos el recorrido, me la quitaron. Entonces, aturdido, miré a mi alrededor y vi que estábamos en un enorme salón, iluminado por la luz artificial de las grandes lámparas colgadas de los altos techos. Me sentaron a la mesa de un comedor. Cuando fijé la vista al frente, distinguí diez comensales sentados a la mesa, cinco a cada lado, con sus máscaras puestas. Solo tenían sin cubrir de nariz para abajo. Escuchaba sus estentóreas risas, que me causaban náuseas, e intenté reconocer a alguno de ellos, pero fue imposible, estaba demasiado drogado. Intenté hablar, pero no lograba articular palabra, de modo que opté por observar todo lo que pude en mi estado. Jamás en mi vida había pasado tanto miedo. Uno de los sirvientes trajo a la chica en una gran bandeja de plata, sobre un carrito que más bien

parecía una camilla de acero inoxidable. Para ponerla en la mesa, necesitó la ayuda de otro sirviente. Ellos también ocultaban sus rostros con sendas máscaras. La chica estaba allí, sobre la mesa, completamente dorada por el fuego, con la cabeza afeitada. Uno se levantó con una especie de doble pincho para trinchar en la mano izquierda, mientras con la derecha situaba un cuchillo sobre el esternón de la cena.

Cuando la pinchó en el torso y clavó el cuchillo, perdí el conocimiento.

Desperté al amanecer, en el interior de mi coche y con una botella de *whisky* vacía en el asiento de la derecha. El redoblar de las campanas de la iglesia me hizo suponer que me encontraba en el pueblo. Al incorporarme, reconocí la puerta de mi casa de Capileira, pero casi no recordaba nada, excepto un puñado de caras borrosas y las carcajadas que aún resonaban en mi cabeza. Entonces recordé al tipo del pasamontañas y me pregunté si sería Ordoño. Allí parecía tener cada uno su labor. El tipo del pasamontañas se encargaba de matar a la chica; los dos que me custodiaban serían los de seguridad; los sirvientes se encargarían de poner la mesa e imaginé que habría un cocinero lo bastante loco como para cocinar a una persona en el interior de una gran cocina, con un horno industrial, como supuse desde un principio. Pero ¿por qué estas personas se involucrarían en algo así, sería por una gran cantidad de dinero o simplemente estarían también lo suficientemente locas? Quizá fueran ambas circunstancias, gente lo suficientemente loca como para servir a esos monstruos por una gran cantidad de dinero. ¿Dónde estaría esa casa? No conseguía recordar nada, ni del momento en el que me tuvieron que subir a un vehículo para trasladarme hasta allí, ni del recorrido que hicimos, ni de la llegada. Solo sabía que se trataba de una gran casa, probablemente una mansión. Si la casa fuera de alguno de ellos, se conocerían entre sí. En ese caso, lo de llevar máscaras sería ocasional, solo para que yo les viera las

caras. Pero también cabía la posibilidad de que la casa no perteneciera a ninguno, que fuera cedida o alquilada para llevar a cabo su macabra cena, en cuyo caso, seguramente, ni siquiera se conocerían entre sí, sino que se reunirían sin saber nada los unos de los otros, excepto el interés por lo siniestro de su acto. Si fuera así, ¿cómo se habrían conocido? ¿Cómo ponerse de acuerdo sin conocerse ni verse las caras? Parecía evidente que fue en algún foro de Internet. Y estaba claro que debían ser asquerosamente ricos, ¿Cómo el señor Valverde? ¿Estaría el señor Valverde entre los diez comensales? Pero, en ese caso, ¿por qué iba el señor Valverde a encargarse de trasladar los cuerpos? ¿Sería también por dinero? ¿Tendría cada uno de esos diez tipos una labor asignada en esa especie de secta?

La hipótesis que rondaba mi cabeza era que diez hombres adinerados celebraban periódicamente cenas para comer carne humana, concretamente de chicas jóvenes y con unos kilitos de más. Además, estos diez hombres tendrían contratados los servicios de un cocinero, varios sirvientes, algunos hombres de seguridad y un verdugo para dar muerte a la víctima. Y estaba lo de si se conocían o no entre sí. Pero ¿qué llevó a estos hombres a querer probar la carne humana?

Elena aún estaba en la cama cuando entré en la habitación. Abrí el armario y comencé a echar toda la ropa de Elena en un macuto verde, contagiando mi estado de nervios a Lucas, que comenzó a ladrar. Elena se despertó sobresaltada.

—Pero ¿qué haces con mi ropa? —preguntó Elena conforme se incorporaba.

—¡Te tienes que marchar!

—¿Cómo que me tengo que marchar?! ¡¿Pero de qué estás hablando?!

—¡No te preocupes! ¡Es solo para prevenir! Quiero que te vayas a casa de tus padres.

—¿Cómo que es para prevenir!? ¿Para prevenir qué!?

—¡No te lo puedo explicar! ¡Tú solo hazme caso!

—¡Hueles a alcohol! ¡Has bebido! —dijo en cuanto se acercó a mí y me cogió de un hombro para girarme hacia ella.

—Es posible, no recuerdo nada de lo que pasó anoche.

—Pero ¿en qué andas metido? ¿Por qué has vuelto a beber?

—No lo sé, Elena, creo que me forzaron.

—¿Quién?

—¡No lo sé!

—¡Me das miedo, Daniel! ¡Me estás dando miedo!

—¡Tú hazme caso y no pasará nada! ¿Llegaste a ver al tipo que trajo el sobre?

—Pues, ¡claro que lo vi, tocó a la puerta!

—¿Le viste la cara?

—Bueno, no, llevaba casco, pensé que era un mensajero, ¿Qué está pasando? ¿Quién era ese tipo? ¿Qué era ese sobre?

—No te lo puedo explicar, pero confía en mí. Ahora te vienes conmigo a Granada y te dejo en casa de tus padres. Vístete y coge a Lucas.

El viaje fue lento y silencioso. No me apetecía escuchar a Santana. Solo quería estar inmerso en mis pensamientos, intentando recordar lo máximo posible de lo que pasó la noche anterior. A mi lado, Elena permanecía callada, preocupada y enfadada, mientras aguantaba a Lucas en su regazo, acariciándolo despacio con su derecha.

No se me iba de la cabeza la imagen del tipo del pasamontañas, ¿sería Ordoño? Pero Ordoño, por lo visto, acostumbraba a manejar el cuchillo con la izquierda y este individuo usaba la derecha. ¿Por qué me invitarían a esa macabra cena? ¿Por qué querían que lo viera todo? ¿Sería una forma de darme pistas? ¿Sería un pulso, como lo de dejar a las chicas de forma que

pudiéramos encontrarlas? ¿Querrían demostrarnos su poder?

# Capítulo 9

## Cosas que contarse

Tras dejar a Elena con sus padres, me volví a reunir con el inspector Mejía en mi oficina. Este estaba esperándome cuando llegué hecho un guiñapo y oliendo a alcohol, después de no haber descansado lo suficiente durante noche. Iba con el tres cuartos abierto, caminando a paso ligero por el pasillo de la planta donde estaba mi despacho, metiéndome los harapos en los pantalones y con barba de varios días. Entramos a mi despacho. Los dos teníamos cosas que contarnos.

—¿Se puede saber de dónde vienes de esa guisa?

—Es una larga historia.

—Soy todo oídos.

—Pronto aparecerá otra chica.

—Esperemos que no.

—Si te lo estoy diciendo es porque lo sé. Va a aparecer.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque he visto cómo la mataban, ha sido horrible.

—¿Qué has visto qué? A ver, explícate desde el principio.

—Ayer estuvieron en mi casa y me dejaron una nota en la que decía que me invitaban a una cena y que pasarían a recogerme.

—¿Y dónde fue esa cena? ¿Viste al asesino?

—Debieron de drogarme, porque no recuerdo ni cuándo me recogieron ni cuándo llegamos a donde quiera que fuera.

—¿Y qué es lo que recuerdas?

—Recuerdo que cuando abrí los ojos ella estaba colgada del techo y

cabeza abajo. Sus chillidos estaban ahogados en lágrimas, a saber el tiempo que llevaba así, Creo que estaban esperando a que yo recobrar el conocimiento para matarla delante de mis narices. Fue horrible.

—¿Y pudiste reconocer a Ordoño?

—Llevaba un pasamontañas, suponiendo que fuera él. Aunque me llamó la atención que el verdugo no era zurdo, le cortó el cuello con la derecha.

—¿Pudo ser una maniobra de distracción?

—Puede ser, pero algo sí que me llamó la atención. Fue después, cuando la tenían sobre la mesa para trincharla. El tipo que se dispuso a hacer los honores era zurdo. En un principio pensé la persona la que las mataba sería la que las trinchaba, pero no fue así. Alguien se encarga de darles muerte, otro se encarga de cocinarlas y otro de trincharlas. No son los mismos, son tres personas diferentes. Tampoco es una sola persona la que se las come, son diez. Por eso no creo que encontremos restos en la nevera de nadie.

—Dios mío. Pero ¿dónde estuviste anoche?

—Estuve con el mismo demonio y sus discípulos.

—¿Y por qué invitarte a esa cena? ¿Por qué dejar que vieras todo eso?

—Creo que quieren demostrar su poder, por lo mismo que nos dejan a la chica descuartizada en cualquier rincón del país. No pretenden esconderse, quieren que sepamos lo que hacen.

—¿Y no pudiste reconocer a ninguno?

—Yo estaba muy drogado y ellos llevaban máscaras.

—¿Y durante el tiempo que estuviste consciente no recuerdas ningún sonido característico, algo que nos haga suponer dónde estabais?

—Grillos, solo se oía el sonido de los grillos. Yo diría que se trata de una gran casa en el campo, quizá en la sierra, no sabría decirte.

—¿Recuerdas si hacía frío?

—Estaba la calefacción puesta, así es que imagino que debía de hacerlo.

—Así es que hacía frío y se oían grillos.

—Eso mismo.

—Cómo te gusta ir por libre. Deberías habérmelo dicho y habría pedido una orden —dijo Mejía algo cabizbajo.

—¿Y qué le ibas a decir al juez Garrido, que me invitaron a una cena?

—Entiendo, pero si me hubieras dicho algo, yo os habría seguido y a estas alturas ya sabríamos dónde se reúnen.

—¿Y qué te hace pensar que se reúnen siempre en el mismo sitio? Yo más bien diría que lo hacen de forma aleatoria y que ni ellos mismos saben dónde se van a reunir hasta el mismo día de la cena.

—Es probable.

Los dos nos quedamos en silencio durante un rato, ensimismados, con la mirada perdida, cada uno en distintos puntos del despacho. Yo miraba la foto de Elena que tenía sobre la mesa, abstraído, por un lado, en la cena de la noche anterior y, por otro, pensando en que no me perdonaría que a Elena le ocurriera algo. El inspector Mejía, aunque reconoció mi valor, no me perdonaba que no le hubiese dicho nada. Rompí el silencio:

—¿Qué tal te fue esa entrevista con Gloria en Granada 10?

—Fructífera.

—Pues, tú dirás, cuéntame.

El inspector Mejía puso sobre la mesa el MP3 en el que grabó toda la entrevista.

—¿Gloria?

—Sí, soy yo.

—Soy el inspector Mejía y quisiera hablar contigo sobre Mari Cruz.

—¿Qué es lo que ha hecho ya?

—¿Acaso dirías que Mari Cruz hacía cosas que no debiera?

—¡No! Era broma, tonterías.

—¿Desde cuándo no sabes de ella?

—Pues... Ya va para tres semanas.

—¿Y no se te hace raro que no te llame para decirte cómo le va?

—¿Acaso le ha pasado algo?

—Ha aparecido su cuerpo en un camión frigorífico.

—Dios mío. ¡Ella es la chica de la que hablan los periódicos!

—Lamentablemente, sí.

—Usted dirá en qué puedo ayudarle.

—Solo quiero que responda a unas preguntas. Por ejemplo, ¿te habló algo sobre un reportaje fotográfico que le iban a hacer?

—Sí. Según me dijo, se trataba de un reportaje para tallas grandes.

—¿Y no te dijo quién se lo iba a hacer o dónde?

—No, bueno, me dijo que era el fotógrafo de una agencia, y estaba muy ilusionada porque el primer reportaje le habían dicho que era en una mansión. Según me comentó, le dijeron que habría más, por eso no me extraño que no viniera ni llamara. Ya había advertido que dejaba el trabajo, que con eso ganaría en un rato bastante más que aquí en una semana.

—¿Y no te dijo el nombre de la agencia?

—Sí, sí que me lo dijo..., pero... A ver... Uf, ahora mismo no lo recuerdo.

—¿Podría ser Primer Plano?

—Sí, Primer Plano, eso era.

—Y supongo que no sabrías decirme dónde está esa agencia o cómo puedo comunicarme con ellos.

—No sé dónde está, pero aún no he tirado el papel donde me escribió el *email* al cual tenía que mandar las fotos.

—¿Es que le mandaste tú las fotos?

—Sí, ella no tiene Internet en casa. Voy por la nota, que debe estar en mi bolso. Hasta ahora.

Durante los pocos minutos en que Gloria fue a por su bolso, se oía de fondo la música *house* de la discoteca, el sonido de los hielos cayendo en los vasos y el de una banqueta que cayó al suelo. Gloria tardaba en venir, quizá demasiado, dijo el inspector, Yo coincidí.

—¿Qué ha sido ese ruido? —pregunté.

—¿Cuál?

—El que se oye justo antes de que ella diga “hasta ahora”.

—Una banqueta, se apoyó sobre ella para llegar al otro lado de la barra y coger su móvil, y la banqueta se deslizó y cayó al suelo.

—¿Ella se hizo daño?

—No, mantuvo el equilibrio.

—Pero ¿consiguió coger su móvil?

—Sí, lo cogió.

—¿Crees que pudo llamar a alguien en estos quince minutos que tarda en regresar?

—No sé, también podía estar esperando una llamada.

—Es posible, pero el caso es que yo he estado en esa discoteca más de una vez y se dónde están los vestuarios de los empleados. No tenía por qué tardar más de cinco minutos en ir, buscar en su bolso y volver, y eso suponiendo que la discoteca estuviera a tope de gente, que a la hora que fuiste, no creo que fuera el caso. Es más, ¿llegó con la nota en la mano, o con el bolso?

—Llegó con el bolso y buscó la nota cuando ya estaba en la barra.

—¿Y no te parece raro que después de tardar quince minutos en regresar, llegue sin haber buscado la nota?

—Pues, no. Las mujeres son un misterio, y sus bolsos aún más. Pudo haber estado hablando por teléfono, quizá esperaba una llamada.

—Sí, es posible.

Enseguida vuelve oírse la voz de Gloria.

—Ya estoy aquí, dentro debo tener la nota.

Oímos las cremalleras del bolso y luego un instante de silencio hasta que al fin acertó a decir:

—Aquí está, yo sabía que no la había tirado.

—Está bien, muchas gracias señorita Gloria, si necesito algo más volveré a buscarla.

Así terminaba la grabación, con la despedida del inspector Mejía, y el sonido de que Gloria cerraba la cremallera de su bolso.

—¿Tienes aquí la nota que te dio?

—Claro, aquí está. —La sacó de un bolsillo y la deslizó sobre la mesa.

—¿Será casualidad? Otro pósito amarillo, ¿pertenece al mismo paquete?

—¿Y qué más da eso? Hay miles de pósitos repartidos por todas partes.

—Sí, pero según Gloria, la dirección de *email*, o sea, el pósito, se lo dio Mari Cruz a ella. En cambio, en el dormitorio que hacía las veces de cuarto de estudio de Mari Cruz no había ningún paquete de pósito, ni amarillos ni de ningún color. Esto me da que pensar. Alguien le dio el nombre de la agencia y la dirección de email anotados en sendos pósitos, y si es así, ¿por qué tendría Gloria que ocultarlo?

—Quizá no oculte nada, sino que simplemente no lo sepa. No tiene por qué saber si alguien le dio los pósitos con los datos, o si los escribió la propia Mari Cruz.

—No, la propia Mari Cruz no los escribió, no lo creo. La letra no se

parece a la que vimos en sus libretas, ni tenía pósts entre sus cosas. ¿Quién le daría la información? ¿Quién le daría los pósts?

—En cualquier caso —continuó el inspector—, tenemos la dirección de correo electrónico de Primer Plano, y si, como suponemos, se trata de una agencia de modelos, estará acostumbrada a que le manden fotos y currículums. Se me ocurre que podríamos enviar un *email* con datos falsos solicitando una entrevista personal. A ver qué ocurre.

—Muy buena idea, Mejía. Póngase a ello.

Una vez confeccionado el currículum con datos y fotos falsos, lo enviamos a través de una dirección de correo creada para el cometido. Ya solo quedaba cruzar los dedos y esperar una respuesta.

# Capítulo 10

## La Clínica

Cuando el teléfono móvil del inspector sonó pasado el mediodía, aún continuábamos en mi despacho, esperando una respuesta que no llegaba. Llamaban para decirle que ya sabían qué era la huella del camión frigorífico. Se trataba de los restos aplastados de una estrella de las nieves o *plantagonivalis*, una planta endémica que crece por encima de los dos mil metros, en los bordes de Borreguiles o pastizales nevados de alta montaña, en las zonas más húmedas. Ello situaba a Ordoño en la sierra antes de que aparecieran los restos de la chica del camión frigorífico. Ahora, con esa información, podíamos localizar esa posible casa o mansión en las cumbres de Sierra Nevada. También le comunicaron los datos de la segunda chica, la del cajero automático. Se trataba de Irene Rodríguez Maldonado, de veinte años y con domicilio en el Camino de Ronda nº 82 3º B. Esta vez las coincidencias eran una caries reparada en los caninos y dos en los premolares, además de una reciente limpieza dental.

Cuando llegamos a Camino de Ronda, nos encontramos con que tampoco vivía sola, sino con su expareja, un dominicano de veintiocho años llamado Ury Miguel, que llevaba casi cinco años en el país. Así es que la hipótesis de que se trataba de chicas solas y extranjeras ya no se mantenía. Las dos tenían amistades o pareja, como era el caso de Irene. Ury Miguel nos invitó a pasar una vez que nos identificamos. Cuando le dimos la fatídica noticia, no se mostró sorprendido ni emocionado en lo más mínimo, como si tuviera ya cierto callo en lo referente a desafortunadas pérdidas. El piso era viejo y húmedo, igual que el de Mari Cruz. Nos sentamos en sillas alrededor

de una mesa redonda. El inspector Mejía comenzó con la batería de preguntas:

—¿Qué tiempo hace que se fue Irene?

—Como dos semanas.

—¿Y no ha vuelto a verla desde entonces?

—No.

—¿Le comentó algo sobre un reportaje fotográfico?

—Sí, me dijo que le iban a hacer uno.

—¿Y no le dijo dónde ni quién?

—No.

—¿Nombró en algún momento la agencia Primer Plano?

—No, que yo recuerde.

—¿Y no le resultó extraño que no le llamara en estas dos semanas?

—No, habíamos discutido.

—¿Por qué? ¿Por qué discutieron?

—Yo no quería que se hiciera esas fotos.

—Dígame, Ury, ¿por qué no quería que se hiciera esas fotos?

—Verá, hasta que le propusieron lo de las fotos, ella estaba muy preocupada por adelgazar. Hacia deporte, llevaba una dieta de adelgazamiento e incluso iba dos veces por semana a una clínica donde le hacían un seguimiento. Pero de un día para otro lo dejó todo, ya no le importaba estar gorda. Discutimos y se marchó.

—¿Sabía que el reportaje era para modelos de tallas grandes?

—Sí, me lo dijo, y desde que me lo dijo no hacíamos más que discutir.

—Ha nombrado una clínica, ¿qué era, una clínica de adelgazamiento?

—Sí.

—¿Y recuerdas el nombre de la clínica?

—No, era un nombre raro, pero guardaba alguna tarjeta en su cuarto de estudio.

—¿Podríamos echar un vistazo a ese cuarto?

—Claro, no lo he tirado todo de milagro, pero me disponía a hacerlo en cualquier momento.

Los tres nos levantamos y el inspector y yo seguimos a Ury por el pasillo, pasando antes por la puerta del dormitorio, que se encontraba abierta y la cama sin hacer. El cuarto de estudio era el de la puerta siguiente. Ury dejó que fuésemos nosotros los que pasemos a revisarlo. Primero entró el inspector Mejía, que se percató enseguida que se trataba de una persona desordenada por los libros abiertos esparcidos por la mesa junto a los apuntes también desordenados. Al igual que hicimos en el dormitorio de Mari Cruz, lo examinamos todo, libro por libro, libreta por libreta y apunte por apunte, hasta que en el segundo de los cajones, a la izquierda de la mesa, encontré una carpetita para guardar tarjetas. Di con la tarjeta de la clínica en la última página. Clínica de Adelgazamiento Eduvigis, ponía, además de la dirección y los teléfonos. Al dorso, un pósit amarillo con el nombre de la agencia Primer Plano y su dirección de correo electrónico.

Era un lugar frío como cualquier otra clínica, a pesar de la calefacción. Al inspector le sonó la voz que lo atendió por el portero automático, pero una vez en la clínica, su sorpresa fue mayúscula: al otro lado del mostrador de recepción estaba Gloria, la amiga de Mari Cruz.

—¿También trabajas aquí? —inquirió el inspector Mejía.

—Solo a media jornada —respondió Gloria.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de años.

—No sé si tú podrás ayudarnos.

—Usted dirá.

—Necesitaríamos una relación de todos los pacientes femeninos, con el nombre completo, dirección y teléfonos.

—Lo siento, pero esos datos son estrictamente confidenciales.

—Supongo que deberíamos hablar con el director del centro.

—En estos momentos está atendiendo una consulta.

—Esperaremos, no tenemos prisa, y solo le robaremos cinco minutos.

—Está bien, le avisaré, pueden pasar a la sala de espera. La segunda puerta a la izquierda.

Conforme nos adentrábamos en el pasillo, Gloria descolgó el teléfono y yo, que iba un paso por delante, abrí las puertas correderas de la sala de espera. Los dos entramos y tomamos asiento en los sillones libres. Ambos cogimos sendas revistas y les echamos un vistazo para matar el tiempo. Pasados unos minutos, las puertas correderas se abrieron y apareció Gloria.

—Detectives... Síganme.

Nos levantamos rápidamente y seguimos a Gloria hasta el despacho del director, situado al fondo del iluminado pasillo, a la izquierda. La chica abrió la puerta y nos invitó a entrar.

—Gracias, Gloria —dijo el inspector.

Una vez dentro, el doctor, y director del centro, se levantó ofreciendo su mano a ambos para estrecharla.

—Soy el doctor Buendía. Tomen asiento, por favor. Ustedes dirán a qué debo su visita.

El inspector Mejía abrió una carpeta que llevaba bajo el brazo y sacó dos fotos, una de Mari Cruz y otra de Irene.

—¿Las conoce? —preguntó el inspector.

—Pues, creo que no.

—Mari Cruz, no sé —dijo Mejía echando la foto a un lado—, pero Irene, tengo entendido, venía a su clínica.

El doctor volvió a mirar la foto.

—Pues, no sé, puede ser, creo que me suena.

—Alguien que venía dos veces por semana a su consulta, ¿solo le suena?

—Yo no soy el único médico, quizá la trataba otro.

—Pero, ¿usted es el director, verdad?

—Sí.

—En ese caso, necesito que autorice a Gloria para que me dé una relación de todas las pacientes que venían o vienen a su clínica.

—No puedo hacer eso, las fichas de mis pacientes son estrictamente confidenciales.

—Piénselo bien, han muerto dos chicas jóvenes, y tenemos la certeza de que al menos una de ellas venía a su clínica.

—Lo siento, pero no puedo, la confidencialidad es nuestro sello de identidad. Nos debemos a nuestros pacientes.

—Quizá prefiera que venga con una orden y con seis agentes que lo pongan todo patas arriba.

—Confío en que no lo hará. Si le parece bien, me puede dar el nombre completo de la otra chica y yo compruebo si ha pasado por aquí.

—Mari Cruz García Morilla.

—¿Ahora mismo?

—¿A usted qué le parece?

—Está bien, está bien.

Tras girarse hacia su ordenador, el doctor Buendía comenzó a introducir los datos. Su gesto de asombro y preocupación fue evidente tras comprobar que, efectivamente, Mari Cruz había pasado por su clínica. Fue entonces cuando el inspector se levantó y yo lo seguí.

—Vaya preparándome la relación de todas las chicas que asisten actualmente o hayan asistido a su clínica. Si se niega a colaborar, juro que le pondré esto patas arriba. Ah, otra cosa, ¿le dicen algo las palabras Primer

Plano?

—Siento decirle que no. No me dicen nada.

El teléfono móvil del inspector volvió a sonar antes de que saliéramos de la consulta del doctor Buendía. Atendió la llamada y conectó el altavoz.

—¿Sí? —respondió Mejía.

—Ha aparecido otra chica señor.

—Mierda, ¿dónde?

—En Salou, en un cajero automático donde Ordoño, momentos antes, volvió a usar su tarjeta.

—¿Y ha vuelto a escapar?!

—Sí, señor, lo lamento mucho.

—¡Lamentarlo no es suficiente, tenemos que anticiparnos a él! ¡Joder!

—dijo

—Tenías razón, Carcosa, ha aparecido otra chica. —Antes de salir, se dirigió al doctor Buendía—: Procure tener esa relación lo antes posible.

Caminamos por el pasillo. Yo andaba cabizbajo por el recuerdo del horror que vivió la chica de la noche anterior, e intentando recopilar mis ideas en mi atormentada cabeza. El inspector estaba cabreado consigo mismo y con los suyos por no haber sido capaz de llegar a tiempo para detener a Ordoño. En cuanto salimos, observé que tras el mostrador donde se encontraba Gloria había un paquete empezado de pósits amarillos, lo que sumado a que, hasta ahora, dos de las víctimas acudían a la clínica, me daba que pensar que esta podía estar detrás de las fatídicas muertes. Pero no podía obviar que un paquete de pósit se podía encontrar en cualquier oficina. No era, entonces, una prueba sólida para presentar a un juez, solo indicio de investigación. A raíz de la última muerte, pensé que era imposible que Ordoño pudiera desplazarse tan rápidamente, y menos aún con una chica muerta metida en una caja, lo que me dio que pensar que debía estar usando un medio de transporte que estuviera

siempre en carretera, uno para la ida con el paquete y otro para la vuelta de manos vacías. ¿Estaría usando los camiones de Transvalsa? ¿Estaría el señor Valverde al corriente o sería cosa de alguno o algunos de sus empleados?

Parecía evidente que tendría que volver a hablar con el señor Valverde, y esta vez no aceptaría excusas para hablar también con alguno de sus choferes.

Cuando estábamos en la clínica, no podía dejar de pensar en la chica de la noche de la cena. Las lagunas me estaban volviendo loco. ¿Me habría bebido esa botella de *whisky*? ¿Habré probado la cena? ¿Habré comido carne de esa chica? Ahora a mis dudas se le sumaban otras nuevas. Solo de pensarlo se me ponía el vello de punta. Por supuesto, al inspector Mejía no le comenté nada de mi angustia.

# Capítulo 11

## Camino de ida y vuelta

La guitarra de Santana sonaba de nuevo en mi Cherokee mientras, una mañana más, entraba en la ciudad de Granada. Mis pensamientos no me dejaron dormir. Por cómo desperté esa mañana, parecía evidente que el whisky me lo había bebido, pero ¿y la carne?, ¿habría probado también la carne? Prefería no pensar en eso, pero no se me iba la idea de la cabeza. ¿Sería eso lo que pretendían? ¿Querrían mantener mi cabeza pensando en otra cosa? De ser así, lo estaban consiguiendo, pues la noche anterior pensé más en eso que en la pregunta de rigor, ¿cómo podría Ordoño desplazarse tan rápidamente? ¿Cómo era posible que tanta gente se pusiera de acuerdo en una idea tan atroz? La respuesta a esta cuestión parecía sencilla. Esta gente perdía los escrúpulos ante una gran cantidad de dinero, pero ¿quién financiaría todos los costes? Parecía lógico pensar que serían esos diez comensales, lo que me daba un perfil de hombres ricos, que pueden presenciar, entre risotadas, cómo matan a una chica, pero que no son capaces ni de matar con sus propias manos ni de trasladar el cadáver. Hombres acostumbrados a que alguien les haga el trabajo sucio.

Por segunda vez me encontraba subido en el ascensor de las oficinas de Transvalsa, llegando a la quinta planta con la misma sensación de mareo que la vez anterior. Cuando las puertas se abrieron y salí, el mareo desapareció por completo. De nuevo tenía frente a mí a la secretaria del señor Valverde, quien pareció advertida de mi llegada:

—Señor Carcosa, el señor Valverde está reunido.

—Pues, dígame que esperaré hasta que pueda atenderme.

Tomé asiento en uno de los sillones de recepción mientras observaba cómo trabajaba la secretaria. Concretamente, cómo se limaba las uñas tras haber mantenido una breve conversación por el interfono, presumiblemente con el señor Valverde. Las puertas correderas de la oficina del señor Valverde se abrieron al poco rato de estar esperando, y salió el señor Sebastián, director gerente del matadero, algo que no me sorprendió demasiado. Me pareció normal que mantuviera reuniones con su transportista. Se refirió a una fotografía allí colgada diciendo: “Es un primer plano muy bonito”, algo que no tenía por qué significar nada, excepto que lo dijo como si fuera la primera vez que veía esa foto. Observé que la secretaria anotó algo en un pósito amarillo y se lo entregó al señor Sebastián, algo que tampoco tenía por qué significar nada.

Cuando entré a su despacho, encontré al señor Valverde al otro lado de la pequeña barra bar, echando unos polvos blancos de un botecito azul en un vaso con algo de agua. Por el aspecto, parecía bicarbonato.

—¿Quiere, detective Carcosa?

—No, gracias.

—Es por la cena de anoche. Cuando tengo una cena copiosa, siempre me levanto con bicarbonato. Esto me aplaca el estómago —dijo pasándose la mano derecha por su oronda barriga.

¿Sería una casualidad u otra clara provocación? Al fin y al cabo, la cena no fue anoche, si no anteanoche. Tomé asiento en uno de los taburetes situados en el exterior de la barra, mientras el señor Valverde bebía su preparado.

—Tengo algunas preguntas que hacerle, señor Valverde.

—Pues, usted dirá, detective, dispere —respondió haciendo un gesto con su índice, como si de una pistola se tratase.

—¿Suele acompañar alguien a sus choferes en los trayectos largos?

—A veces van sus mujeres.

—¿Y algún amigo, en alguna ocasión va algún amigo?

—No es habitual, pero alguna vez se ha dado el caso.

—Verá, señor Valverde, creo que algún indeseable está usando sus camiones como medio de transporte.

—¿Algún indeseable? ¿Qué indeseable?

—Ordoño, creo que Ordoño está utilizando un camión de ida para llegar al norte, donde ha dejado ya dos paquetes, y después coge otro de vuelta para llegar aquí.

—¿Otra vez Ordoño? Le repito que no sé quién es ese tal Ordoño.

—¿Y sus choferes, lo conocerán sus choferes? Por eso mismo quisiera hablar con el chofer del camión que pararon en Bailen, donde apareció la primera chica.

—*El Granos*, vaya al lavadero y pregunte por *el Granos*, debe estar allí ahora.

—¿Termina de llegar de un viaje?

—Sí, ha llegado de madrugada.

—¿Y cuándo se va de nuevo?

—Cuando cargue, esta tarde o por la mañana.

—Llame al lavadero y mande que no laven el camión hasta que lo haya revisado.

—No puedo hacer eso. Corre prisa que se lave para que cargue lo antes posible.

—Está bien, voy para allá ahora mismo.

Salí de la oficina del señor Valverde caminando a paso ligero hasta el lavadero, pasando antes por la estación de servicio, que en esta ocasión estaba desocupada. Una vez en el lavadero, pude comprobar que estaban lavando el interior del frigorífico con una lanza a presión que iba arrancando los restos

de suciedad con abundante espuma. Las partes ya lavadas se diferenciaban claramente de las que aún no lo estaban, y como habían comenzado por lo más profundo del frigorífico hacia afuera, si había algo que lo implicara en el transporte de la última chica, ya no estaría. Me dirigí al empleado del lavadero y pregunté por *El Granos*.

—Tiene que estar por aquí atrás —dijo el del lavadero señalando al otro lado del camión.

Cuando di la vuelta, encontré a *El Granos* escurriendo una bayeta con la que se disponía a limpiar el interior de la cabina. Me dirigí a él.

—¿El *Granos*?

Al darse este la vuelta, comprendí el porqué del apodo: tenía toda la cara cubierta de las cicatrices que deja la varicela a edad adulta. Me arrepentí de haberlo llamado así, ya que este tal *Granos* debía de tener un nombre. De todas formas, no pareció molestarle y reaccionó como el que está más que acostumbrado a semejante apodo.

—¿Sí? Dígame.

—Soy el detective Carcosa —Alargué mi derecha para estrechar su mano.

—Pues, usted dirá qué quiere de mí.

—Solo hacerle unas preguntas.

—Ya contesté todo a la policía.

—No le robaré mucho tiempo, sé que la prisa siempre apremia a los camioneros.

—Usted dirá.

—¿Le dice algo el nombre de Ordoño?

—No.

—¿Acostumbra a llevar a alguien en sus viajes?

—No, normalmente no.

—¿Y en esta última ocasión? ¿Ha llevado a alguien?

—No.

—De vuelta a casa, ¿ha parado por casualidad en Salou o alrededores?

—No, después de parar en La Junquera, paré en Castellón, que es lo habitual.

—¿Le importaría que revisara su tacógrafo?

—Pues, sí me importaría. ¿Es que acaso no me cree?

—¿Y podría echar un vistazo a la cabina?

—Lo siento, pero la estoy limpiando.

*El Granos* resultó ser poco colaborador, tal y como me esperaba, lo que me hizo pensar que sabía más de lo que decía. Tenía que comprobar ese tacógrafo para ver si, como él decía, el trayecto desde La Junquera hasta Castellón lo había hecho de tirón o si, por el contrario, había hecho una parada en Salou. Los discos usados de tacógrafo, casi con seguridad, acabarían en la oficina de Transvalsa, concretamente en el archivo situado tras la secretaria. Tenía que hacerme con ese disco, pero ¿se mostraría la secretaria colaboradora? ¿Quizás el señor Valverde? ¿O tendría que recurrir a mis habilidades abriendo puertas y cajones fuera de horario de oficina?

En cualquier caso, decidí esperar en la cafetería de la estación de servicio, desde donde podía ver tanto la salida del lavadero como la entrada a las oficinas a través de la enorme cristalera. Esperaba ver pasar al *Granos*, lo que me indicaría que el disco de tacógrafo ya se dirigía al archivo. Mientras tomaba el café, sentado en un taburete de una mesa alta, observaba el ambiente. Varios camioneros y algún mecánico charlaban amistosamente en la barra. Observé a uno que charlaba más que los demás, se podría decir que era el eje de la conversación, y lo llamaban también por su apodo. Se trataba de un tal *Pilla Bichos*, muy delgado, rubio y con un bigotito a lo Steve Buscemi que le daba un aire un tanto interesante. Lo escuchaba todo desde distancia

prudencial, como ajeno a la conversación, pero sin perder detalle. Al parecer, el *Pilla Bichos* acababa de llegar de Holanda, y no saldría hasta pasadas cuarenta y ocho horas, por lo que estaba aprovechando para tomar unas cervezas. Por los comentarios que hacía, no debía de caerle muy bien el *Granos*. Pensé alguna forma de acercarme a él y entablar conversación, pero lo tenía difícil con tanta gente alrededor. Así es que esperé a que se fueran marchando y a que, con un poco de suerte, el *Pilla Bichos* se quedara solo. Entretanto, permanecí atento a la pista de la estación por si veía pasar al *Granos*. El café lo tenía casi apurado, y ni el *Granos pasaba*, ni el *Pilla Bichos* se quedaba solo. Por un momento perdí de vista la salida del lavadero, pero pude oír a uno de los camioneros decir «ya sale, me voy al lavadero que ya me toca», de lo que deduje que estábamos esperando la salida de la misma persona. Casi al instante, el *Granos* atravesaba la pista de la estación camino de las oficinas, con una carpeta negra bajo su brazo derecho, y el *Pilla Bichos* se quedaba solo apurando su cerveza. Sin duda, este era el momento para acercarme a él. Dudé entre ir tras el *Granos* o hablar con el *Pilla Bichos*, hasta que finalmente decidí que este último podía aclararme algunas dudas. Bajé del taburete y me dirigí a la barra.

—Mi nombre es Carcosa, tú debes de ser el *Pilla Bichos* —dije estrechándole mi derecha.

—Así me llaman. ¿Nos conocemos?

—No tengo el gusto. Verá, soy detective privado y estoy investigando sobre la chica que apareció en uno de vuestros camiones.

—Pobre chica, pero en el mío no apareció.

—Ajá, comprendo, quería decir camiones de la empresa.

—¿Cómo que camiones? Que yo sepa, solo apareció una en un camión.

—Solo apareció una en un camión, pero han aparecido otras dos chicas, una en La Junquera y otra en Salou, y sospecho que han podido ser

trasladadas en otro camión.

—¿Insinúa que el *Granos* tiene algo que ver? Él es el que hace esa ruta.

—No, yo no he dicho eso, pero sí puede haber sido engañado. Quizá alguien le pidió que lo llevara hasta La Junquera con un paquete en el frigorífico, y quizá otro chofer que estuviera de vuelta trajera a este alguien de nuevo hasta aquí.

—¿Y quién es ese alguien?

—Sospecho que Ordoño, ¿lo conoce?

—Sí, cómo no. Se encargaba de cargar los camiones en el matadero. Pero ¿no se le ha ocurrido pensar en quién, en su sano juicio, después de lo que ha pasado, iba a trasladar un paquete en el frigorífico sin saber lo que hay en su interior? Y es más, ¿quién en su sano juicio iba a trasladar a Ordoño sabiendo que está en busca y captura?

—Pues, se me ocurre que alguien que está de acuerdo con Ordoño o alguien que no conoce a Ordoño.

—Pero ¿quién no conoce a Ordoño? Le puedo asegurar que todos los choferes que han cargado en el matadero conocen a Ordoño.

—¿Quiere decir que es más probable que estuvieran de acuerdo?

—Yo no soy detective.

—Pero en el caso de que estuvieran de acuerdo, eso quiere decir que hay al menos dos choferes implicados, uno que lo llevaría de ida y otro que lo traería de vuelta, ¿no?

—Le vuelvo a decir que yo no soy detective.

El no sería detective, pero sin duda me había hecho plantearme preguntas que me aclaraban algunos puntos, como que el *Granos* mintió cuando me dijo que no conocía a Ordoño, y que al menos dos choferes estaban de acuerdo con Ordoño y la trama de los diez comensales. Pero ¿por qué lo

harían? ¿Tan succulenta era la tajada como para que dos tipos aparentemente normales trasladaran en su camión el cadáver de una chica y a su asesino? De nuevo, el dinero parecía ser el que moviera los hilos de este siniestro caso.

# Capítulo 12

## Entrando a hurtadillas

Las luces de la quinta planta permanecían encendidas y yo esperaba sentado en mi Cherokee. Eran las cinco de la madrugada y aún no había amanecido. Esperé pacientemente hasta que se apagaron las luces de la quinta planta y se encendieron las de la cuarta, lo que me hizo pensar que el servicio de limpieza iba bajando plantas conforme fueran limpiándolas. Solo entonces bajé del coche con una mini Maglite en mi mano, la cual, a pesar de su pequeñez, daba una luz blanca e intensa. Con la linterna entre mis dientes, salté la verja por el lado más oscuro de la periferia. Una vez dentro del recinto, me coloqué un pasamontañas y subí las escaleras hasta la puerta principal. Sabía que allí había una cámara. La puerta se abrió silenciosamente cuando estaba a menos de metro y medio. Ya en el interior del edificio, pude oír el leve zumbido de una aspiradora, a lo lejos. El indicador del ascensor mostraba que estaba bajando a la tercera planta, lo que me hizo pensar que había más de una persona. Serían al menos dos, la que usaba la aspiradora y la que usaba el ascensor. La luz de la planta baja estaba encendida, pero la de la escalera permanecía apagada, de modo que encendí mi linterna y comencé a subir sigilosamente. A medida que avanzaba, el sonido de la aspiradora se hacía más intenso. Al pasar por la tercera planta, un reflejo de luz alumbraba tenuemente el rellano de la escalera. Decidí seguir avanzando cuando escuché que unos pasos se alejaban. En la cuarta planta, el sonido de la aspiradora era ensordecedor. Me apresuré a atravesar el rellano, confiando en que a quien fuera que estuviera allí le sería imposible oírme. Los últimos peldaños hasta la quinta planta los subí a toda prisa. Con la única ayuda de mi pequeña

linterna, pude ver lo suficiente como para llegar al archivo situado espaldas de la mesa de la secretaria. Los cajones del archivador se encontraban cerrados, así que primero opté por mirar los papeles que había sobre la mesa, y encontré algo que llamó mi atención. Además de las notas de carga para el día siguiente, bajo una agenda, estaba la carpeta negra que podía ser la que portaba el *Granos* el día antes, cuando se dirigía a la oficina después del lavado. Cuando la abrí, vi la nota de entrega firmada por el destinatario en Moscú, y un disco de tacógrafo, pero no reconocí el nombre del chofer. Lamentablemente, yo solo conocía los apodos de los dos choferes que había conocido esa tarde. Abrí uno de los bolsillos de la carpeta y allí estaban las llaves del camión correspondiente al número de matrícula en el llavero, y ese dato sí que lo conocía: 0935DHL, la matrícula del camión del *Granos*. Cogí el disco y, tras echarle un vistazo, decidí que necesitaría la ayuda de un entendido para descifrarlo. El *Pilla Bichos* sería mi hombre, así es que me dirigí con el disco a la fotocopidora, hice una copia y lo volví a poner en su sitio.

Ya que estaba allí, decidí echar un vistazo despacho al señor Valverde, aunque sabía que no iba a encontrar nada que lo implicara. Deslicé las puertas, una a cada lado, y entré. No había archivos ni nada que se le pareciera, pero sí una gran mesa con cajones, y fue ahí donde me dirigí con mi linterna. Había tres cajones a la izquierda de la mesa y ninguno tenía cerradura. En el primer cajón encontré catálogos de cabezas tractoras de distintas marcas, frigoríficos y cubas para el transporte de combustible, además de unas gafas graduadas. En el segundo, una agenda negra de piel y un teléfono móvil encendido. Eché un vistazo a la agenda, en la que había anotadas direcciones y teléfonos de clientes, talleres de reparación y concesionarios de camiones. En la agenda del teléfono móvil encontré de un tal Ordo, que podía ser el diminutivo de Ordoño. Lo guardé enseguida en mi

propio móvil. También encontré los números y nombres de varias mujeres, ninguno coincidía con los nombres de las chicas asesinadas. Pensando que serían de su aren particular, decidí guardarlos también en mi móvil. Además, el señor Valverde también tenía archivados los números de todos sus chóferes, según sus apodos. Bajé rápidamente por el menú hasta llegar a la “P”, donde encontré el número del *Pilla Bichos*, que me haría falta para lo del disco del tacógrafo. En el tercer cajón, el más grande, solo encontré *merchandising* con el logotipo y el nombre de la empresa, como algunas camisetas, bolígrafos, gorras y calendarios de chicas exuberantes. Procuré dejarlo todo tal y como lo había encontrado y salí del despacho y luego de la planta. Una vez llegado al rellano, comprobé que ya no se oía la aspiradora, ni siquiera en la lejanía, lo cual me desconcertó, porque me impedía saber dónde se encontraba el personal de limpieza. Decidí bajar la escalera con suma precaución. Todas las luces estaban apagadas y no se oía a nadie. Pensé lo peor. Cuando llegué a la primera planta y comprobé que tampoco subía luz de la planta baja, mis sospechas se hicieron cada vez más verosímiles, hasta que al llegar al rellano de la planta baja, confirmé que la puerta estaba cerrada. Lo intenté una y otra vez, acercándome y alejándome, obteniendo el mismo resultado. Efectivamente, como ya había sospechado, se habían marchado y yo estaba encerrado. Eran las seis de la mañana y hasta las siete no llegaría nadie, de modo que opté por esconderme en un aseo de la planta baja hasta que comenzara a escuchar las primeras voces de la mañana. Una vez dentro de los servicios, donde el olor a pino y limón lo inundaba todo, haciendo el aire más respirable, me introduje en una de los baños, eché el pestillo, me quité el pasamontañas y decidí echar una cabezada acurrucado en el suelo y con el tres cuartos como almohadón.

Apenas dormí media hora. Desperté con los primeros rayos de luz que se colaban por encima y por debajo de la puerta. Me incorporé y presté

atención al exterior hasta que comencé a oír los murmullos de una conversación entre varios empleados que iban y venían por delante de la puerta de los aseos. Deslicé el pestillo y abrí la puerta con sigilo, y luego salí por el pasillo de la izquierda, que es el que conducía a la salida, confiando en no encontrarme con nadie. No me preocupé por las cámaras de seguridad. Solo me grabarían de espaldas, ya que estas estaban dispuestas para grabar solo al que entraba.

Las diez y media de la mañana me pareció una hora más que prudencial para telefonar al *Pilla Bicho*. Lo hice desde mi móvil, sentado a la mesa de un céntrica cafetería de San Juan de Dios, bastante cerca de mi despacho, mientras desayunaba un café con leche bien cargado y media tostada de mantequilla sobre la que espolvoreé el medio azucarillo que me había sobrado. Contestó una voz somnolienta:

—¿Sí? ¿Quién llama? —preguntó el *Pilla Bichos*.

—Uf, perdona si te he despertado, soy el detective Carcosa. Estuvimos hablando ayer en la cafetería de la estación de Transvalsa.

—Sí, te recuerdo. ¿Qué quieres?

—Me gustaría hablar contigo, necesito que me eches una mano con un asunto.

—¿De qué se trata?

—Me haría falta que me ayudaras a descifrar el disco de un tacógrafo.

—¿De un tacógrafo? ¿De qué tacógrafo?

—Ya te daré los detalles, ahora me haría falta que nos viéramos.

—Está bien, está bien. Dime dónde estás y voy para allá.

—Estoy en el café La Cala, en San Juan de Dios.

—Sí, sé dónde es, estoy en media hora.

—Está bien, te espero.

Mientras esperaba, decidí llamar, con número oculto, desde mi móvil,

al número que había archivado con el nombre de Ordo. Cuando contestaron, reconocí un acento claramente granadino, ni parecido al asturiano, como esperaba.

—¿Sí? Diga.

—Hola —me limité a decir lacónicamente.

—¿Otro trabajito, señor? —dijo la misteriosa voz.

De manera que no se trataba de Ordoño, pero ¿quién era, entonces? ¿Por qué estaba archivado como Ordo, que parecía claramente el diminutivo de Ordoño? De cualquier forma, decidí preguntar por él, a ver qué sucedía:

—¿Ordoño?

Cuando me escuchó, no dijo nada, simplemente colgó.

Se me ocurrían varias preguntas. ¿Quién había al otro lado del teléfono. ¿Quién sería el señor al que se refería? ¿Sería el señor Valverde? Parecía lógico pensar que sí. ¿De qué clase de trabajito estaría hablando? Y por último, pero no menos importante, ¿por qué colgó cuando escuchó el nombre de Ordoño?

# Capítulo 13

## Reunión en el Café la Cala

El ambiente en la cafetería era el típico de un sábado por la mañana, con todas las mesas ocupadas y apenas uno o dos huecos en la barra. Yo ocupaba una mesa con dos asientos, como siempre, jamás de espaldas a la puerta ni cerca de esta, sino más bien al fondo, de espaldas a la pared y mirando hacia la entrada. Mientras esperaba la llegada del *Pilla Bichos*, no pude parar de pensar en la llamada que acababa de hacer. ¿Quién estaría al otro lado del teléfono? ¿Por qué colgaría? ¿Sería ese el teléfono de Ordoño? Y de ser así, ¿por qué no lo llevaba encima y por qué contestó otra persona?

Di un sorbo al café y alcé la mirada por encima de la taza. El *Pilla Bichos* era puntual. Alcé la mano para que me viera. Instantes después, estábamos sentados frente a frente.

—Pues, usted dirá detective, ¿en qué puedo ayudarle?

—Se trata de este disco. —Saqué la fotocopia—. Necesito que me lo traduzcas al cristiano.

—¿Y de dónde lo has sacado?

—Eso será mejor que no lo sepas.

—Está bien, ¿qué es lo que quiere saber, exactamente?

—Necesito saber si entre Castellón y La Junquera ha parado en algún momento o si ha hecho el recorrido de un tirón.

—Pues, según el diagrama del tiempo de conducción y del tiempo de descanso, ha hecho las paradas reglamentarias. Aunque tiene una parada de cinco minutos a ciento veintitrés kilómetros de La Junquera, viniendo ya de vuelta. Esto sitúa el camión en Salou. Por lo demás, para tres cuartos de hora

cada cuatro horas y media, y once horas cada veinticuatro.

—Entonces, ¿paró en Salou?

—Sí, ha podido hacerlo para mear.

—O a dejar o recoger a alguien.

—Puede, pero eso no se refleja.

—Ajá, entiendo.

Si algo saqué en claro de esta reunión con el *Pilla Bichos* es que, tal y como sospechaba, pudo haber parado en Salou a recoger a Ordoño para traerlo de vuelta, algo que le facilitaría mucho el trabajo en su objetivo de ir dejando los cuerpos sin vida repartidos por la geografía española, en distintos cajeros automáticos. Pero ¿quién lo habría llevado hasta Salou? Parecía claro que el *Granos* tuvo algo que ver, aunque fuera engañado. Quizás un conocido le hubiera pedido el favor y el aceptó, pero ¿si este conocido era Ordoño, cómo es que aceptó sabiendo que estaba en busca y captura? Una de dos, o no se trataba de Ordoño, algo que parecía improbable, ya que él mismo usaba el cajero para decirnos dónde estaba la última víctima, o el *Granos* tenía algo que ver más allá de haber hecho un favor. En cualquier caso, mis sospechas respecto al *Granos* parecían hacerse cada vez más ciertas, primero por haber negado que conociera a Ordoño y, segundo, por haber parado en Salou, donde apareció la última víctima.

# Capítulo 14

## Las chicas de Eduvigis

Cuando llegamos, a primera hora del lunes, a la Clínica Eduvigis, en pleno centro de la capital granadina, Gloria nos invitó a pasar al despacho del director del centro de adelgazamiento, que ya nos estaba esperando con la relación de las pacientes que habían pasado por su clínica en el último año. Sentado tras su mesa, el doctor Buendía nos miraba entrar mientras golpeaba un montoncito de folios hasta que ninguno sobresaliera un milímetro más que otro. Tomamos asiento frente al doctor y el inspector alargó su mano esperando que este le entregara la lista con los nombres, direcciones y teléfonos de sus pacientes.

—Solo espero que estos datos queden entre nosotros, caballeros. —Se aseguró el doctor reteniendo los folios.

—Puede estar tranquilo, doctor —respondió el inspector.

Solo entonces el doctor se los tendió a Mejía.

—En ese caso, aquí tiene —dijo el doctor Buendía.

Con ellos en la mano, Mejía echó un rápido vistazo a algo que ya sabía, los nombres de Mari Cruz García e Irene Rodríguez. Si había una coincidencia con la última chica aparecida en Salou, era inevitable pensar que la Clínica Eduvigis, de una u otra forma, estuviera involucrada en todo esto. Pero, aunque esperaba que se lo informaran a lo largo de la mañana, aún no conocíamos los datos de la víctima de Salou. La lista del doctor Buendía incluía casi doscientas pacientes que habían pasado por su consulta en el último año, ordenadas alfabéticamente, todas con problemas de sobrepeso. Conforme salíamos, nos despedimos amablemente de Gloria, que se

encontraba al teléfono tras el mostrador de recepción. Esta nos dedicó una sonrisa sin dejar de atender la llamada. Bajamos los dos tramos de escalera que separaban la clínica de la planta baja y, cuando llegamos al portal, comenté:

—He conseguido el teléfono de un tal Ordo. Pensaba que podía ser el de Ordoño, pero se me ocurrió llamar y no tenía acento asturiano. —Le mostré el móvil con el número de Ordo en la pantalla—. ¿Te suena que pueda ser el de Ordoño?

—Sí, estoy seguro, es el mismo desde el que llamaba a la puta.

—¿Entonces? ¿Por qué no lo coge él?

—Quizá no actúe solo.

—La verdad, no lo creo. Por lo que sabemos, es un tipo solitario. Una cosa es que se valga de algún camionero para trasladar los cuerpos, y otra muy distinta que lo haga con una segunda persona.

—¿Entonces, quién te contestó la llamada?

—Pues, no tengo ni idea.

—Dame el móvil, que voy a llamar yo.

Se lo entregué y, tras asegurarse de que lo hacía con el número oculto, pulsó el botón de llamada. Luego de una breve espera con el teléfono al oído, la voz de una centralita automática comunicaba que el móvil al que llamábamos estaba apagado o fuera de cobertura. Lo intentó otra vez con el mismo resultado. Inmediatamente sonó el teléfono del inspector. Íbamos por Recogidas, la calle de la Clínica Eduvigis. El inspector Mejía atendió su teléfono a la vez que me devolvía el mío. Eran los del Anatómico Forense para darle los datos de la chica aparecida en Salou. Se trataba de otra joven, de nombre Anita Bunet y que vivía en una transversal de la calle Recogidas, concretamente en la calle Puentezuelas nº 22, 1º Derecha. No estábamos lejos de allí, así que nos volvimos sobre nuestros pasos, mientras confirmábamos si

Anita estaba en el listado del doctor Buendía. Pero el nombre de Anita no aparecía, lo que truncaba la idea de que la Clínica Eduvigis pudiera tener algo que ver con la captación de las chicas. Entonces, me pregunté: ¿Podría ser una casualidad que Mari Cruz García e Irene Rodríguez pasaran por la clínica o solo se trataba de un cambio de estrategia?

—¿Qué te hace pensar que el nombre de Anita no aparezca en ese listado?

—Que la clínica no tiene nada que ver en este asunto o que esta última víctima es producto de un imitador —reflexionó el inspector.

—¿Un imitador? No se me había ocurrido. Pero, en ese caso, ¿cómo es que Ordoño usó su tarjeta momentos antes de dejar el cuerpo en el cajero? No, se trata de Ordoño.

—¿Entonces ha cambiado la forma de captar a las chicas?

—Eso me temo.

Los dos caminamos por la transitada calle Recogidas en dirección Puentezuelas, con cierta incertidumbre al no saber lo que íbamos a encontrar. Aunque, según el perfil de las anteriores, podía tratarse de una chica que compartía vivienda y que un buen día le ofrecieron la oportunidad de ser modelo de tallas grandes. El principal objetivo de la visita era saber si había algo que la relacionara con Primer Plano, aunque solo fuera un simple pósit.

Una vez en el rellano de la dirección de Anita Bunet, tocamos a la estrepitosa chicharra situada a la derecha de la puerta. Casi al instante se abrieron las rendijas de la antigua mirilla circular y dorada por la que, entre sombras iluminadas por la luz del rellano, se adivinaban unos grandes ojos claros a los que el inspector mostró su identificación.

—Somos el inspector Mejía y el detective Carcosa, queremos hacerle unas preguntas sobre Anita.

Sin mediar palabra, la mirilla volvió a cerrarse. Tras escuchar el

sonido del accionar de diferentes cerrojos, se abrió la puerta y salió una joven veinteañera, en pijama de invierno y zapatillas con forma de osos panda y nos invitó a pasar. Conforme entramos, observé el buen estado del piso, a pesar de tratarse de un edificio antiguo, y la armoniosa decoración, cuidada hasta el más mínimo detalle, lo cual me hizo pensar que no se trataba del típico piso de alquiler para estudiantes. Una vez que nos franqueó la entrada, cerró la puerta y nos invitó a pasar al salón. Los tres tomamos asiento en un sofá de cuero negro situado alrededor de una mesilla de centro cuadrada del mismo color. El rostro de la chica reflejaba cansancio por todos los poros de su piel, y el olor a café proveniente de la cocina se mezclaba con el de alcohol de su aliento. Al ser lunes y observar dos copas casi vacías sobre la mesa, todavía con restos de hielo, además de una botella abierta de Barceló, descarté que hubiese salido la noche del domingo. Aun así, parecía claro que había tenido algún invitado.

—Voy por café, ¿les apetece? —dijo la chica al tiempo que se perdía por una de las puertas.

—No —respondió el inspector.

—Sí, por favor, café solo —aclaré siguiéndola con la mirada y alzando la voz para que me oyera desde la cocina—. ¿El piso es alquilado?!

—¡No! Es de Anita. Bueno, de sus padres.

—¿Y a ti te alquilaba una habitación?

—No, simplemente deja que me quede.

—Entonces es que no le hacía falta el dinero —afirmé.

En cuanto volvió con una bandeja con los cafés, que dejó sobre la mesa, la chica contestó con otra pregunta.

—¿Por qué habla en pasado? ¿Le ha ocurrido algo?

—No quería ser tan directo, pero sí. Hemos encontrado su cuerpo sin vida —le comuniqué.

La chica se llevó las manos a la boca conforme tomaba asiento y murmuraba.

—¡Dios mío! ¡Eso es horrible! ¿Cómo ha sido?

—Es lo que intentamos esclarecer. Volvamos al tema del dinero. ¿Debo suponer que los padres le pasaban una asignación?

—Sí, pero... —Bajó la mirada.

—¿Pero qué? —inquirí y continué sin pausarme—: No se calle nada, cualquier detalle puede ser importante.

—Digamos que no le era suficiente, y tenía otros ingresos.

—En cambio a usted no le cobraba alquiler por su habitación.

—No, pero es que eso no le habría sacado de nada, ella tenía muchos gastos. Ropa cara, coche caro, viajes...

—¿Drogas, tal vez?

—Sí, también. —Titubeó.

—¿Y cuáles eran esos ingresos?

—Verá, ella tenía varios amigos, bueno, más bien amigos de su padre —aclaró con voz queda.

—¿Acaso se prostituía?

—¡Yo no he dicho eso! —Me miró inquisitivamente.

—Ya, pero ha dicho que tenía varios amigos —dije pausadamente y eligiendo con precaución las palabras—. Bueno, amigos de su padre, lo que me da que pensar que eran señores mayores. Y tener amigos no te garantiza unos ingresos, a no ser que haya unos servicios de por medio.

—Digamos que ellos eran generosos con Anita —contestó quitándole hierro al asunto.

—¿A cambio de nada?

—¡Detective Carcosa! ¡Es obvio que no! —Volvió a mirarme inquisitivamente.

—Disculpe, no pretendía ofender la memoria de su amiga —dije y seguí preguntando—. ¿Y siempre era con los mismos?

—Sí, tenía tres, quizá cuatro amigos, y se veían todas las semanas.

—Eso le proporcionaría unos altos ingresos —afirmé.

—Sí, pero ella no tenía una tarifa, así es que no se puede decir que se prostituyera. Simplemente tenía amigos que sabían ser generosos con ella.

—Ajá, ¿y cuánto podía sacar a la semana con estos amigos?

—Mil quinientos, quizá dos mil euros.

—¿Y estos amigos, bueno, amigos de su padre, qué clase de hombres eran?

—Son hombres importantes, y muy influyentes. Miembros del gabinete de prensa de la embajada de Haití en Madrid.

—¿Y su padre?

—Su padre es el embajador.

—Vaya. —Miré a Mejía, que levantó las cejas—. ¿Crees que guardará en alguna agenda los nombres de estos amigos? ¿Sus teléfonos, tal vez?

—Imagino que en la agenda de su móvil.

Los móviles de las víctimas, además de otros objetos personales como pendientes, cadenas, sortijas..., no habían aparecido con ninguna de ellas. Por ahí no podíamos tirar del hilo, de modo que optamos por registrar palmo a palmo la habitación de Anita en busca de algún indicio. Mientras, continuábamos la entrevista a su compañera de piso, que permaneció apoyada en el marco de la puerta.

—¿Alguna vez le había hablado de una agencia llamada Primer Plano, o de hacerse unas fotos para una agencia de modelos de tallas grandes?

—No, nunca. Además, ella tenía un cuerpo escultural. Si hubiera querido ser modelo, desde luego no lo habría sido de tallas grandes.

Nos quedamos asombrados ante la nueva revelación. Otra gran

diferencia con los otros casos. Había algo que no cuadraba en esta muerte. Las otras, además de tener unos kilos de más, eran sencillas y de posición humilde, mientras que Anita era la hija de un embajador.

—¿Y cuándo fue la última vez que se vieron o hablaron?

—El miércoles pasado, sí, estoy segura porque teníamos clase de Sociología.

—¿Y no volvió a saber más de ella?

—No.

—¿No le dijo dónde iba a pasar el fin de semana?

—Me dijo que iba a pasarlo en una casa de campo a las afueras, y supuse que sería con uno de sus amigos. Los viernes solía faltar a clase porque el jueves se iba de viaje con alguno de ellos, o donde sea.

—Ajá, pero no sabría decirme con quién se fue este último fin de semana.

—Pues, no, no me lo dijo.

En el caso de Anita, la pauta parecía cambiar. No había nada que la relacionara, al menos aparentemente, con Primer Plano. Al contrario que las otras víctimas, Anita parecía conocer a su verdugo. Y si no a su verdugo, lo que parecía claro es que conocía a uno de los comensales, que la habría invitado a pasar un fin de semana en una casa de campo, y terminó con sus carnes metidas en un horno industrial. Pero ¿quiénes serían estos cuatro miembros de la embajada Haitiana? ¿Cuál de estos cuatro miembros del gabinete de prensa habría sido el gancho? ¿Dónde estaría situada esa casa de campo? ¿Sería la misma a la que me invitaron a cenar aquella fatídica noche? Parecía claro que tendríamos que ponernos en contacto con el padre de Anita para intentar averiguar quiénes eran esos cuatro misteriosos amigos que padre e hija tenían en común. No debería de ser muy difícil dar con el embajador de Haití en Madrid.

# Capítulo 15

## Cuestión de cuentas

No sé qué era más molesto para el inspector Mejía, si el humo de mi cigarrillo o la guitarra de Santana, por lo que mantenía la ventanilla de su lado abierta, aún a riesgo de pillar una pulmonía. Circulábamos con el Cherokee por Camino de Ronda con intención de coger la autovía en dirección al aeropuerto. Tomaríamos el primer avión que saliera hacia Madrid, para dirigirnos después a la embajada de Haití, donde esperábamos encontrar a don Kevin Bunet, el embajador y padre de la desafortunada Anita Bunet. Pasada una hora, el avión aterrizó en Barajas. El hormigueo que sentía en la boca del estómago desapareció en cuanto comprobé por la ventanilla que el avión iba deteniéndose poco a poco. Una vez franqueada la puerta de desembarque, buscamos la salida del aeropuerto sorteando la multitud que circulaba ávidamente de un lado a otro. Íbamos de manos vacías, sin ningún tipo de equipaje. Una vez fuera, vimos la fila de taxis y subimos al primero que encontramos disponible. Pronto nos dejó en el nº 28 de la calle Los Madrazo. La bandera ondeaba en el balcón. Una vez allí, nos dirigimos al guardia de la puerta, que nos indicó la entrada. Tuvimos que pasar por un arco de seguridad y entregar las armas. Fuimos escoltados hasta el despacho del embajador. Uno de los escoltas tocó a la puerta y una voz rotunda y grave nos invitó a pasar. El escolta abrió la puerta y, en cuanto entramos, la volvió a cerrar. Después de saludarnos, nos sentamos frente a frente con el padre de Anita. El inspector Mejía era el que debía darle la mala noticia. La oficina era amplia, toda acabada en madera, con un enorme ventanal que, tras el sillón del embajador, la inundaba de luz natural, creando alrededor de su silueta un halo que la

recortaba pero que no permitía ver su rostro con claridad. Tras de él, y a su derecha, la bandera haitiana enroscada alrededor de su mástil. El señor Bunet era un hombre corpulento, recio, más bien gordo. Sus ojos parecían enterrados entre las carnes que le sobraban. Vestía elegantemente. Le costó levantar su enorme peso del asiento para saludarnos.

—¿A qué debo esta visita?

—Intentaré ser lo más suave posible —dijo el inspector Mejía.

—¿Por qué? ¿De qué se trata? —inquirió el embajador.

—Es referente a su hija Anita.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha ocurrido algo?

—¿Qué tiempo hace que no la ve?

—Desde primeros del mes pasado. Pero ¿qué ha ocurrido?

—Verá, señor Bunet, hemos encontrado el cuerpo de su hija.

—¿Cómo que el cuerpo? ¿Qué quiere decir con eso?

—Señor Bunet, su hija ha fallecido.

—¿Fallecido?! ¿Pero cómo es posible?! ¿Cómo ha ocurrido?!

—Eso intentamos aclarar, y precisamos de su ayuda.

—¡Necesito verla! ¡Quiero verla!

—Será mejor que la recuerde como era, pero sí que puede ayudarnos a encontrar a los responsables.

—¿Responsables? ¿Me quiere decir que alguien le ha quitado la vida a mi hija?

—Sí, señor Bunet.

—Esta niña no podía acabar bien —comentó entre lenguas—. ¡Ay! ¡Mi niña! ¿Qué puedo hacer yo para ayudarles? —acertó a decir el embajador, muy afligido.

—Creemos que ha sido alguien de su entorno, alguien que la conocía y se aprovechó de su confianza.

—¿Alguien cómo quién?

—Es probable que alguna amistad suya que también tuviera amistad con su hija.

—Eso es imposible, mi hija tenía su vida hecha, casi no teníamos relación y nos veíamos apenas dos o tres veces al año. ¿Qué relación podía tener con ninguna amistad mía?

—¿Seguro que usted nunca le presentó, en ningún momento, a algún compañero de la embajada?

—No, nunca, en ningún momento.

—¿Está seguro?

—Sí, claro, creo que sí. Al menos que yo recuerde.

—Pues, haga memoria señor Bunet. Es muy importante.

—No. Estoy seguro. Nunca le presenté a nadie.

—En ese caso, necesitaría que nos diera una relación con todos los nombres, direcciones y teléfonos de los empleados civiles y militares de la embajada.

—Está bien, ¿pero es que acaso dudan de mi gente?

—Tenemos motivos para dudar.

—¿Y qué motivos son esos?

—Eso pertenece al secreto del sumario. Ahora le agradecería que nos diera esa relación. Ah, y una cosa más, antes ha comentado que no podía acabar bien. ¿A qué se refería con eso? ¿Acaso era algo que se esperaba?

El señor Bunet se quedó sumido en el dolor, con los codos apoyados sobre la mesa y frente en las manos. Con los pulgares se masajeaba las sienes.

—¿Qué no podía acabar bien? No sé, no me di cuenta si lo dije, pero bueno, como era una niña tan confiada, que se entregaba a los demás casi sin conocerlos, pues..., ya sabe...

—No, no sé, explíquese.

—Oiga, ahora mismo no sé ni lo que digo —comentó muy dolido.

—Está bien, comprendo. Estaremos en contacto.

—Mi secretaria les dará esa relación, yo se lo comunico ahora. Si no les importa. —Señaló la puerta de salida.

—Está bien, señor Bunet, continuaremos en otro momento, y si recuerda algo, por simple que parezca, no dude en llamarme.

Los dos nos levantamos y estrechamos con ambas manos la derecha del embajador, que se quedó sentado en su sillón, con la mirada perdida y los ojos húmedos y enrojecidos. Sacó un pañuelo del bolsillo izquierdo de su americana, se sonó la nariz, y activó el interfono para hablar con su secretaria.

Yo caminaba un paso por delante del inspector. Abrí la puerta que nos conducía a las dependencias de la secretaria, que era la antesala del despacho del embajador. Ambos nos dirigimos a la mesa de Yesica, la secretaria, una chica que rozaba la treintena, de tez morena, pelo largo y caoba, cuerpo escultural, acento claramente haitiano y una sonrisa que iluminaba su cara. No fue necesario decir nada, Yesica se adelantó a nuestras palabras.

—Se está imprimiendo la relación.

—Está bien, esperamos.

Los folios en blanco, que uno a uno absorbía la impresora situada en una mesa auxiliar, poco a poco iban cayendo sobre la bandeja de salida, impresos con las fotografías, nombres completos, direcciones, teléfonos y N.I.E. de los empleados de la embajada de Haití, entre los que debían de estar estos cuatro amigos comunes de Anita y su padre. Mejía no quiso comentar al señor Bunet la relación que su hija mantenía con ellos para no enturbiar su recuerdo. Yesica grapó los tres folios que componían la relación completa y se los entregó al inspector Mejía, que les echó un vistazo antes de hacerlos un rulo y metérselos en el bolsillo interior de la chaqueta.

Ya en la calle, encendí un pitillo mientras nos dirigíamos en busca de

un taxi. Conforme caminábamos por la acera, íbamos cambiando impresiones.

—¿Qué te ha parecido el señor Bunet? —dije.

—No sabría que decirte, en estos momentos está muy afligido. ¿Crees que oculta algo?

—Creo que sabe de su hija más de lo que dice. ¿No te resulta extraño que se vean tan poco?

—Sí, es raro. ¿Crees que puede saber lo de su hija con los compañeros de la embajada?

Torcí el gesto mientras enredaba los dedos en mi pelo.

—No sé, no sé. Pero las diferencias con los casos de Mari Cruz e Irene me tienen perplejo.

—No figura entre las pacientes de Eduvigis, pero, obviamente, no se trata de un imitador.

—Podiera ser si no fuera porque Ordoño utilizó su tarjeta, como siempre, para que supiéramos dónde estaba el cuerpo.

—Entonces, simplemente han cambiado el *modus operandi*.

—Ajá, pero por qué, por qué lo habrán hecho.

—Quizá sea solo para despistarnos.

—Puede ser. De momento, iremos a ver a un amigo de Hacienda, a ver si nos puede hacer un favor y podemos saltarnos toda la burocracia.

—¿Qué pretendes?

—Ver alguna anomalía en las cuentas de algún funcionario de la embajada.

Exhalé la última bocanada de humo y que aplasté la colilla sobre la acera conforme un taxista que vio mi mano alzada paraba a pocos metros. Caminaba un paso por delante del inspector y me adelanté a abrir la puerta trasera derecha. El inspector Mejía dio la vuelta por detrás del taxi y subió casi cuando el taxista ya estaba arrancando. Nos incorporamos a la circulación

buscando el Paseo de la Castellana, y desde allí circulamos dirección norte hasta coger la M30 en dirección a Barajas.

Tuvimos que esperar dos horas hasta el siguiente vuelo. Ya no llegaríamos a ver a mi amigo de Hazienda. Ya embarcados, la azafata dio las instrucciones de seguridad. Nos abrochamos los cinturones y apagamos los teléfonos. Los motores desplazaban lentamente el avión por la pista. Poco a poco fue cogiendo velocidad, alzó el vuelo y escondió las ruedas bajo su panza. Sobrevolamos los llanos de la Mancha y el Despeñaperros antes de aterrizar de nuevo en Granada. Una vez que salimos por la única terminal del aeropuerto granadino, pasamos junto a la cafetería, que tenía todas sus mesas ocupadas, y salimos al parquin exterior. Buscamos el Cherokee. Según recordaba lo había dejado en la plaza 412. Fuimos pasando sobre las plazas numeradas hasta dar con la correcta.

Dejamos el aeropuerto y nos incorporamos a la A-92. Minutos más tarde dejé a Mejía en el centro y yo me fui al despacho. Quedamos en vernos al día siguiente para ir a Hacienda.

A la mañana siguiente, nos encontramos en el edificio de Economía y Hacienda. Tuvimos que pasar por el arco de seguridad. Luego de identificarnos, los vigilantes de seguridad nos franquearan el paso. Una vez dentro, yo sabía bien dónde encontrar a mi amigo Francisco de Paula, o Pau, como solo lo llamábamos los antiguos compañeros de instituto y de fechorías. Pau era uno de esos amigos reservados, de pocas palabras. No era el típico charlatán del que no te puedes fiar, recordaba más de uno. Pau era un chaval íntegro y responsable, honesto y sincero, y que a fuerza de trabajo duro y muchos codos consiguió aprobar una oposición como jefe de sección en Economía y Hacienda, sin ningún tipo de padrino, tras haber acabado su carrera de económicas. Hacía tiempo que no nos veíamos, concretamente desde que Pau tuvo una hija y con Elena fuimos a visitarlo a su casa, hacía un

par de años. Desde entonces, ni llamadas ni visitas. Cada uno andaba a lo suyo, sin mucho tiempo para confraternizar, por no decir que mi pasado turbulento con las drogas también tuvo algo que ver con el distanciamiento. Pero eso era algo de lo que yo prefería no acordarme mucho, aunque lo comprendía.

Caminaba, como siempre, por delante del inspector Mejía, cruzando toda la algarabía de mesas numeradas a donde se acercaban los contribuyentes para aclarar sus dudas. Los funcionarios estaban inmersos en las pantallas de los ordenadores. El inspector y yo nos acercamos a una puerta acristalada desde la que pude ver a Pau tecleando de cara a su monitor. Hice redoblar los nudillos sobre el cristal al tiempo que sonreía. Pau giró la cabeza y con la mano nos indicó que pasáramos.

—La puerta está abierta —nos dijo.

Hice girar la manivela y entramos. Pau, que antes era un tirillas y ahora parecía haberle dado fuerte por el deporte y parecía un toro, se levantó para saludar. Ambos nos palmeamos mutuamente la espalda conforme nos abrazábamos varonilmente.

—Te veo muy bien. ¿A qué debo tu visita? —me dijo Pau apoyándose en la mesa.

—Primero, os presento. Este es el inspector Mejía.

Ambos se dieron la mano.

—Le estoy ayudando en una investigación —continuó.

—¿Y en qué puedo ayudaros?

—Se trata de las cuentas de unos individuos. —Hice una pausa—. Necesitamos saber todo, y lo necesitamos ya. —Ese “ya” sonó a orden.

—Sabes que haré todo lo que esté en mi mano. ¿De qué individuos se trata?

Me dirigí al inspector para que sacara la relación.

—Inspector Mejía...

El inspector sacó del interior de su chaqueta la relación que le había dado la secretaria del señor Bunet y se la entregó a Pau, tras lo cual se volvió a sentar frente al ordenador. Luego de colocarse las gafas que llevaba colgadas al cuello, me miró seriamente:

—No sé si debería hacer esto, son miembros de una embajada. Podría tener problemas.

—Vamos, Pau, si no fuera realmente importante, no te lo pediría. Limitate a los varones y excluye al embajador.

—¿De qué se trata?

—Si todo sale bien, ya te daré los detalles durante alguna comida. — Intenté sostener una sonrisa.

Los dedos de Pau volaban sobre el teclado introduciendo los nombres y el N.I.E. de los empleados de la embajada, comenzando por el cargo más alto. De este no se obtuvo ninguna cifra que llamara la atención. Aún le quedaban seis, ya que el resto eran mujeres y decidí no investigarlas. Pau verificó los datos del siguiente funcionario de la lista, y en la pantalla aparecieron sus cuentas, saldos e ingresos y reintegros superiores a tres mil euros. Toda una serie de números y letras que se iban desplegando ordenadamente, pero ninguna cifra que llamara nuestra atención. Continuó con los siguientes de la lista hasta que al introducir los datos de otro, aparecieron varias cifras, todas de ciento veinte mil euros, transferidos a una cuenta de un banco en República Dominicana, cada jueves de las últimas tres semanas.

—Aquí hay algo —dijo Pau.

—Ya veo. ¿Quién es?

—Un tal Ali Abreu.

—¿Y podemos saber a quién se las hace?

—Vamos a intentarlo.

Pau volvió a hacer volar sus dedos sobre el teclado intentando averiguar el destinatario de ese dinero. Ardua tarea para cualquier profano en la materia, pero no para el día a día de Pau, aunque no siempre se estaba tras el rastro que deja el dinero en algún paraíso fiscal. La pantalla parecía un auténtico jeroglífico de cifras, letras y signos que para el resto de los mortales no significaban nada, pero para Pau era información precisa que encadenaba hasta obtener un resultado.

—¡Bingo! —Pau no pudo contener la emoción.

—¿Qué tienes? —dijo entusiasmado.

—Se trata de una sociedad, una sociedad anónima.

—¿Tenemos el nombre de la sociedad?

—Primer Plano. ¿Os dice algo?

—Puede ser. ¿Sabemos quién la gestiona?

—No, eso suele ser confidencial, pero normalmente ese dinero retorna a través de terceras sociedades, con nombres y apellidos. Solo es cuestión de conocer el rastro del dinero de Primer Plano, saber qué camino toma.

—¿Y puedes hacerlo?

—Para eso necesitaría más tiempo, es una labor compleja. Pero os prometo no dejarla en el olvido.

—Está bien, Pau, has hecho un buen trabajo, prometo que te lo recompensaré.

—Me debes una cena.

—Qué menos. Toma mi tarjeta, llámame en cuanto averigües algo más.

Pau se levantó de su sillón para despedirse de mí con un fuerte abrazo, y estrechando la derecha del inspector Mejía con ambas manos. Nos acompañó hasta la puerta del despacho, que estaba apenas a unos metros.

—Me alegra verte así de bien —me comentó Pau de forma confidencial y deferente.

—A mí también, hasta otra, espero tu llamada.

Según las pesquisas de última hora, parecía ser que habría que apretar las clavijas al tal Ali Abreu. No teníamos mucho, pero la inestimable ayuda de mi amigo Pau fue fundamental para tirar de un hilo que nos pudiera esclarecer un poco este turbio asunto. Pero ¿quién gestionaba Primer Plano? ¿Adónde iba a parar finalmente todo ese dinero? ¿En concepto de qué pagaba el señor Ali Abreu semejante cantidad? ¿Tendría Primer Plano un representante en España? Según creíamos, Primer Plano captaba a las chicas, probablemente a través de la Clínica Eduvigis, pero Anita Burnet no había pasado por esa clínica, ¿Qué les haría cambiar el *modus operandi*? ¿Sería esta clínica el representante de Primer Plano en España? De los cuatro amigos que tenían en común padre e hija, parecía claro que Ali Abreu era el único que tenía algo que ver con Primer Plano. Pero ¿sería con él con quién fue ese fin de semana a esa supuesta casa de campo?

Ya era más de mediodía, no haber desayunado nos produjo cierto malestar en el estómago, por lo que decidimos aprovechar el buen día de sol que se había presentado para tomar unas cañas, acompañadas de unas buenas tapas, en una de las terrazas del centro de la capital granadina. Las cañas y las tapas volaban por la mesa y eran devoradas con ansia. Primero jamón asado, después un pincho moruno, otra de callos madrileños, carne en salsa y, al final, un café con leche para el inspector y otro, solo, para mí. Con este festín, renovamos energías para continuar la tarea. Debíamos buscar al señor Ali Abreu y tendríamos que hacerlo en su domicilio, ya que por las tardes la embajada no suele estar abierta. Casualmente, a pesar de estar afincado en Madrid, también tiene una propiedad en la Carretera de la Sierra, según nos dijo Pau, concretamente una casa cercana a la de la señora Gertrudis y su marido. Así que, el Cherokee de nuevo nos condujo hasta nuestro destino. Encontramos aparcamiento en la misma puerta del número 62 de la Carretera

de la Sierra, justo donde el señor Abreu tenía su segunda residencia. Grandes muros cubiertos de enredaderas cercaban la finca, y una gran puerta de madera presidía la entrada. Bajamos del coche. Toqué al video portero. No obtuve respuesta. Lo llamamos a su móvil personal, pero se encontraba apagado o fuera de cobertura. Esperamos hasta que oscureció, que en invierno ocurre pronto. Las farolas de la calle se encendieron después de varios destellos. También lo hicieron los luminosos de los comercios y el monolito y la marquesina de una gasolinera cercana.

Cansados de esperar, nos marchamos. Mañana será otro día, me dije.

# Capítulo 16

## La advertencia

El sol de la mañana se colaba por los ventanales de la oficina de Ali Abreu en la embajada. Era más pequeña que la del señor Burnet, el embajador, pero mantenía la misma estética: todo acabado en madera y la bandera haitiana tras de la mesa, a la derecha. Al contrario que el señor Burnet, Ali Abreu era alto, de facciones finas muy marcadas y ojos saltones que parecían salirse de sus órbitas. Estaba trabajando en un ordenador portátil. Cuando su secretaria abrió la puerta, él la miró por encima de las gafas.

—Señor Abreu, dos señores quieren verle, el inspector Mejía y el detective Carcosa.

Tras un breve suspiro, se reclinó sobre el respaldo de su sillón.

—Está bien, que pasen.

La secretaria se apartó de la puerta abierta para que pudiéramos pasar. Primero lo hizo el inspector y después yo, a corta distancia.

—Tomen asiento, por favor. Ustedes dirán.

Nos sentamos frente a Ali.

—Se trata de Anita Burnet. ¿La conocía? —pregunté.

—¿Anita Burnet? Pues no, no que yo recuerde. Aquí se conoce a mucha gente.

—Pero ella tenía algo de particular. Era la hija del embajador.

—Desconocía que tuviera una hija.

—Pues, sí, pero encontramos su cuerpo hace un par de días. ¿No sabía nada?

—No tenía ni idea.

—¿Y seguro que tampoco la conocía de antes?

—Ya le he dicho que no.

—En cambio, hay quien afirma que tenían cierta relación.

—¿Cierta relación?! ¿Quién afirma eso?!

—Tranquilo, no se altere, también nos han dicho que no era el único.

¿Qué nos puede decir de eso?

—Yo no sé los demás, pero yo me limitaba a salir con ella, a comprarle algún detalle, a que me acompañara a fiestas, pero poco más.

—¿Intenta decirme que no mantenían relaciones sexuales?

—Bueno, sí, pero solo cuando ella quería. No estaba obligada a nada.

—Pero usted le pagaba por ello. ¿Qué es? ¿Qué le ponía el hecho de tirarse a la hija del embajador?

El señor Ali Abreu se puso de pie muy enojado y, con las palmas apoyadas en la mesa, me increpó.

—¡Oiga! ¡Se está columpiando demasiado! ¡Y está tocando terrenos a los que no debería ni acercarse!

Yo, completamente recostado sobre el respaldo, hice girar mi asiento de lado a lado en un gesto de despreocupación.

—Bueno, está bien, está bien. Empecemos por el principio. ¿Cómo empezó todo? ¿Cómo la conoció?

—Me la presentaron.

—¿Quién se la presentó?

—Un compañero de la embajada.

—¿Qué compañero?

—Wilder Durán.

Recordé que ese nombre era el tercero en la lista de los funcionarios de la embajada que nos proporcionó el señor Burnet.

—¿Se la presentó a alguien más?

—No, que yo sepa.

—¿Y usted? ¿Se la presentó a alguien más?

—Sí, ya sabe cómo son estas cosas, alguien conoce a una chica ambiciosa a la que no le importa compartir sus encantos y pronto se corre la voz entre los compañeros.

—¿Y a quién más se la presentó?

—A Rober Monegro y Nivard Holguin.

También recordaba estos nombres.

—¿Y desde cuándo salían con ella?

—Yo, hará cosa de año y medio, Wilder es posible que dos años o más, y Robert y Nivard, como un año, aproximadamente.

—Imagino que habría burlas en lo que se refiere a su padre.

—Burlas, no, pero sí ciertos comentarios.

—¿Llegaron alguna vez a sus oídos?

—Si llegaron, lo desconozco. Yo diría que no, porque algo habría hablado él con su hija, y ella nos habría comentado a alguno de nosotros.

—Vayamos al tema económico. ¿Les cobraba Anita por sus servicios?

—Ella nunca pidió nada directamente, pero sí que insinuaba que le hacía falta dinero para sus estudios, sus gastos, ya sabe.

—No, no sé, concrete.

—Digamos que a ella le gustaba la buena vida, el lujo, viajar, comprarse buena ropa, un buen coche, y todo por todo lo alto. Con la asignación del padre apenas tenía para un puñado de libros. Nosotros le hacíamos ciertos regalos, pero ella quería tener su propio dinero para gastar como y con quien quisiera. Así que siempre le dejábamos algo de efectivo.

—Cuando dice algo de efectivo, ¿a qué cantidad se refiere?

—Quinientos, seiscientos euros, depende de con cuánto me cogiera en

ese momento.

—No se puede decir que resultara barata.

—Pues, no, lo cierto es que no, pero merecía la pena.

—¿Y cada cuánto tiempo se veían?

—Yo la veía los jueves, salvo que tuviera algún compromiso y lo dejáramos para otro día.

—¿Y sus compañeros también la veían una vez en semana?

—Sí, que yo sepa.

—¿Y nunca han pasado un fin de semana entero juntos?

El señor Ali Abreu titubeó un poco antes de contestar.

—No, al menos yo no.

—Una última pregunta. ¿Le dice algo el nombre Primer Plano?

El señor Abreu tragó saliva. En ese momento sonó mi móvil, lo miré de reojo: era Elena. Me levanté y salí del despacho. La secretaria del señor Abreu me observaba discretamente desde su mesa.

—Dime, cielo.

—Lucas, Dani, se trata de Lucas —acertó a decir entre sollozos.

—Tranquilízate, Elena, respira hondo y cuéntame qué ha pasado.

—Lucas, han matado a Lucas, han entrado en casa y han matado a Lucas. ¡¿En qué demonios andas metido?!

—¿Qué han entrado en la casa? No toques nada, Elena. Estoy en Madrid, pero ahora mismo salgo hacia el aeropuerto.

—También han dejado una nota.

—¿La has leído? ¿Qué pone?

—“Búscame y me encontraras”. ¡Es una amenaza, Dani, una amenaza!  
¡¿En qué demonios andas metido?!

—No te preocupes, por favor. Chao, cielo, hasta ahora.

Volví a entrar en el despacho y, apoyando mis manos sobre la mesa de

Ali, me acerqué a él de forma agresiva. Abreu se reclinó en su sillón.

—¿Qué le dice el nombre Primer Plano?! ¡Dígamelo! ¡Dígamelo!

—¡No me dice nada! ¡Nada! ¡Lo juro!

—Vámonos —dije al inspector—. Volveremos a vernos —Agregué dirigiéndome al señor Ali Abreu.

Salimos del despacho de la embajada a la carrera, tropezando con funcionarios, mesas y el resto de la gente que por allí circulaba, con el inspector Mejía preguntándome qué había ocurrido. Por el camino, te lo explico, le respondí. Una vez en la calle, nos apresuramos a buscar un taxi que nos condujera al aeropuerto. Se lo expliqué por el trayecto.

—¡Han entrado en casa de los padres de Elena! ¡Ordena que vaya una patrulla para allá! Calle Mayor del Zaidín 42...

Tres horas y media después, aterrizamos en Granada. Tras salir del aeropuerto, utilizamos la autovía para evitar los atascos de la ciudad. Con un poco de suerte, no tropezaríamos con ningún accidente que nos dificultase la llegada. Circulábamos por el carril de aceleración a 90 km/h. Puse el intermitente a la izquierda para indicar la maniobra de incorporación a la autovía, eché un rápido vistazo al espejo retrovisor izquierdo, no venía nadie y me incorporé. El coche rodaba por el carril lento. Volví a mirar por el espejo retrovisor, se acercaban coches por el carril de la izquierda. Había un camión delante de nosotros. Reduje la velocidad. ¡Mierda! Una gran fila de coches nos rebasaban por el carril izquierdo, tanto a nosotros como al camión. Continué mirando por el retrovisor, venía un coche, pero calculé que tenía tiempo. Mantuve el intermitente puesto, di un volantazo a la izquierda, bajé un cambio y aceleré. El coche se revolucionó y conseguí rebasar al camión. Ahora circulaba por el carril central. Muchos coches en ese carril. Volví a mirar por el espejo, no venía nadie, indiqué la maniobra y me incorporé al carril rápido. Circulaba a 160 km/h, cuando el límite era 120. En menos de

diez minutos cruzamos Granada por la circunvalación. Ya veía los letreros que indicaban la salida para el Zaidín. Diez minutos después estaba aparcando en la puerta de la casa de los padres de Elena. Había un coche patrulla mal aparcado. Me situé detrás. Salimos rápidamente del coche y subimos a grandes zancadas los dos tramos de escalera que nos llevaban hasta el segundo piso. La puerta estaba abierta, entramos. El piso no era muy luminoso, el pasillo estaba oscuro y, al fondo, la luz de la cocina estaba encendida. Nos dirigimos hacia allí. Elena estaba sentada junto a la mesa, sumida en el dolor. Al oírnos entrar, alzó la mirada. Me acerqué a ella y la abracé. El inspector Mejía ordenó a los agentes que preguntaran a los vecinos si han visto u oído algo, tras lo cual salieron del piso. Los padres de Elena estaban de pie, junto a su hija, abrazados.

—¿Dónde está Lucas?

—En el microondas, lo han cocido en el microondas —respondió Elena entre sollozos.

Le di un clínex, se secó las lágrimas, tenía los ojos inyectados en sangre. Después se sonó la nariz. Su cara estaba hinchada de tanto llorar. Me acerqué al microondas y miré a través del cristal. Lucas había reventado. Sangre y vísceras se esparcían por las paredes y el cristal interior del microondas. En la puerta, una nota escrita en un pósito amarillo: “Búscame y me encontraras”. Volví con Elena y la abracé. Por mientras, el inspector Mejía revisaba puertas y ventanas buscando por dónde pudieron entrar y salir. Volví a preguntar:

—¿No habéis oído nada?

—No, estábamos aún acostados cuando escuché el pitido del microondas, y pensé que sería mi madre calentando la leche para el desayuno. Me levanté para ayudarla y vi que no había nadie en la cocina. Entonces me acerqué al microondas y lo vi. Estaba como ahora, ya había reventado. Y

entonces leí la nota y te llamé —dijo Elena desde detrás del clínex que tenía en las manos, completamente arrugado.

—¿Cómo estaba la puerta de la entrada?

—Al principio no me di cuenta, pero cuando fui a abrirle a los agentes, vi que los seguros no estaban echados. Siempre los echo por la noche.

—¿Y anoche también los echaste?

—Sí, estoy segura, siempre los echo.

El inspector Mejía regresó a la cocina después de realizar la inspección. Alcé la vista y nuestras miradas se cruzaron:

—¿Has encontrado por dónde entraron?

—No, todas las ventanas están cerradas por dentro. La única abierta es la del baño, pero es muy pequeña, apenas unos treinta centímetro por lado. La puerta del balcón también está cerrada por dentro. ¿Y la puerta principal?

—No está forzada, y Elena asegura que echó los seguros por la noche, pero que esta mañana estaban sin echar, así es que parece claro que la vía de salida ha sido por la puerta principal. Pero ¿por dónde entraron?

—¿Entraron? ¿Crees que ha sido más de uno?

—Bueno, no lo sé, entraron o entró. Llama a la científica, que vengan a sacar huellas.

Mientras el inspector Mejía llamaba desde su móvil, yo dejé a Elena con sus padres en la cocina y revisé todo el piso. Buscaba algo que reforzara la hipótesis que se estaba generando en mi cabeza, una respuesta a por dónde había entrado el agresor o agresores del pobre Lucas. Buscaba algo que estuviera fuera de lugar, algo que me resultara anómalo y que certificara que alguien estuvo allí esa noche, aparte del hecho de tener a Lucas reventado en el microondas. Abrí la puerta de la despensa, había un pequeño hueco aprovechado bajo una escalera, donde perfectamente pudo esconderse alguien. Pero todo estaba en orden. Latas de conservas, aceite, tetrabriks, botellas de

agua mineral... Todo estaba en su sitio, nada indicaba que alguien pudo estar escondido allí. Revisé un armario empotrado situado en la salita. Abrí sus puertas, encontré ropa doblada en cada estante, otra colgada en perchas y algunas mantas, también perfectamente dobladas, además de un ventilador de pie en uno de los huecos del armario. Cerré las puertas, todo estaba en su sitio. Me dirigí a la puerta de entrada y comprobé que no estaba forzada. Encendí la luz del pasillo. Junto a la puerta, otro armario empotrado, más pequeño que el de la salita. Abrí sus puertas, todo estaba en orden, excepto que, bajo unos estantes y tirada en el suelo, había una manta azul completamente arrugada. Dando una voz, llamé a la madre de Elena, que de la cocina y cruzó todo el pasillo hasta situarse junto a mí, frente al armario empotrado que yo mantenía con la puerta derecha abierta. La señora frunció el ceño cuando miró al interior y se dispuso a coger la manta para doblarla.

— ¡No! —le dije—. ¿Dónde suele estar esa manta?

—Ahí arriba, en el hueco del segundo estante —respondió la señora.

—Está bien, muchas gracias. Procure no tocar nada hasta que vengán a sacar huellas.

Volví a cerrar la puerta del armario, ayudándome con la manga de mi tres cuartos, y seguí a mi suegra hasta la cocina. El inspector Mejía terminaba de colgar su teléfono. Elena continuaba sentada, lánguida de dolor mientras su anciano padre la protegía con sus manos recias pero temblorosas por el párkinson que lo acechaba.

—Vendrán en media hora —me comunicó el inspector cuando entraba por la puerta de la cocina.

—Ha sido solo una persona —respondí—, y entró por la puerta principal, no forzó la puerta, así es que o usó una ganzúa o tenía llaves. Entró anoche, antes de que echaran los seguros interiores, y se escondió en el armario de la entrada. Usó una manta para abrigarse durante la noche. Por la

mañana, antes de que alguien se levantara, cogió a Lucas y lo metió en el microondas. Salió por donde mismo había entrado. Debieron de haber vigilado la casa con anterioridad, sabían que tenían que entrar antes de que echaran los seguros y realizar el trabajo antes de que alguien se levantara.

—Es posible que haya dejado alguna huella o algún rastro de su presencia. Si es así, los de la científica lo encontrarán.

Los dos agentes que acababan de entrar comentaron las novedades al inspector Mejía. Nadie había visto ni oído nada extraño, aparte de los gritos de Elena de esa mañana. La media hora que tardaron en llegar los hombres de la policía científica se hizo interminable, nadie debía tocar nada. El inspector Mejía ordenó a los agentes que custodiasen la puerta. Cuanta menos gente hubiera en la escena, mejor. Acompañé a Elena y a sus padres a casa de la vecina de la puerta contigua, la del segundo izquierda, una señora de unos sesenta años que, aun así, era bastante más joven que la madre de Elena. Esta les preparó unas infusiones de tila para calmar sus nervios. Regresé junto al inspector, que estaba poniendo al día a la policía científica. Eran dos agentes. Ambos se pusieron guantes de látex. Uno comenzó por la puerta principal, aplicando el polvo magnético sobre la superficie. Luego, a medida que iba retirando el sobrante con un pequeño pincel, las huellas iban quedando al descubierto. Luego las analizarían en el laboratorio. El otro agente realizaba la misma operación en las puertas del armario de la entrada, obteniendo también resultados aparentes, aunque era posible que las huellas fueran de Elena o de sus padres. Posteriormente, el agente que estaba en el armario, con las puertas abiertas, revisó la manta en busca de algún residuo del polizante que había pasado allí la noche. Encontró varios cabellos largos y canos, que no parecían ser de ningún residente de la casa. Con unas pequeñas pinzas, los metió en una bolsita y la cerró herméticamente. Luego, ambos agentes se dirigieron a la cocina. El inspector Mejía y yo permanecemos de pie, en

silencio y observándolo todo con ojo clínico.

A las 18:30 mi móvil volvió a sonar por segunda vez en el día de hoy.  
No identificaba el número. Respondí.

—¿Sí?

—¿En qué coño me has metido?!

—¿Pau?

# Capítulo 17

## La curiosidad mató al gato

La conversación fue breve, y me puso los pelos como escarpas. Tras la misma, me despedí de Elena y de los allí presentes. Debía reunirme con Pau enseguida. El día estaba resultando agotador. Le di las novedades al inspector. Ambos salimos del piso. En dirección al domicilio de Pau, que vivía en un ático junto a la Plaza de Toros. Granada estaba en obras por la reciente incorporación del metro a la ciudad. Entonces, decidimos volver a usar la autovía, que estaba atascada de coches. La circulación era angustiosa, igual que el estado de Pau, que esperaba impaciente mi llegada. Pasados quince minutos, salimos de la autovía por Méndez Núñez. Cruzamos Camino de Ronda saltándonos varios semáforos en ámbar. Algún que otro conductor hizo sonar su claxon para recriminarnos la acción. Llegamos a la Plaza de Toros al cabo de unos minutos. El ático de Pau estaba cerca. Un gorrilla nos indicó un hueco. Aparqué. No acostumbro a ser muy espléndido con las propinas, pero le di cincuenta céntimos. Quería mantener mi coche a salvo. Caminamos hasta la calle doctor Mesa Moles, el portal estaba abierto. Entramos. El ascensor nos esperaba en la planta baja. Las plantas se iban sucediendo una tras otra en el *display* digital. Sexta, séptima, octava. Volví a sentir la sensación de mareo que me causaban los ascensores. Llegamos y nos dirigimos al ático “D”. Toqué al timbre y, casi al instante, Pau nos abrió, como si hubiese estado pegado a la puerta. Vestía traje oscuro, camisa blanca y corbata azul marino. El piso era amplio y luminoso, con orientación noreste y haciendo esquina. Tras el recibidor, el salón. El estilo del mobiliario era moderno, en tonos cenizas y blancos. En el centro del salón, la mesa donde acostumbraba a

desayunar. La niña dormía. Su esposa temblaba de miedo sentada en el sofá. Acababa de sufrir un ataque de nervios. Estaba envuelta en una manta. Su mirada era lejana, como si estuviese ausente. Pau se dirigió a nosotros señalando la mesa.

—Ahí está.

El inspector Mejía se retiró a comprobar puertas y ventanas, comenzando por las más lejanas. Pau le advirtió que la niña dormía. Esa habitación la dejaré para después, aclaró Mejía. Rodeé la mesa sin dejar de mirar una tabla de cocina, de madera, rectangular, puesta donde Pau solía desayunar. Me situé frente esta y me alisé el pelo con las manos. Estaba desconcertado. ¿Cómo habían averiguado que Pau nos estaba ayudando? ¿Iban un paso por delante? Parecía ser que sí, o al menos esa fue la conclusión a la que llegué. Obviamente, nos vigilaban. Pau continuaba de pie, con los brazos en jarra y mirada inquisidora.

—¿Has hablado de esto con alguien? ¿Quizá con alguien del trabajo?

—¿De qué? ¿De lo que estáis investigando?

—Sí, quizá le comentaste a alguien que fui ayer a verte.

—No. A nadie.

El mecanismo pensador se volvió a poner en acción. Mis neuronas estaban en ebullición. La maquinaria estaba en marcha, pero no terminaba de comprender cómo pudieron saberlo. Por lo visto, sabían de todos mis pasos en tiempo real, y no dudaban en dejármelo bien claro. Las amenazas se sucedían una tras otra. En esta ocasión, en la nota que habían dejado junto a la tabla, escribieron “la curiosidad mató al gato”, pero no era un gato lo que habían matado esa misma mañana en casa de los padres de Elena, igual que tampoco lo era lo que había en esa tabla de cocina. Parecía ser que las frases con doble sentido no se le daban del todo mal a la mente perturbada que había detrás de todo esto. “Búscame y me encontraras”, rezaba en la nota anterior, y, en esta

otra, “la curiosidad mató al gato”. Dos claras amenazas. La primera para mí, que solo me preocupaba por Elena. La segunda, para Pau, que, a fin de cuentas, nada tenía que ver en esto, aparte de su buena fe al ayudar a un amigo.

Mejía regresó tapándose la nariz con las manos. El olor era nauseabundo. La carne en estado de descomposición de la mano, sobre restos de sangre reseca esparcidos en la tabla, y un trozo de lengua sobre la palma, como sosteniéndola, y atravesada con un clavo, podía querer decir muchas cosas, y eso es lo que intentaba averiguar con mi capacidad de análisis. Aunque la escueta nota, y a pesar de su doble sentido, lo dejaba todo bastante claro.

# Capítulo 18

## La corbata colombiana

Fue su mujer la que descubrió el cadáver cuando al alba, después de levantarse, se dirigió a la cocina pasando por el salón. Allí estaba él, con el desayuno puesto en la mesa, su traje oscuro, camisa blanca y corbata azul. Pero esta vez, sobre la corbata colgaba su lengua, que la habían sacado por la abertura que le hicieron en el cuello. La sangre salpicó la mesa, el café y la tostada. Su cuerpo permanecía erguido, apoyado en el respaldo de la silla, de espaldas a la puerta de la terraza. Su cabeza, ligeramente inclinada a un lado, dejaba ver la perfección del corte, del que aún manaba una mezcla sanguinolenta que se deslizaba por su camisa blanca. Lucía, su mujer, gritó. La niña, que estaba dormida, despertó llorando al oír a su madre. Los gritos de Lucía se mezclaban con el llanto de la niña. El viento azotaba las persianas. Lucía, en su estado, no acertaba a marcar el número de la policía. Al fin lo hizo. En menos de quince minutos, tocaban a la puerta. Eran dos agentes que patrullaban la zona. Luego llegó el inspector Mejía, junto con la policía científica y la forense. Entonces me llamó. No sabía cómo decírmelo. La policía científica sacó fotos del cuerpo sin vida y huellas de la puerta de la terraza, situada tras el cadáver. Presumiblemente, entraron por ahí. La forense examinó el cuerpo.

Eran las 8:30 cuando el inspector Mejía me abrió la puerta. Había pasado la noche con Elena, en casa de sus padres. No me atreví a dejarla sola. La puerta estaba custodiada por dos agentes, algo a lo que Pau se habría negado. Fui a darle mis condolencias a la reciente viuda, y esta me cargó la culpa. Me gritaba angustiada golpeándome el pecho con los puños cerrados.

La niña lloraba. Lucía se desvaneció y acerté a cogerla por las axilas antes de que cayera al suelo. La eché sobre el sofá. La niña continuó llorando sin el consuelo de su madre. Intenté calmarla. Al final, el llanto la agotó y se convirtió en sueño. Volví al salón. Salí a la terraza y miré por encima de los tabiques que había a cada lado. El de la izquierda daba a la calle. El de la derecha, a la terraza vecina. La puerta de esta, que debía dar a un salón, estaba abierta, igual que la del salón de la víctima. Lucía volvió en sí, esta vez más tranquila. Me acerqué a ella.

—¿Quién vive en la puerta de al lado?

—El señor Arganda. Un militar jubilado. Era coronel.

—Pues, vamos a tener que hablar con él. Mejía, ¿me acompaña?

—Claro.

Salimos al rellano. Cuando el inspector se disponía a tocar al timbre del ático “C”, justo al lado del de Pau, observé la cerradura. La puerta estaba abierta. Miré a Mejía. Este puso la palma de su derecha en la puerta y terminó de abrirla lentamente. Desenfundamos nuestras armas. No sabíamos lo que íbamos a encontrar. Entramos y llamé al antiguo militar.

—¿Señor Arganda?

Nadie respondía. Traspasamos la puerta del recibidor que da al salón. Todo estaba revuelto. Volví a llamarlo.

—¿Señor Arganda? ¿Está por ahí?

Seguía sin responder. Nos adentramos por el pasillo, muy despacio. Abrimos la primera puerta. Nadie. Abrí la puerta de enfrente, con el mismo resultado. Luego la siguiente puerta, la de la cocina. En el suelo, el señor Arganda sobre un gran charco de sangre y abundantes cortes. Junto al cuerpo, un cuchillo de cocina. Terminamos de revisar el piso, no había nadie más. Guardamos las armas. El inspector Mejía fue a llamar a la forense y a la policía científica. Yo salí a la terraza. El inspector regresó con la forense, una

chica que sin ser del todo joven, tampoco había entrado en la madurez. Sobre pasaba la treintena, pero sin llegar a los cuarenta. Tras ellos, a unos pasos, les seguía los de la policía científica: un hombre y una mujer, también de unos treinta. Me asomé a la terraza del desafortunado Pau y, tras echar un vistazo, regresé a la cocina.

—¿Por qué matar también al vecino? —me preguntó el inspector.

—Yo diría que ha sido un daño colateral. No pensaba matarlo, pero lo sorprendió. El señor Arganda defendió su casa y a él mismo. Apostaría que la sangre de ese cuchillo es del asesino. Quizá consiguió herirlo. En el muro de la terraza hay restos de sangre.

—¿Y por qué no forzar directamente la puerta de Pau?

—El asesino sabía perfectamente dónde se sentaba a desayunar, y quería cogerlo por la espalda. Seguramente le tapó la boca con una mano mientras le cortaba el cuello con la otra. —Hice el gesto imitando los movimientos—. La hipótesis sería que tocó a la puerta del señor Arganda, este le abrió, probablemente lo conocía. Una vez dentro, forcejearon. El coronel vino hasta la cocina para buscar un cuchillo con el cual defenderse. Ese cuchillo. —Señalé al suelo—. Los cortes en los antebrazos, las muñecas y las palmas de las manos indican que así lo hizo. Aun así, consiguió herir al asesino, que dio muerte al coronel apuñalándolo repetidas veces, yo diría que con un arma de grandes dimensiones, ya que algunos orificios llegan a atravesar el cuerpo del señor Arganda. —Levanté ligeramente por un hombro el cuerpo del Coronel que permanecía boca arriba. También tenía orificios en la espalda, probablemente de salida—. Una vez que acabó con la vida del coronel, que fue solo un obstáculo para su verdadero cometido, volvió al salón, donde es muy posible que también encontremos algún resto de sangre del asesino. Salió a la terraza, saltó el tabique, dejándonos ahí también su ADN. La puerta de la terraza de Pau no cierra bien, lo he comprobado. El

asesino, posiblemente, también lo sabía, así es que terminó de abrirla, entró sigilosamente, y le cortó su cuello desde la espalda. Después se entretuvo en sacarle la lengua por el orificio y se marchó, seguramente por la puerta principal, ya que no estaban los seguros interiores echados.

—Alguien tuvo que oír algo, tuvieron que hacer cierto ruido —acertó a decir el inspector Mejía.

Eran las diez y media de la mañana cuando llegó el juez instructor con su secretario para proceder el levantamiento del cadáver. Era un hombre de unos cincuenta, pelo cano y cierta barriga, aunque sin estar gordo. Era sabida que su simpatía por mí, pues aún me consideraba un alcohólico y drogadicto. Esto venía de antiguo y podía considerarse recíproco. Al verme en la escena, su cólera se puso de manifiesto recriminando mi presencia al inspector Mejía, que intentó justificarla. Para evitar el conflicto, decidí salir al rellano. Encendí un cigarrillo. El inspector Mejía puso al día al juez exponiendo la hipótesis que barajábamos.

—¿Y cuál es el móvil para matar al joven? —preguntó el juez.

El inspector vaciló un momento, pero acertó a contestar.

—Intentaba ayudarnos en la resolución del caso de las chicas devoradas. Tenía información muy valiosa para el esclarecimiento de los hechos. Ayer ya sufrió una amenaza.

—Y si tenía información tan valiosa, y sufrió una amenaza, ¿cómo no se me informó para haberle puesto protección?

—No consideramos que fuera a ser necesario. Además, la víctima no quiso.

—¡No consideramos! ¡¿Quiénes?! Le recuerdo que quien está al mando del caso es usted y, por lo tanto, la única persona responsable —gritó el juez con las manos clamando al cielo y señalando después al inspector con su índice.

No pasó mucho tiempo hasta que el juez Garrido se marchó. En el rellano, nuestras miradas se cruzaron. Cuando el juez subió al ascensor, volví a entrar. Me encontré a un inspector irascible.

—No deberías estar aquí —me reprochó Mejía conforme me vio entrar.

Me cambió el gesto, y puse la directa. Me marché por donde había venido, en principio cabizbajo, hasta que saqué fuerzas de flaqueza y me erguí antes de llegar al ascensor.

# Capítulo 19

## Las cosas de Pau

Diez días después, se supo por ella misma, Lucía fue a la delegación provincial de Economía y Hacienda donde trabajaba Pau. Una vez que traspasó las puertas y el arco de seguridad, el vigilante fue el que le dio las primeras condolencias, y luego, conforme recorría los pasillos que conducían a la oficina de Pau, el resto de compañeros del difunto le fueron dando sus más sinceros pésames. Pau era una persona muy querida en el trabajo. El cuerpo de Lucía se estremeció nada más tocar la manivela de la puerta de la oficina. Abrió. Una vez en el interior, lo primero que cogió fue una de las fotos de familia que había sobre la mesa. De pie y casi inmóvil, la miró melancólica, intentando contener las lágrimas que asomaban por sus pestañas inferiores, hasta que, sin poder contenerla, una cayó sobre el cristal de la foto. Lucía la secó con la manga de su blusa. Vio una caja de folios en el suelo, en un rincón, y se agachó. Le quitó la tapa de cartón y comprobó que la caja estaba vacía. La cogió y la puso sobre la mesa. Introdujo en ella la foto que tenía en sus manos, además del resto de fotos que había junto a la pantalla del ordenador. Revisó estanterías y cajones. Metió en la caja todas las pertenencias de Pau, entre las que había una taza para el café, una cucharilla pequeña, un termo de tres cuartos de litro, una agenda de piel negra, un *pendrive* gris con forma de llave, unido a un llavero, una caja de clínex, la novela *Papel mojado*, y uno de los varios móviles que solía llevar encima. Con todo esto en el interior, cerró la caja con la tapa. La cogió como abrazándola, y salió de allí cabizbaja y sin mirar atrás. Volvió a recorrer los pasillos que formaban las mesas de los funcionarios y, despidiéndose de ellos,

salió de las dependencias.

# Capítulo 20

## Mi soledad

Sabía que a partir de ese momento me encontraba solo ante el caso. No era la primera vez que me apartaban de un plumazo. Aún no había amanecido cuando aparqué el Cherokee frente al portal del desafortunado Pau. Necesitaba volver al escenario del crimen. Debía conseguir mis propias pruebas, algún indicio que me condujera al asesino, quien a su vez me podría conducir a la maquiavélica mente que había tras ellos. Ya no contaba con la inestimable ayuda de Pau, que me allanaba el terreno burocrático, ni con la del inspector, que me abría puertas que sin su ayuda serían difíciles de franquear. Los dos pilares que me sostenían en ese terreno fangoso sobre el que me movía. Ahora estaba solo en mi particular carrera hacia la verdad.

Cuando bajé del coche, las farolas alumbraban la acera, y la brisa fresca de la mañana cortaba mis labios y los nudillos de mis manos. Procuré protegerme con el tres cuartos calado hasta la nariz y las manos en los bolsillos. Así caminé sobre las hojas pardas y secas que cubrían la acera, que crujían bajo mis pies, hasta cruzar la calle y traspasar el portal. Mientras esperaba que llegara el ascensor, intentaba calentar mis manos con el aliento. Llegó el ascensor. La sensación de mareo volvió por un instante al parar en el octavo. Cuando llegué, permanecí un rato frente a la puerta del ático “C”, la del coronel, que estaba precintada en forma de aspa. Empujé suavemente la puerta. Estaba cerrada. Entonces puse en práctica mis dotes de cerrajero y la abrí en apenas unos segundos. Todo estaba oscuro. Me agaché para pasar bajo la “X” que formaba el precinto. Una vez dentro, empujé la puerta con el pie. En cuanto se cerró, encendí la luz. Estaba más que acostumbrado a volver al

escenario de un crimen, pero en esta ocasión los nervios se me revolvían en el estómago. Estaba donde no debía, pero nadie tenía por qué enterarse. Había que mantener la calma. Para ello, respiré profundamente. Me adentré en la cocina. Encendí la luz. Como esperaba, en el lugar del cuerpo, había un dibujo hecho con tiza en el suelo, igual que en el lugar del cuchillo, donde había restos de la sangre que, según mi hipótesis, debía de ser del agresor. La sangre estaba reseca. Entré con sigilo, procurando no pisar ninguno de los restos, delatarían mi presencia, además de contaminar la escena. Me acuclillé para examinar la marca del cuchillo. Me disponía a comprobar algo que parecía evidente. ¿Era la mancha de sangre? Para ello me puse unos guantes de látex que llevaba en uno de los bolsillos de mi tres cuartos. A continuación disolví un par de gotas de agua destilada sobre la mancha seca, recogí una muestra con un palillo de algodón y la introduje en un tubo de ensayo que contenía Hamident, un reactivo que, pasados veinte segundos de agitación, me diría si el resultado era positivo. Bingo, la muestra recogida cambia a un color azul verdoso, la prueba era positiva. Luego, con un papel absorbente, recogí la sangre seca para mandarla al laboratorio. No tenía con qué sacar huellas de la puerta de la terraza, así es que tuve que contentarme con la pequeña muestra de sangre. Permanecí en el salón, con los brazos cruzados sobre mi pecho, pensativo. Ya tenía la muestra de sangre, pero no podía contar con el inspector Mejía para que la mandara a analizar. Nuestras investigaciones irían por separado. De pronto me di cuenta de que la suave luz de la mañana comenzaba a inundar el piso, dibujando sombras alargadas. Decidí salir del piso. Debía preguntar a los vecinos. Alguien tuvo que oír algo. Estaba en el rellano, entre las puertas del ático “A” y el ático “B”. Dudé de a cuál dirigirme primero. Me decidí por el “B”, frente al piso del coronel. Toqué el timbre, tardaban en abrir. Volví a tocar y abrió una señora de unos ochenta años, con la voz tan trémula como sus manos. Vestía una bata rosa sobre un camisón blanco que

asomaba por el cuello, y zapatillas de andar por casa. La señora, muy sorprendida se dirigió a mí:

—¡Querido Antoni!

—Creo que me confunde señora, soy el detective Carcosa.

—¿Cómo dice? —preguntó la señora casi gritando. Entendí que tenía problemas de oído, de modo que alcé la voz.

—Que soy el detective Carcosa.

—¿Cómo es que te has dignado a venir?

—No, señora, no soy Antoni.

—¡Vienes para llevarme al asilo! ¡No quiero ir al asilo! ¡No quiero ir al asilo!

El estado de nervios la hacía temblar y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Intenté calmarla y, erróneamente, puse mi mano derecha sobre su hombro izquierdo. La señora se alteró aún más.

—¡No me toques! ¡No me toques! ¡No me llevarás al asilo!

—No voy a llevarla al asilo, señora —le dije con voz queda.

Cuando mi paciencia casi se colmaba, de una de las puertas del fondo del pasillo se asomó un andador conducido por un anciano que me invitó a pasar.

—Pase, detective. ¡Niña! —le dijo a la anciana—. ¡Déjalo pasar!

La mujer terminó de abrir la puerta, invitándome con una mueca de tristeza y desconfianza en su rostro. Entré. La señora cerró la puerta.

—Venga por aquí, detective. Estoy agotado, necesito sentarme —me comunicó el anciano.

Tras pasé la entrada dejando atrás a la señora. El piso era más oscuro que el de sus vecinos de enfrente, ya que por las mañanas prácticamente no entraba de luz. Atravesé el corto pasillo. De reojo, al pasar por la puerta entreabierta de la derecha, vi que daba a un patio de luces desde la cual se

podía ver la cocina del ático “C”. Quizás hubieran visto algo.

El anciano, también en bata pero azul, apoyado en su andador, se sentó muy lentamente en un sillón del salón y me invitó a que hiciera lo mismo en el sillón de al lado.

—Usted dirá, detective. Ayer ya nos preguntó la policía.

—Necesito saber si vieron u oyeron algo en la mañana de ayer.

—Gritos, muchos gritos. Pero no era algo extraño.

—¿Que no era algo extraño? ¿Por qué?

—Verá usted. El viejo —refiriéndose al Coronel—, tenía un hijo. No se llevaban bien y, cuando venía, siempre discutían. Las voces se podían oír en todo el bloque por el ojo patio.

—Entonces, pensaron que se trataba de su hijo.

—Sí, bueno, hasta que se hizo el silencio y no se oyó ningún portazo. Lo habitual era que saliera dando voces por la puerta, cerrando bruscamente.

—¿Y ayer no pasó así?

—No. Ayer el viejo se calló de pronto y ya no se escuchó nada más.

—¿Y qué pudo oír durante los gritos de ayer?

—Solo gritos, no acertaba a oír lo que decía. Bueno, pude oír algún insulto, pero eso era algo que también decía a su hijo.

—¿Qué clase de insulto?

—Bueno —el anciano dudó antes de contestar—. Cabrón, cabrón hijo de puta, sobre todo.

—Ajá. ¿Y ayer escuchó esos mismos insultos?

—Sí.

—En cambio, no cree que fuera con su hijo.

—No, no lo creo. Pero, claro, si al final se cargó al viejo, no es raro que saliera sin hacer ruido.

—Entiendo.

—Pero, cargarse también a Pau, no sé. Con él se llevaba bien.

—¿Con Pau? ¿Qué clase de relación tenían?

—Pau y él eran amigos, además de haber sido vecinos durante muchos años, hasta que murió la mujer del viejo y Bruno, el hijo, se marchó. Según comentaba Pau, desde la muerte de su madre, solía desahogarse con él.

—¿Cuándo murió su madre?

—Iría ya para dos años.

—¿Y cómo? ¿Cómo murió?

—Ese es un tema delicado. El viejo estuvo imputado por la muerte de su mujer, pero finalmente lo absolvieron por falta de pruebas. Desde entonces Bruno no ha estado bien, según decía Pau.

—¿Y cómo la mató, suponiendo que fuera él?

—Murió desangrada por un corte limpio en el cuello, pero nunca se encontró el arma, y, al parecer, el viejo se encontraba fuera cuando todo sucedió. O al menos esa fue su coartada, por lo visto. Pero Bruno siempre pensó que había sido él.

—Una última pregunta. ¿Le consta que alguna vez Pau invitara a comer a Bruno a su casa?

—Pues, no tengo ni idea. Quizá eso debería preguntárselo a Lucía.

—Ajá, entiendo. Muchas gracias por todo, señor...

—Peralta. Un amigo —dijo alargando su mano para estrecharla.

—Señor Peralta, muchas gracias por todo. Bueno, una cosa más. ¿Sabría decirme dónde puedo encontrar a Bruno?

—Pues, creo que vive en la calle, o al menos lo han visto pidiendo alguna vez en la catedral.

Volví a mostrar mi agradecimiento al señor Peralta y salí del piso con una idea y muchas dudas. Si hubiera sido Bruno, el hijo del coronel, el causante de las muertes, algo del todo absurdo, ¿qué podía tener que ver Bruno

con las demás muertes? Según la amenaza de hacía un par de días recibió Pau, “la curiosidad mató al gato”, su muerte estaba claramente vinculada con la siniestra organización de perturbados que devoraron a las chicas. Pero en ese caso, ¿qué tendría que ver Bruno en todo esto? Parecía lógico que el agresor conociera a Pau, incluso sabía dónde se sentaba para desayunar y por dónde tenía que entrar para cogerlo de espaldas. Pero si había sido Bruno, ¿por qué no había forzado la puerta del piso de su padre para que pareciera que había sido cualquiera? Todo apuntaba a Bruno, pero todo parecía demasiado claro, demasiado evidente. ¿Por qué no se molestó en limpiar los restos de su sangre, que lo delatarían con toda seguridad? Me encontraba en el rellano, frente a la puerta de Lucía. Estaba pensando, intentando encajar las piezas. Según mi nueva hipótesis, Bruno pudo haber tocado a la puerta del piso de su padre. Una vez dentro, discutieron. Forcejearon. Tenía un móvil y la intención de matar a su padre, además de un cuchillo de grandes dimensiones que no se encontró en la escena del crimen. Bruno sacó el cuchillo, el padre huyó a la cocina con la intención de coger otro con el que defenderse. Bruno lo siguió y, una vez en la cocina, lo hirió varias veces en los antebrazos, muñecas y manos mientras el coronel intentaba defenderse. El coronel consiguió herir a su hijo y este le dio muerte con veintiocho puñaladas en torso, estómago y cuello. El hijo no se molestó en limpiar su sangre derramada ni la del cuchillo del padre. Todo me llevaba a pensar que, a pesar de parecer algo premeditado, pudo actuar bajo un brote psicótico. A continuación salió a la terraza y saltó el pequeño muro que separa las terrazas. Sabía que la puerta no encajaba del todo bien, de modo que la abrió y, con mucho sigilo, entró en el salón, donde Pau estaba desayunando de espaldas a la puerta. Le tapó la boca con la mano izquierda, por eso nadie oyó nada, ni tan siquiera Lucía, que estaba un par de habitaciones más allá, y con la derecha lo degolló, y luego se entretuvo en sacarle la lengua por el orificio. Todo sonaba a instrucciones precisas, y ya

que estaba allí, al padre lo mató de camino. Pero sus instrucciones eran matar a Pau. Ahora era cuestión de hacerle un par de preguntas a Lucía, aunque no sabía cómo me iba a recibir. Toqué a su puerta. Lucía tardó en abrir. Oí el llanto de la niña. El sonido de los cerrojos se sucedieron uno tras otro. Cuando abrió, Lucía me fulminó con la mirada.

—¿Qué demonios quieres?

—No te voy a robar mucho tiempo. Necesito que contestes un par de preguntas.

—Lo siento, pero me han recomendado que no hable contigo sobre caso. Comenzó a cerrar la puerta. La retuve con mi mano derecha.

—Solo una pregunta. ¿Comió Bruno alguna vez en vuestra casa?

—¿Bruno? ¿Qué Bruno?

—Tengo entendido que se llevaba bien con Pau.

—¡Ah! Sí, Bruno. Lo siento pero no voy a contestar a tu pregunta — dijo volviendo a intentar cerrar la puerta ante mi oposición.

—Es muy importante Lucía, necesito saberlo.

Lucía cerró la puerta.

No había nada que hacer, la habían convencido de que no hablara conmigo. El inspector Mejía me estaba jugando una mala pasada. Tendría que preguntárselo al propio Bruno, para lo cual debía dar con él, lo que se sumaba a la búsqueda de Ordoño. Quizá uno me condujera al otro. Bajé las ocho plantas en el ascensor cuando eran ya las diez y algo de la mañana. La calle seguía siendo fría. Me refugié en el tres cuartos y después en mi Cherokee, poniendo la calefacción a tope. Arranqué y me dirigí a la Comandancia de la Guardia Civil, donde tenía un antiguo amigo, el teniente Guerrero, que me podía ayudar con lo del análisis de la muestra de sangre. Atravesé Granada desde la Plaza de Toros hasta la Almanjáyar, donde estaba la Comandancia. Paré en la entrada. Bajé del coche, fui directo a la garita y pregunté por mi

amigo. El guardia me indicó dónde podía encontrarlo y a continuación alzó la barrera. Entré con el coche en dirección a los aparcamientos interiores. Reconocí el vehículo del teniente. Me quité el tres cuartos y bajé del Cherokee. Caminé a paso ligero y en contra del viento hacia el salón de oficiales. Una vez dentro, lo inspeccioné. Estaba en penumbras, apenas unos cuantos puntos de luz iluminaban una mesa de billar, unas mesitas y la barra. A mi izquierda, dos oficiales jugaban al billar americano. A mi derecha, otros conversaban alrededor de una mesita redonda. Al fondo, en la barra con forma de “U”, otros tomaban café o té. Entre estos, en un extremo, distinguí al teniente Guerrero hablando desde el teléfono de la barra. Me acercqué a él. Cuando el teniente colgó, con mi diestra le apreté el hombro derecho. Guerrero se giró y me correspondió con un abrazo.

—¿Qué haces tú por aquí?

Fui al grano:

—Necesito que me analices unos restos de sangre.

—¿De qué se trata?

—Del doble crimen cometido junto a la Plaza de Toros.

—¿Y qué tiene eso que ver contigo?

—Uno de los asesinados era un antiguo compañero de instituto y, además, creo que estas muertes pueden estar muy relacionadas con otro caso que estoy investigando.

—¿Qué caso? —continuó el teniente.

—El de las chicas que han aparecido descuartizadas durante las tres últimas semanas.

—¡Ah, sí! ¿Y quién es el inspector al mando?

—Mejía, el inspector Mejía.

—¿Mejía? Pues, ¿él no fue tu meritorio? ¿Cómo no se lo pides a él?

Comencé a ver cierto distanciamiento en el teniente. No tenía todas las

cartas conmigo y no sabía si me ayudaría. Todo esto tenía que ser mucho más fácil. ¿A qué venía esa última pregunta? ¿Tan pronto había olvidado todas las veces que, cuando yo era inspector, me pedía información y yo se la daba sin ningún tipo de explicaciones? Puse un gesto condescendiente para responder a esa pregunta.

—Teme que le pise los talones, no se muestra muy colaborador.

No era exactamente la verdad, pero era lo que debía decirle si quería conseguir su ayuda. Aun así, el teniente se mostraba desconfiado, distante, reacio a prestar su ayuda a un inspector apartado del cuerpo por motivos de alcohol y drogas. Mi aparente tranquilidad no era más que un falso reflejo de mí atormentado interior. ¿Me prestaría el teniente su ayuda? Y, en caso afirmativo, ¿sería sangre de Bruno?

# Capítulo 21

## La fianza

La ayuda del teniente se volvió en mi contra cuando los resultados del análisis de sangre dieron como resultado que era mía. Pero ¿cómo llegó mi sangre al escenario del crimen? Solo se me ocurría una hipótesis: alguien había tenido acceso a los análisis que me hacía periódicamente en el centro de desintoxicación. Esto, unido a que el inspector Mejía aportó el análisis de ADN del cabello encontrado en la manta del armario de casa mis suegros, según los cuales, también me pertenecía, determinó mi inmediata detención. Todo se volvía en mi contra, incluso las pruebas que yo mismo había aportado.

Eran las siete de la mañana cuando, en una operación conjunta de los hombres del teniente Guerrero y los del inspector Mejía, me sacaron esposado de casa de mis suegros, ante el estupor de estos y de Elena. Toda la tropa de policías y guardias, encabezada por el teniente y el inspector, bajó estrepitosamente los dos tramos de escalera que conducían a la calle. Elena nos observaba bañada en llanto mientras nos alejábamos hacia los vehículos. Luego cerró la puerta.

Ya conocía, aunque casi no lo recordaba, la sensación de estar entre rejas en una celda de la Comandancia de la Guardia Civil. En mi adolescencia fui detenido por un policía que, sin mediar palabra, bajó del coche, se acercó a mí y, tras esposarme con las manos a la espalda, me condujeron a las dependencias de la Guardia Civil. Pasaron setenta y dos horas hasta mi puesta en libertad, sin que jamás supiera de qué me acusaban. En esta ocasión, y con las pruebas aportadas por el inspector y el teniente, pasadas las setenta y dos horas requeridas para mi puesta a disposición judicial, el juez estimó oportuno

trasladarme a la prisión de Albolote.

El primer día lo pasé durmiendo en mi celda, como fórmula para evadirme de la realidad. Tuve que volver a tomar Lorazepam para conciliar el sueño. La primera noche tomé dos de dos miligramos de una atacada, acompañadas de medio vaso de agua. Una vez ingeridas, me arrojé en la cama, calándome las sábanas hasta la cabeza para evitar que las luces del exterior estimularan mis retinas. Procuré mantener la mente en blanco durante la media hora que tardaban en comenzar a hacer efecto las pastillas, pero a mi cabeza venían las imágenes de las chicas devoradas, de Lucas en el microondas, de la cena a la que asistí, la de mi amigo Pau degollado y con la lengua como corbata, la triste imagen de Elena llorando en el rellano. Todas esas imágenes cercanas no me dejaban conciliar el sueño, a pesar de los cuatro miligramos de Lorazepam. Daba vueltas en la cama. Para colmo, el resto de presos estaba alborotando y hacían sonar los barrotes de las celdas con la ayuda de los platos metálicos. Cubrí mi cabeza con el almohadón, intentando que tanto el ruido como la luz no fastidiaran mi estado de aletargamiento cuando las pastillas comenzaran a hacerme efecto. Mis párpados comenzaron a pesarme. Mantuve los dedos de las manos entrelazados bajo la almohada, sobre la que apoyé mi mejilla derecha. Necesitaba descansar, pero, en ese lugar, no podía hacer nada, solo esperar que pasara el tiempo, y qué mejor forma que soñando con mi puesta en libertad, con la resolución del caso, con respirar junto a Elena, oyendo sus latidos.

Desperté sobresaltado. Me quedé sentado sobre la cama observando a mi compañero de celda. Dormía plácidamente. Era más de medianoche y los reos ya se habían calmado. Intenté volver a coger el sueño, pero fue imposible. Pasé la noche en blanco. Cuando los primeros rayos de luz entraron en la celda proyectando las sombras alargadas de los barrotes del ventanuco

situado en lo más alto de la pared, el cansancio me pudo y al fin conseguí dormir. Al rato, el ruido metálico de la puerta abriéndose rompió mi sueño en dos. Un funcionario se dirigió a mí.

—¿Carcosa?

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa? —respondí medio aletargado.

—Recoge tus cosas que te vas.

Me cambió el gesto.

—¿Qué me voy? ¿Y eso?

—Han pagado tu fianza.

—¿Quién?

El guardia encogió los hombros mostrando su ignorancia. De la celda poco tenía que recoger, excepto *El Conde de Montecristo*, que había sacado de la biblioteca de la prisión. Acompañé al funcionario por los pasillos alargados de la penitenciaría, hasta llegar a una ventanilla tras la cual había otro guardia, que me pidió el nombre.

—Daniel Carcosa.

El guardia se retiró un instante y volvió con mis pertenencias metidas en una especie de cubeta de plástico transparente. Empezó a sacarlo todo y a ponerlo sobre el mostrador. La billetera negra, que comprobé que no le faltase nada, el iPhone apagado, el cual encendí en cuanto lo tuve en las manos. Tres llamadas perdidas y varios mensajes de texto. Mi paquete de tabaco y los fósforos del hotel Victoria. Con todo esto y una duda, fui traspasando pasillos y rejas hasta llegar a la que separa la libertad del cautiverio. Y una sola pregunta: ¿Quién habrá pagado mi fianza?

Una vez en la puerta, sonreí, respiré hondo. Un coche se acercó. Un monovolumen con los cristales tintados que se detuvo junto a mí. Luego bajó el conductor y me abrió la puerta corredera lateral izquierda. Sentí miedo, el mismo que cuando cené con los diez comensales. En cualquier caso, no podía

quedarme allí parado, debía aceptar la invitación o salir de allí pitando. Si me marchaba, jamás sabría quién estaba tras los cristales. Decidí subir. Una vez dentro, se encendió una luz interior y distinguí una silla de ruedas en la que se encontraba la señora Gertrudis. El miedo se desvaneció. El coche comenzó a circular.

—Quedó en mantenerme informada, señor Carcosa, y no he vuelto a saber de usted desde que nos vimos en mi casa —me reprendió la señora Gertrudis.

—Tiene razón, señora Gertrudis, pero es que aún no he sacado nada en claro.

—Necesito saber.

—Entiendo, señora Gertrudis, pero hay que tener paciencia. Aún quedan muchos cabos sueltos. Pero si le sirve de algo, no creo que su marido haya sido la mano ejecutora.

—Pero ¿ha podido tener algo que ver?

—Puede, pero eso está por verse. —Guardo silencio—. ¿Le dice algo el nombre Primer Plano?

—No, no me dice nada. ¿Qué es Primer Plano?

—Según he podido averiguar, se trata de una sociedad con domicilio fiscal en Santo Domingo. Es posible que hayan captado a las chicas a través de esta sociedad. Hay quien paga importantes cantidades de dinero, supongo que para contactar con ellas. Pero necesito saber quién gestiona la sociedad y a dónde va a parar el dinero.

—Siga así, señor Carcosa, creo que no va mal encaminado —comentó con una sonrisa.

—Perdone mi falta de tacto, señora Gertrudis, pero no hemos llegado a hablar de mis condiciones económicas.

—Está bien. Hable.

—No es nada abusivo. Acostumbro a cobrar cien euros la jornada más los gastos.

—Está bien. Me parece justo. ¿Necesita que le adelante algo?

—No, no es necesario. Cuando acabe la investigación le pasaré la factura.

—De todos modos, si necesita algo para gastos imprevistos, no dude en pedírmelo.

—Lo haré. Muchas gracias, señora Gertrudis, sobre todo por confiar en mí.

—No hay por qué darlas. Ahora mismo usted es la única persona en la que confío.

El monovolumen terminó de entrar en la capital de Granada. Pedí al conductor que me dejara en las inmediaciones de la catedral, donde pensaba buscar a Bruno.

¿Sería Bruno el autor de las muertes de su padre y de Pau? En caso afirmativo, ¿le habrían pagado por ello? ¿Y quién le habría pagado? Esta última pregunta parecía ser la clave para llegar a los señores que desde la cúspide de la pirámide manejaban los hilos de sus marionetas.

Llegamos a la Gran Vía de Colon. Bajé del monovolumen y me alejé caminando.

## Capítulo 22

### Las entrañas de la red

No disponía de una foto de Bruno, ni de una dirección, lo que complicaba la búsqueda. Pero sabía su nombre completo, Bruno Arganda Mellado, y su edad, treinta y tres años, además de que acostumbraba a pedir a los pies de la catedral. Con esos únicos datos empezaría a tirar del hilo,

Al pie fachada barroca de la catedral estaba la escalinata que conducía a las tres puertas de acceso Y, en ella, un total de tres mendigos. Uno de ellos, el que estaba más abajo, mantenía la mirada baja. Se protegía del frío cubriéndose con una manta. Sus manos cuarteadas sostenían un cartón en el que rezaba su historia con pocas palabras. A los pies, una cajita en la que apenas había un par de euros entre monedas de cinco, diez y veinte céntimos. Me acerqué y dejé caer la mitad de un billete de cincuenta euros, que posteriormente presentaría como gastos a la señora Gertrudis. El mendigo alzó la mirada sorprendido.

—Te daré la otra mitad si me ayudas a dar con Bruno. — Me puse en cuclillas frente al mendigo.

—¿Y quién es Bruno? —se interesó el mendigo.

—Un chico de unos treinta años que, por lo que sé, se le ha visto pidiendo por aquí. Bruno Arganda Mellado, aunque todo el mundo lo llama Bruno.

—Creo que sé a quién te refieres, pero no conocía su nombre. Hace unos días que no viene por aquí.

—¿Y no sabe si antes de dejar de venir, vino alguien a verlo? ¿No notó nada raro el último día que vino?

—Pues, sí que vino alguien. Paró un coche y bajaron dos tipos muy bien trajeados. Se dirigieron a él y lo metieron a la fuerza en la parte de atrás del coche.

—¿Y nadie hizo nada?

—¿Y qué podía hacer yo? —Señaló la ausencia de una de sus piernas.

—Entiendo. Imagino que tampoco vio la matrícula.

—Afortunadamente, la vista y la memoria no me fallan....

—¿Y...?

—Bueno, en realidad no era un coche, era más bien una furgoneta oscura.

—¿Y la matrícula? —insistí.

—La recuerdo porque coincidía con el año de comienzo de la Guerra Civil.

—¿1936?

—Sí.

—¿Y las letras?

—Bueno, las letras las recuerdo porque coincidían con las iniciales de mi nombre y apellidos.

—Y usted se llama.....

—Benigno López Carnero.

—BLC, 1936BLC.

—Correcto.

Con mis manos abrí su derecha y le puse la otra mitad del billete. Ahora tengo la matrícula de un vehículo que posiblemente pertenezca al entramado de Primer Plano. Tan solo tendría que entrar en los archivos de Tráfico para localizar al propietario. Algo que, teniendo en cuenta que ya no tenía a nadie para que echara una mano desde adentro, me podía costar mucho más de lo que me imaginaba. Tendría que recurrir a métodos poco ortodoxos.

Conforme me alejaba de la catedral, pensaba en lo que el mendigo me había dicho: “lo metieron a la fuerza en la parte de atrás del coche”. Probablemente lo forzaron a colaborar con ellos, y hasta era posible que él no matara ni a su padre ni a Pau, aunque pudo haber presenciado la muerte del primero. Quizá lo hubieran utilizado para llegar hasta Pau a través del piso de su padre. Paré un taxi, quería ir a casa de Mon, en pleno Almanjayar, un sitio al que el taxista tal vez no se atreviera a entrar.

Tener amigos hasta en el infierno era una de mis principales premisas, y ahí fue donde conocí a Mon, en el mismo infierno. Cuando era inspector jefe del departamento de Criminalística, le di a Mon carta blanca para sus actividades delictivas a través de la red, a cambio de información sobre el caso del Club María Magdalena, en el que varias chicas acabaron muertas a manos de un misógino, miembro de la Cofradía de la Soledad, que se hacía llamar el Vengador de María y decía actuar en nombre de la propia María. En los círculos policiales lo llamaban “el Jack el destripador del siglo XXI”, ya que sus víctimas eran putas a las que destripaba con precisión quirúrgica. Mató seis chicas que pasaron por el Club. Pude detenerlo gracias a las confidencias de Mon, el cual mantuvo contactos esporádicos con el destripador.

Básicamente, Mon se dedicaba a saquear las cuentas bancarias desde su ordenador personal, Pasaba horas en el sótano de su casa descifrando los PIN de tarjetas de crédito y realizando transferencias a su propia cuenta, además de organizar falsas subastas en Internet. Así, había conseguido hasta sesenta mil euros en el último mes, pero vivía humildemente en el barrio donde nació, a pesar de tener un chalet en la sierra y varios coches de alta gama. Hasta su barrio, justamente, me dirigía en taxi. A pesar de ser mediodía, este no se atrevió a entrar y me dejó en las inmediaciones. Caminé hasta el cogollo de la Almanjayar, sorteando la basura esparcida, los neumáticos

quemados, las fogatas controladas en bidones metálicos alrededor de los cuales se reunían los vecinos para resguardarse del intenso frío. A mi izquierda, un coche ardía, probablemente tras participar en algún alunizaje. Hacía tiempo que no transitaba por esas calles, concretamente desde cuando vine a pillar mi última dosis de cocaína. Yo no sentía miedo, estaba acostumbrado a estos sitios, pero no era un plato de buen gusto: era una zona vigilada, y cualquiera que me viese enseguida pensaría que estaba en busca de una dosis. Pero no era el caso y, por lo tanto, no temía que me cachearan. Lo que temía era a las habladurías de mis antiguos compañeros, que enseguida se harían una idea equivocada de lo que hacía por el barrio.

Llegué al portal de Mon. Estaba abierto. Entré. Los buzones estaban quemados, igual que el ascensor. Los vestigios de la humareda negra impregnaban las paredes. Mon vivía en el bajo izquierda. Toqué al timbre. No sonaba. Toqué a la puerta. Pasados unos segundos, abrió un chico de unos veintitantos, moreno y con el pelo rizado y recogido en una cola. Vestía una bata blanca. Era Mon.

—Hombre, inspector, ¿cómo usted por aquí? —preguntó más sorprendido que asustado.

—¿Podemos hablar? Necesito de tus servicios.

—Claro, pase. Terminamos de entrar al sombrío piso donde Mon realizaba sus oscuras operaciones. Atravesamos las dos puertas que separaban el recibidor del salón. El lujo se olía desde la entrada. Mon nadaba en la abundancia, aunque de cara a la calle reflejaba la misma humildad que sus vecinos. Cuando me invitó a sentarme, le señalé el sótano, situado tras la puerta del fondo. Mon la abrió, encendió la luz y ambos bajamos la escalera de obra. Llegamos a un habitáculo, sin ventanas ni ventilación, donde se amontonaban varios ordenadores sobre una mesa en forma de “U” dispuesta al fondo. Solo había un asiento. Mon se sentó y yo me quedé de pie a sus

espaldas.

—¿Qué es lo que necesita? —me preguntó Mon haciendo girar su asiento hacia atrás.

—Necesito entrar en los archivos de Tráfico.

—Uf, eso es un delito inspector. Le va a costar un pico.

—El dinero no es problema. ¿De qué pico hablamos?

—Como ya sabe, mi tarifa no es precisamente barata, y además me arriesgo a enfrentarme a la Guardia Civil. No lo haré por menos de mil euros.

—Está bien. Procede. La mitad ahora y el resto cuando tenga lo que necesito.

No acostumbraba a llevar semejante cantidad en la billetera, pero sabiendo con quién me asociaría, saqué quinientos euros del cajero antes de coger el taxi, los mismos que puse sobre la mesa de Mon, en billetes de cien y cincuenta. Más gastos para presentar a la señora Gertrudis. Mon cogió el dinero, lo guardó en un bolsillo de su bata. Se ajustó las gafas. Mon estaba preparado para viajar a través de la red y descifrar los códigos de acceso a los archivos de Tráfico. Sus hábiles manos volaban sobre el teclado del ordenador. Series de números y letras se iban sucediendo en la pantalla. El ordenador pidió un código de acceso. Mon lo buscó en las entrañas de la computadora. Lo introdujo y le dio error. En ese momento, los ordenadores de Tráfico empezaron a rastrear al intruso que pretendía acceder a sus archivos. Mon se apresuró a seguir buscando antes de que lo localizaran y la Guardia Civil se le presentara a las puertas de casa. Dio con otro código. Cruzamos los dedos. Eureka. Estábamos dentro. Los archivos de Tráfico estaban al descubierto, pero lo seguían rastreando. Mon me preguntó qué buscaba exactamente.

—1936BLC, ¿a quién pertenece? —respondí. Los dedos de Mon se volvieron a mover en busca de la información.

—Pertenece a una sociedad llamada Gerdisa.

—¿Y quién gestiona la sociedad?

—Esa información no aparece.

—¡Pues, búscala!

—¡No puedo! ¡No aparece! ¡Tenemos que salirnos!

Mon se desconectó, afortunadamente, a tiempo. Gerdisa, el nombre de otra sociedad anónima fue lo único que conseguimos. ¿Tendría algo que ver con Primer Plano? ¿Quién gestionaría ambas sociedades? ¿Estaría el señor Valverde tras alguna de ellas? De momento, no tenía nada que lo relacionara, pero cada vez tenía más datos para llevar a buen puerto la investigación e intentar dismantelar la organización, desde su cúspide hasta el más insignificante colaborador.

## Capítulo 23

### El pantano del Negratín

Envuelto en mi tres cuartos, caminé desde el centro de la Almanjaya hasta la parada de taxis más cercana, situada al sur del barrio, al otro lado de la carretera de Jaén. Cuando llegué a las puertas de la Estación de Autobuses de la capital granadina, me dirigí al primero de la cola, donde un joven taxista, al volante de un monovolumen blanco, esperaba la llegada de clientes. El taxista apuró su cigarrillo apoyado en una de las puertas del vehículo. Me acerqué y lo tiró, y luego aplastó la colilla contra el suelo y nos subimos al vehículo. Le indiqué al taxista la dirección de la casa de mis suegros en el Zaidín. Elena aún no sabría de mi puesta en libertad. La sorpresa y la alegría serían tremendas, aunque durarían poco, ya que debía seguir con la investigación. Rodeamos Granada por la circunvalación y en menos de veinte minutos aparcamos frente al portal de los padres de Elena, detrás de mi Cherokee. Pagué la carrera y bajé del taxi a toda prisa. Subí los dos tramos de escalera y toqué al timbre. Abrió Elena. Nos miramos en silencio. Elena sonrió, aunque sus ojos se humedecieron. Nos fundimos en un abrazo. Elena no paraba de llorar, lo mismo por la felicidad de verme que por su impotencia ante los acontecimientos. Con esa mezcla de alegría y frustración permaneció apoyada en mi pecho, gimoteando y riendo a la vez. Le pedí calma. Elena me abrazó más fuerte.

—Deja el caso. Deja lo que estés investigando y volvamos a Capileira —me pidió entre sollozos.

Guardé silencio. No podía dejar el caso. Ya no solo por las desafortunadas chicas, ni por el desafortunado Pau, sino también por mí.

Debía demostrar mi inocencia y entregar a los culpables de tan sangrienta aberración, que nos había llevado a semejante estado de nervios, tanto a mí como a Elena y sus padres. Ahora, mi principal cometido era averiguar quién gestionaba Gerdisa y cuál era su relación con Primer Plano. Primero quería darme una ducha.

Era media mañana, sobre las once. Entramos al piso. Saludé a mis suegros, que se encontraban sentados cada uno en su respectiva butaca. Entré al baño y cerré la puerta. Abrí el agua caliente y me desnudé. Tanteé la temperatura del agua que salía por la ducha, y cuando estuvo lo suficientemente caliente, entré en la bañera. Intenté abstraerme del caso relajándome bajo el agua caliente. Tras diez minutos, cerré el grifo y salí de la bañera. Mientras me secaba con un par de toallas blancas, me preguntaba cómo le iba a explicar a Elena que debía marcharme y continuar con el caso. Salí del baño y me la encontré en el pasillo.

—¿A dónde vas? —me preguntó Elena.

—A trabajar —contesté sin dar más explicaciones conforme caminaba hacia a la puerta para marcharme.

—¿Es que acaso no has tenido bastante? Hemos perdido a Lucas. Has perdido a Pau. ¿Qué más quieres perder? —continuó Elena mientras me seguía por el pasillo hasta la puerta.

Abrí la puerta y, sin responderle, salí y di un portazo, dejando a Elena sumida en el dolor, acariciando la puerta desde dentro, con sus lágrimas se deslizándose silenciosamente por su triste semblante. Bajé rápidamente los dos tramos de escalera haciendo resonar la madera de los peldaños. Abrí la puerta trasera del Cherokee y una antena y una emisora. La antena la coloqué sobre el techo con la ayuda de la ventosa que tenía en la base. La emisora la encajé en el hueco destinado a ello bajo el radio CD. Tras encenderla, busqué la emisora policial. Era la única forma de estar al día de cualquier novedad,

ya que no podía contar con la colaboración del inspector Mejía. Puse en marcha el Cherokee. Esta vez, en el lugar de Santana y su guitarra, escuchaba las conversaciones de mis antiguos compañeros de la Policía dentro del radio de alcance del receptor. Mientras conducía hacia el INNS en busca de alguna información sobre Gerdisa, iba atento a las voces policiales.

Tras más de media hora al volante, llegando a Gran Vía de Colón, donde estaba el edificio del INSS, escuché que en la emisora policial informaban la aparición de un cuerpo en el pantano del Negratín. Subí el volumen. Concentré toda mi atención en la emisora. Se trataba de un hombre, blanco, caucásico, de unos treinta años al que le faltaba la cabeza. En un lugar como Granada, donde no suele ocurrir nada de esta índole, me resultaba cuanto menos sospechoso. Posiblemente, esta aparición tuviera que ver con el caso. Decidí dar media vuelta y coger la A-92 en dirección Cuevas del Campo, a 123 km de la capital granadina.

Cuando llegué al pantano, me encontré con un gran dispositivo policial y la zona acordonada. El cuerpo estaba en el suelo, junto a la orilla, cubierto por una manta térmica plateada. Los buzos buscaban la cabeza. Yo observaba todo desde el otro lado del cordón policial, donde se amontonaban los curiosos poseídos por el morbo que produce un cuerpo sin cabeza. Nadie estaba contento con lo sucedido, pero sin duda era algo que despertaba curiosidad hasta en las mentes menos enfermas. Todos querían ver el cuerpo decapitado, y deseaban, aunque más no sea furtivamente, ver cómo sacaban la cabeza del pantano. La policía intentaba disolver a los curiosos, entre los que estaba yo. La tarea de los buzos siempre es complicada. Encontrar una cabeza en un embalse de más de quinientos hectómetros cúbicos puede ser como encontrar una aguja en un pajar. Pero los chicos del departamento de buceo de la Policía Nacional, que nunca se desesperan, rastreaban palmo a palmo el fondo del pantano. Junto al cuerpo sin vida, distinguí al inspector Mejía

conversando con la forense. El juez instructor no había llegado. Pasé bajo el cordón. Un policía intentó impedírmelo. Mejía se percató de la situación y se acercó a mí.

—Déjalo pasar —ordenó el inspector.

—Gracias, Mejía.

—El juez Garrido debe estar al llegar, así es que no puedes estar demasiado tiempo por aquí.

—¿Qué puedes decirme del cuerpo?

—Según la forense, lleva muerto tres días. Lo decapitaron con un cuchillo de grandes dimensiones y hoja de sierra, que no ha aparecido. Lo hundieron en el fondo del pantano con la ayuda de un bloque de cemento atado a su cintura.

—¿Y quién lo encontró? ¿Cómo ha salido a flote?

—Lo encontraron dos buzos aficionados y lo sacaron los buzos de la nacional.

—¿Y conocemos su identidad?

—No hemos encontrado ninguna identificación, solo unas llaves.

—Pues hay que averiguar qué puertas abren esas llaves.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Probar las llaves puerta por puerta?

—No. Tengo una ligera idea de qué puerta se va abrir con esas llaves.

—¿Y eso?

—Tú dámelas. Yo luego te las devuelvo para que las incluyas en el informe.

—No puedo hacer eso. Seguiremos el procedimiento habitual.

—¿El procedimiento habitual? ¿Tú quieres saber con rapidez la identidad del cuerpo?

—Sí, claro. Pero....

—No hay peros que valgan. Tú dame las llaves y te las devuelvo a lo

largo de la mañana. Confía en mí.

—Está bien. Espera un momento, tendré que sacarlas del maletín de pruebas.

Mejía se alejó. Lo vi conversar con uno de la científica que parecía asentir. Tras una corta charla, el inspector volvió.

—Toma. He tenido que convencer al jefe de la Científica. Por favor, Carcosa, no me jodas. Me las tienes que devolver antes de que nos vayamos de aquí.

—Las tendrás aquí antes de medio día. Me marchó, no sea que llegue Garrido.

—Está bien. Suerte.

Abandoné la pedregosa orilla volviendo a cruzar el cordón policial, esta vez en dirección a mi Cherokee. Volví a la capital granadina escuchando las novedades que se iban sucediendo en la emisora policial, sin que se anunciara nada que llamase mi atención. Atravesé la ciudad de Granada hasta llegar a la calle doctor Mesa Moles. Luego de dar unas vueltas, conseguí aparcar mi Cherokee con la ayuda de un gorrilla al que di cincuenta céntimos. Sonríe, no, sería indecente pasarle este gasto a la señora Gertrudis. Entré al edificio y cogí el ascensor hasta la octava planta. Fui directo al ático “C”. Miré las llaves buscando, casi adivinando, cuál podría entrar en la cerradura de seguridad. No me quedaba otra que ir probando una a una, pero la fortuna me sonrió: la primera encajó en la cerradura sin ninguna dificultad. La giré dos veces hacia la derecha y abrió sin ningún tipo de problema. Tal y como sospechaba, la llave abría la puerta de la vivienda del coronel Arganda, lo cual significaba que el cuerpo del pantano podía ser de su hijo Bruno. Solo había que cotejar el ADN de ambos para que no hubiese lugar a dudas sobre la identidad del decapitado. Volví a cerrar la puerta y guardé las llaves en el bolsillo derecho de mi tres cuartos. Minutos después estaba de regreso en el

pantano, donde seguían buscando la cabeza del cadáver.

La posición del sol, completamente cenital al mediodía, aplastaba las sombras contra el suelo. La mayoría de la gente se había ido a almorzar y había menos curiosos que antes, pero el cordón policial seguía impidiendo que el espacio custodiado fuera invadido por los fisgones más morbosos que aguardaban el rescate de la cabeza. Crucé el cordón por donde lo había hecho anteriormente. El policía, que era el mismo que me había dejado pasar esa mañana, me hizo un gesto con la mano y me permitió acercarme al inspector Mejía.

—¿Has podido averiguar algo? —me preguntó el inspector.

—Apostaría que es el hijo del coronel Arganda.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque las llaves abren la puerta de su casa.

—¿La del coronel?

—Sí. Yo diría que lo utilizaron para llegar hasta Pau a través del piso del coronel.

—Entiendo.

—Deberías ordenar que cotejaran el ADN de los dos.

—Así lo haré.

En el instante que inspector Mejía terminaba de coger las llaves, del pantano salía uno de los buzos con una bolsa de plástico negra en las manos. Tras acercarse a nosotros, depositó la bolsa junto al cuerpo.

—Parece que ya tenemos la cabeza —dijo Mejía.

La forense se puso en cuclillas junto a la bolsa y la abrió. Tras mirarnos con las cejas levantadas, sacó la cabeza, completamente hinchada y cianótica. Tiene la lengua cortada, dijo la forense. El inspector y yo lo observábamos todo de pie, con los brazos cruzados, junto a la forense, quien no salía de su asombro.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el inspector.

—Esta cabeza no corresponde a este cuerpo —certificó la forense—. Esta cabeza lleva de tres a cuatro semanas en el agua y casi dobla en edad al cuerpo.

—¿Y a quién pertenecerá? —pregunta asombrado el inspector.

—Eso te corresponde a ti averiguarlo, guapo. Aunque, de todas formas, te daré todos los datos que pueda sobre esta cabeza. Como que tenía unos cincuenta años y un tatuaje tras el lóbulo de la oreja izquierda.

—¿Una luna? —pregunté desconcertado.

—Sí, una media luna. ¿Cómo lo has sabido?

—Se trata de Ordoño. Es la cabeza de Ordoño. Pero si lleva de tres a cuatro semanas muerto, ¿quién ha matado a las chicas? ¿A quién hemos estado persiguiendo? ¿Quién usaba su tarjeta de crédito? ¿Y quién tenía su teléfono? ¿Qué sería aquello tan horrible que hizo y no le dejaba descansar tranquilo? ¿De quién tenía miedo y por qué?

—Habrán querido que pensemos que Ordoño era el asesino de las chicas —agregó el inspector Mejía.

—Sí, eso está claro. Y es posible que Ordoño supiera algo y quisiera hablar. Por eso lo de cortarle la lengua, la cabeza y dejarlo en el fondo del pantano.

—Estamos como al principio.

—No, como al principio, no. Sabemos que existe la agencia Primer Plano, y que es posible que esta se encargara de reclutar a las chicas a cambio de una cantidad importante de dinero. Tenemos que averiguar quién gestiona esa sociedad y qué camino toma su dinero. Así sabremos quién se beneficia de todo esto y podremos llegar a sus maquiavélicos clientes y a la mano ejecutora.

Más tarde darían también con el cuerpo de Ordoño, el cual sacaron

con cierta dificultad a la pedregosa orilla del pantano del Negratín. Lo metieron con su cabeza en una bolsa de poliéster gris aluminizado especial para cadáveres. La cabeza de Bruno no había aparecido. Ya había caído la tarde, el pantano estaba rojizo, igual que las nubes enrojecidas por el sol, y empezaron a desmontar el operativo. Me despedí del inspector Mejía y caminé hasta mi Cherokee con un pitillo apagado entre los labios. A estas alturas, podía deducir que tanto Ordoño como Bruno fueron víctimas de una mente enferma, igual que las chicas. Pero ¿a quién pertenecía esa mente enferma? ¿Quién estaría detrás de todo? ¿A quién deberíamos buscar ahora que ya sabíamos que Ordoño no había sido el verdugo? ¿Si él no había hecho nada, por qué le dijo a Iris que había hecho algo horrible? ¿Qué fue lo que hizo poco antes de morir? ¿Quizá hubiera matado a la chica del camión frigorífico y no quiso continuar? En cualquier caso, parecía haberse llevado el secreto consigo.

# **SEGUNDA PARTE**

**El dueño del reloj**

# Capítulo 24

## Lubina salvaje

Tuve que retrasar la visita al INSS. Los últimos acontecimientos me hicieron replanteármelo todo. La muerte de Ordoño me obligaba a cambiar la línea de investigación. Lucas había muerto sin despedirse de sus amos, mi amigo Pau murió sin desvelar lo que había descubierto sobre a la investigación, el coronel murió sin hacer las paces con su hijo, Ordoño murió sin contar lo que había hecho o cuál fue su grado de implicación en el asunto a investigar, y Bruno había muerto sin reconciliarse con su padre. Pero todos compartían algo. Todos murieron dejándose algo en el tintero. Todos tuvieron una muerte violenta y, presumiblemente, a manos de la misma mano ejecutora.

Tras la aparición del cuerpo de Ordoño, quedé totalmente desconcertado. Volví a mi oficina, necesitaba pensar. Una vez allí, me puse a revisar el correo, a ver si los de Primer Plano habían picado el anzuelo. En lugar de eso, había un mensaje de José Flores enviado desde el formulario de contacto de mi página Web y que llevaba varios días en la bandeja de entrada. Flores y yo éramos de la misma quinta. Juntos hicimos la prestación social substitutoria, hacía como veinte años, cuando teníamos entre veinte y veintiuno. Llevábamos sin vernos desde que compartimos garita en el puesto de carretera Bravo 45 de la Cruz Roja, donde pasamos juntos todo un año. El mensaje decía:

«Me enteré por la prensa que te detuvieron por el asunto de los asesinatos de las chicas, y que te soltaron bajo fianza. ¿Te acuerdas del refrán del viejo de la garita? ¿Una mano lava la otra, y las dos lavan los huevos? Pues, creo que puedo ayudarte, tengo información, pero estoy metido hasta el

cuello. Soy el chef del restaurante Finca Salazar, en la Costa del Sol. Ven a verme, te invito a comer.»

Había otro mensaje de una tal Inma que pedía la tarifa para saber si su marido la engañaba. Lo mandé a la papelera.

Inmediatamente decidí que era una buena oportunidad para dedicarle una jornada a Elena, lo necesitaba. Lo necesitábamos. Al día siguiente fuimos almorzar al Finca Salazar, donde degustamos platos de intenso sabor y cuidada presentación. Cambié mi tres cuartos por un guardapolvo de piel negro que dejé en el guardarropa junto con la capa negra que lucía Elena. El metre nos acompañó hasta la mesa situada frente a la cocina abierta donde el chef, mi amigo Flores, y su equipo preparaban sus exquisiteces. Esta vez, me senté de espaldas a la puerta para poder ver cómo trabajaba el equipo de cocina. Todo un espectáculo. Elena se ubicó frente a mí. Saludé a Flores alzando mi derecha. Al contrario que yo, que a pesar de las canas me mantenía prácticamente igual de estado físico, Flores había engordado bastante y tenía la cabeza despoblada de cabello. Cuando Elena fue al servicio, Flores aprovechó para acercarse. Sin preguntar nada, se sentó frente a mí.

—Estamos en terreno fangoso. Lo mejor sería que desaparecieras, que te fueras con tu pareja donde nadie pudiera encontraros —dijo Flores muy nervioso—. Necesito que me ayudes, yo también estoy hasta el cuello.

—¿Y tú qué sabes de los terrenos en los que yo me muevo?

—He leído la prensa, y he oído cosas, y sé más de lo que te puedes imaginar.

—Pues, si sabes, habla, que yo también quiero saber.

—Mira, Carcosa, son gente muy peligrosa a la que le estás tocando los cojones.

—¿Y qué tienes que ver tú con esa gente?

—Yo, nada. Yo solo cocino. Metí la pata, ya lo sé, pero en una sola

cena gano lo que aquí en varios años, y andaba muy jodido de pasta, muy jodido. Ya sabes dónde nos lleva la coca. Me quedé hasta el cuello de deudas.

—Entiendo. Tú eres el cocinero. Quiero que me cueles en una de esas cenas.

—Eso es imposible.

—Quiero saber qué gente asiste a esas cenas.

—Eso no lo sabe nadie. Ni siquiera ellos se conocen entre sí. Siempre llevan máscaras.

—¿Quieres que te salve el culo? Tienes que colarme. Además, ya estuve allí.

—¿Has estado en una cena?

—Me invitaron y me drogaron. De nada me sirvió, no pude averiguar nada.

—¿Tú eras el drogado de la otra noche?

—Sí, era ese. ¿Qué necesito para asistir? ¿A quién tengo que dirigirme?

—A nadie, si no eres gilipollas, a nadie. Hay que buscar otro modo.

—Soy gilipollas, ¿y qué? Tú solo tienes que colarme. Nadie sabrá que me has ayudado. Quieres que te ayude, ¿no?

—Necesitarías una contraseña que nadie conoce hasta un rato antes de la cena. A mí me llaman desde un número oculto y me dicen hora y lugar donde me van a recoger y la contraseña.

—¿No se celebra siempre en el mismo sitio?

—No lo sé. Yo diría que no. Me llevan con los ojos vendados y no conozco el camino.

—¿Cuándo es la próxima cena?

—No lo sé. No lo sabe nadie.

—Cuando lo sepas quiero que me llames. Tú solo tienes que darme la

contraseña. Yo me presentaré allí por mi cuenta.

—Solo hay diez invitados. No pueden presentarse once.

—Eso déjame a mí. Yo me encargo de que no seamos más de diez.

—Olvídalo, Carcosa. ¿Cómo vas a hacer eso?

—Eso es cuenta mía.

El móvil de Flores comenzó a sonar. No podía oír la conversación, pero podía ver lo que Flores anotaba en una servilleta de papel: “final del Paseo del Violón”, “20:00 horas”, “lubina salvaje”. Colgó. Alargué mi mano derecha hasta la servilleta y le di la vuelta para leerla mejor. Flores no lo impidió.

—¿Lubina salvaje?

—Esa es la contraseña para la cena de esta noche. Yo no te he dicho nada.

—Está bien. Estaré en el Paseo del Violón observándote a las 20:00 horas. Cuando pasen a por ti, os seguiré hasta donde se celebre la cena y me presentaré por mi cuenta.

—Lleva esmoquin y una máscara.

—Lo haré. Ahora avisaré a la policía para que monten una redada — dije cogiendo mi móvil.

—¿Qué coño, Carcosa? A ver, que para hacer eso, no te necesitaba a ti.

Me quedé mirando a Flores. Quizá tuviese razón. Mi trabajo era cumplir con el encargo de la señora Gertrudis. Nada más. Guardé el móvil.

—Tranquilo, Flores.

Advertimos que Elena salía de los aseos y Flores se incorporó para saludarla y se retiró a la cocina. Elena se interesó por Flores.

—¿Conoces al chef?

—Sí. De cuando hice la prestación social.

El almuerzo y el día dedicado a Elena terminaron convirtiéndose en una prolongación de la investigación. En mi cabeza solo cabía pensar que, sin saberlo, conocía al cocinero. Pero cómo era posible que un tipo tan normal y tan bueno, porque Flores era un pan de Dios, pudiera hacer algo tan siniestro. Igual el resto de perturbados que componían la organización también eran muy normales en sus vidas cotidianas. Tipos con trabajo, dinero, reputación, que, como en el caso de Flores, perdían los escrúpulos ante una importante suma, o tipos sin escrúpulos, capaces de pagar una gran cantidad por satisfacer sus instintos caníbales y demostrar su poder haciendo ver que eran intocables. Durante el almuerzo estuve como ausente, pensativo, hasta que decidimos marcharnos y regresar a la capital granadina. El resto de la tarde lo ocupé intentando hacerme con un esmoquin y una máscara. Habíamos comenzado el día desconectados de todo lo acontecido y con la única idea de pasarlo bien, pero el encuentro con Flores hizo que todo volviera con más fuerza a mi cabeza, ignorando por completo la necesidad de Elena de olvidar lo sucedido.

La gran puerta de madera del número 62 de la carretera de la Sierra se abrió muy despacio después de que tocara al video portero. Aplasté la colilla del pitillo antes de pasar al interior de la finca. Había dejado el Cherokee en la puerta y fui caminando hasta la entrada principal, atravesando un extenso jardín cuidado por un jardinero haitiano que me saludó al pasar junto a él. El encuentro con Ali en el despacho de su casa fue distante. Todo el tiempo se mantuvo a la defensiva. Ahora, Ali Abreu permanecía tras la mesa, con sus manos abiertas y apoyadas en el filo de la misma, sentado en su sillón de cuero negro, de espaldas a un enorme ventanal por donde se colaba la luz vespertina de finales de febrero. Los pequeños halógenos incrustados en el techo terminaban de iluminar las dependencias del despacho. Tomé asiento frente a Ali. Mi mirada era dura, inquisitiva. Escudriñé hasta su más mínimo gesto. La de él parecía temerosa, asustadiza, como intentando ocultar ese

sentimiento de miedo y culpabilidad tras una sonrisa politizada. Pero mi olfato era implacable. Ali rompió el silencio.

—Usted dirá, detective. ¿En qué puedo ayudarle?

—No me andaré con rodeos, señor Abreu. Hay ciertos documentos que lo relacionan directamente con una agencia llamada Primer Plano, y solo es cuestión de tiempo que relacionemos a esta agencia con los crímenes sucedidos recientemente. Colabore conmigo en esto y declararé en su favor.

—No sé de qué me está hablando, detective.

—Sí que lo sabe. Mire, señor Abreu, más tarde o más temprano tendrá que explicar a la justicia en concepto de qué ha pagado ciento veinte mil euros a Primer Plano. Y si quiere que declare en su favor, deberá ayudarme en lo que le voy a pedir.

Ali Abreu tragaba saliva.

—¿Y qué es lo que quiere? ¿En qué se supone que debo ayudarle?

—Es muy sencillo: simplemente debe quedarse en casa esta noche y no asistir a la cena.

—¿A la cena? ¿A qué cena?

—No se haga el ingenuo conmigo. Lubina salvaje. ¿Tampoco le dice nada?

Ali bebió agua de la pequeña botella de agua mineral que tenía sobre la mesa, intentando disimular que no paraba de tragar saliva. Pero nada escapó a mi perspicacia y mis años de experiencia. Ali guardó silencio.

—¿No tiene nada que decir a eso?

El señor Abreu parecía estar recapacitando en silencio. Pronto se vino a abajo y habló más de lo que yo esperaba. Ali apoyó los codos en la mesa y la frente sobre las palmas de sus manos, entrelazadas en un gesto de debilidad e inseguridad, como pensando muy bien lo que iba a decir. Mi regocijo se transformó en una sonrisa irónica. Ali respiró hondo y habló.

—Se trata de la contraseña para la cena de esta noche. Se supone que solo la conocemos los comensales y el personal encargado de que todo salga bien. Quien sea que se la haya dicho y usted mismo están en grave peligro.

—No me diga cosas que ya sé. Dígame, por ejemplo, ¿dónde tendrá lugar esa cena?

—Eso aún no lo sabe nadie. Nunca son en el mismo sitio. La agencia se encarga de alquilar una mansión o la casa de campo por un par de días, que es lo que se tarda en prepararlo todo, disponer el lugar para la cena, y dejar la casa tal y como estaba antes de que asistiéramos a la misma.

—¿Y cuándo y cómo se entera de dónde tendrá lugar la cena?

—Me llamaran un rato antes desde un número oculto.

—¿Y aún no lo han llamado?

—No, aún no.

Miré mi reloj, eran las 19:14. Ali hizo lo mismo.

—Ya no pueden tardar mucho.

—¿Y qué me puede decir del resto de los comensales?

—Poca cosa. Prácticamente nada. Solo conozco sus voces y sus apodos. Nadie sabe nada de los demás.

—¿No se conocen entre sí?

—No.

—Me ha dicho que conoce los apodos. ¿Qué apodos son esos?

—Cada cual se hace llamar por un nombre de la mitología griega. No los recuerdo todos, pero están Zeus, Ulises, Prometeo, Poseidón, Orfeo, Ícaro, Kronos, que preside la mesa, y así hasta doce.

—¿Y a usted? ¿Con qué nombre se le conoce?

—Apolo, yo soy Apolo.

—Está bien, Apolo, esta noche iré yo en su lugar.

—Yo no haría eso, se darán cuenta enseguida. No sabe con la gente que

está tratando.

—Sí, sí que lo sé. Gente como usted.

El señor Ali me dedicó una mirada inquisitiva, momento en el que sonó su móvil, que estaba sobre la mesa. Un número oculto. Le dije que pusiera el manoslibres. Ali obedeció.

—¿Sí?

—¿Apolo?

—Sí, dígame.

—Apunte, memorice y destruya la nota. La Casa del Colono, calle Maestro Gregorio Salas nº 27, Otura, Valle de Lecrín, veintiuna horas.

La estilográfica negra de Ali se deslizó por la pequeña hoja de papel anotando la dirección. La cogí y, tras mirarla un instante, la guardé en un bolsillo. El señor Abreu se quedó perplejo.

—Ahora debería dejarme la máscara que suele usar para estos eventos.

—Si hago eso, en el momento en que descubran que no se trata de mí, mi vida también correrá peligro.

—Eso no va a pasar. Le doy mi palabra.

Abrió uno de los cajones de su mesa y sacó lo que parecía la llave de una caja fuerte. Tras incorporarse, se dirigió a una diana colgada en una de las paredes del despacho. La deslizó hacia la izquierda, quedando la caja fuerte al descubierto. La abrió. En su interior había dinero, documentos, la máscara veneciana y una pistola. Dudó un instante. Enseguida me percaté de sus intenciones.

—No haga lo que está pensando.

Ali, que tan solo había puesto la mano sobre la Glock 40, se limitó a acariciarla y sacar la máscara de la caja dándome la espalda. Entonces se giró y se quedó de pie tras la mesa, sobre la cual depositó la máscara. Cuando la

agarré, Ali me sorprendió:

—Necesitara también un smoking. El mío le puede quedar bien.

El señor Abreu estaba siendo demasiado colaborador. Caminó hacia un armario empotrado que cubría toda la pared izquierda de la oficina. Abrió una de sus puertas, descolgó el smoking y, luego de meterlo en una bolsa del Corte Inglés, lo dejó sobre la mesa.

—Está haciendo lo correcto, señor Abreu.

Cuando estaba a punto de abandonar la estancia, me asaltó una duda. ¿No debería tener más información? Me volví.

—Dígame, Abreu, ¿tienen un sitio fijo asignado en la mesa?

—Sí, todos tenemos un sitio fijo.

—Por favor, dibújeme en un papel esas ubicaciones con los nombres correspondientes. Y también apunte las últimas contraseñas y direcciones.

Esperé unos minutos tras los cuales me entregó el papel y me retiré.

A pesar de saber que esa noche moriría otra chica, salí reconfortado de la reunión con Ali. Los pasos hacia delante se sucedían uno tras otro. Ya sabía hora y lugar donde se iba a celebrar la cena, por lo que no tendría que seguir al coche que llevaría a Flores desde el Paseo del Violón hasta el lugar donde celebrarían la siniestra comida.

A las 20:45 llegué a la Casa del Colono, en Otura. La limusina blanca con chofer que alquilé, a cargo de la señora Gertrudis, aparcó entre varios coches de alta gama. Los choferes de los otros comensales conversaban entre ellos mientras esperaban la salida de sus respectivos jefes. Cogí la máscara del asiento de al lado y, antes de salir, me la coloqué mirándome en uno de los espejos de la parte trasera de la limusina. Luego recorrí los doscientos metros que separaban los aparcamientos de la puerta principal de la casa, donde había dos porteros con sus respectivos trajes oscuros y sus máscaras venecianas. Una vez frente a ellos, intenté mantener la calma.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondió uno de los porteros.

—Lubina salvaje.

—Adelante, señor —dijo abriéndome la doble puerta.

# Capítulo 25

## La Casa del Colono

Una vez dentro, sonreí mientras recorría el recibidor, donde se escuchaban canticos gregorianos, hasta llegar a otra doble puerta que empujé. Ante mí, un enorme salón de techos altos, de los cuales pendían grandes y lujosas lámparas que iluminaban la estancia. Las cortinas de los grandes ventanales, cerradas y de color encarnado, custodiaban la intimidad de la casa. En el centro del salón, una gran mesa, esta vez redonda, con la cubertería dispuesta para cada uno de los comensales. Sobre la mesa, en una gran bandeja de plata, una chica completamente rasurada, con el dorado característico de un grill de gran potencia. Poco a poco me fui acercando hasta el único lugar libre. Fui el último en llegar. Tomé asiento. El silencio, con los canticos gregorianos de fondo, resultaba escalofriante. No me pareció que nadie sospechara nada. Examiné con sutileza a los otros nueve miembros que completaban la mesa buscando algún detalle que ayudara a reconocer sus identidades. Ninguno me resultó familiar. Uno de los comensales se levantó alzando su copa de vino, en la que le había servido la sangre de la chica.

—Estimados amigos, precisamente el anonimato que nos proporciona nuestra máscara, nos permite compartir el secreto que nos une. Como cada semana, nos reunimos una noche indeterminada para realizar una práctica incomprendida y socialmente rechazada en esta nuestra sociedad actual, pero que viene llevándose a cabo desde tiempos ancestrales, como es la antropofagia. El término proviene de la deformación de la palabra caribe en *caniba* o *cariba* del idioma taino. Para los caribes significa “osado”, “audaz”; para los arawak, “enemigos”; y para los europeos, “comedores de carne

humana”. Ya en tiempos de Cristóbal Colón, los caribes atacaban a los arawak y capturaban a los niños, a los cuales castraban y criaban para comérselos. No sabemos a ciencia cierta cuándo los humanos adquirieron el hábito de la antropofagia, pero en yacimientos arqueológicos de Atapuerca, el estudio de las marcas de los huesos encontrados en la cueva de la Gran Dolina demuestra que se practicó un canibalismo que, con toda seguridad, no fue producto de la hambruna y carecía de cualquier intención ritual, sino que se efectuó por lo que se ha denominado como canibalismo gastronómico ancestral. Se ha demostrado que el homo antecesor lo practicaba desde hacía unos ochocientos mil años. En la actualidad, nosotros continuamos haciendo historia, siguiendo los pasos de nuestros ancestros y llevando a cabo el canibalismo gastronómico actual. Señores, disfruten de la comida.

La voz me resultó familiar, pero no acertaba a reconocerla con claridad. Solo cuando se dispuso a trinchar a la chica y se subió la manga izquierda de la camisa y el smoking, pude reconocer en su muñeca el Vacheron Constantin Tour de L’Ile que acostumbraba a lucir el señor Valverde.

El turno de llenar mi plato llegaría, pero no debía llamar la atención si quería salir de allí con vida. El trinchador era el último en servirse, comenzando por los platos de la izquierda hacia la derecha. Yo estaba en la séptima posición. Nadie comenzaba la degustación hasta no estar servidos todos los platos. Una vez abierto el torso y roto el esternón, cortó varias costillas para los primeros comensales, y las colocó en los platos con unas pinzas. Dos costillas por comensal. Posteriormente, y cambiando de cuchillo, fileteó los muslos y los sirvió en el mismo orden de las costillas. Repitió la acción con las pantorrillas para que todos probaran de todo, como si fuese un menú degustación. La excepción fueron las gelatinosas manos y las mejillas, que el trinchador la sirvió en su propio plato. Todos estaban servidos, y la chica completamente descarnada. No aprecié signos de gula desmedida ni

glotonería. La cena seguía el curso de los más exquisitos modales. La conversación transcurría de la misma manera. Se hablaba tanto de política actual e internacional como de gastronomía *underground*, como se habían atrevido a llamarla. Incluso, la conversación derivó hacia el fútbol. Mientras tanto, yo intentaba hincarle el diente a mi ración de chica joven asada al horno, pero la impotencia que sentía hizo que una lágrima se deslizase por mi mejilla, más allá de los límites de la máscara, cayendo sobre el plato cuando ya degustaba el primer bocado. Intenté mantener la calma, pero mi estado de nervios era inevitable. El comensal que estaba frente a mí se percató de la situación e hizo un gesto al trinchador, quien enseguida advirtió los nudos que se me hacían en la garganta y las lágrimas que me asomaban bajo la máscara. El trinchador golpeó la mesa con su derecha y se puso de pie.

—¿Quién ha osado asistir a esta reunión privada! ¡¿Quién eres?! — gritó señalándome con el cuchillo.

—Soy Apolo, señor —acerté a decir sin levantarme de mi asiento.

—¿Y quién soy yo?

—Usted es Kronos —respondí recordando el papel que me dio Ali.

—Muy bien, Apolo, le voy a hacer una última pregunta. Levántese, por favor.

Obedecí.

—¿Cuál fue la contraseña de la última cena?

Durante un instante eterno se hizo silencio.

—Delfines sonrientes, señor.

El murmullo se apoderó de los comensales. Kronos ordenó silencio. Todos callaron al unísono.

—A mí me es indiferente si la recuerda o nunca estuvo en esa última cena. Quítese la máscara por favor.

Me llevé muy despacio las manos hasta la espalda, aferré mi pistola y

la deslicé sobre la mesa, pero dejándola a mi alcance.

—Una de las condiciones es el anonimato. No pienso revelar mi cara y que sigáis vivos. Usted es Kronos, a su derecha está Zeus, le siguen Orfeo, Ícaro, Ulises, Prometeo, Poseidón es el que está a mi izquierda... Las contraseñas anteriores fueron delfines sonrientes, oro rojo, elefantes blancos... ¿Sigo o tiene bastante?

—No es necesario, pero, ¿por qué tiene esa cara de angustia y por qué no ha degustado su ración? —inquirió Kronos, el trinchador.

—Porque conozco a la chica. Es la hija de un gran amigo. Como comprenderán...

Todos se miraron y volvieron los murmullos.

—Señor Kronos, con todas las molestias que se toma para garantizar el anonimato, debería también procurar que no ocurran estas cosas. Desembolsamos mucho dinero para darnos estos caprichitos... —reproché al tiempo que empuñaba la pistola—. Supongo que encontrará razonable que me retire.

—Por supuesto, señor Apolo. Le garantizo que tomaremos las medidas necesarias para que esto no se repita —aseguró el trinchador.

A esta altura, yo me había envalentonado.

—Por cierto, espero que me reembolséis el precio de esta... amigable cena.

—Delo por hecho.

# Capítulo 26

## La peor pesadilla

Cuando llegué a casa, entré a oscuras en la habitación. Elena dormía, aunque parecía sobresaltada. Unas tímidas lágrimas se deslizaban por su rostro desde los párpados cerrados. Con la única luz que se colaba por la ventana que daba a la calle, me senté junto a ella en el filo de la cama, intentando despertarla suavemente de su sueño. Elena sudaba y se agitaba de un lado a otro. Puse mi diestra sobre su hombro, y susurrando su nombre la saqué del sueño. Elena abrió los ojos y se abrazó a mí. El hecho de sentir mi corazón latiendo junto al suyo, la tranquilizó. Despejé las lágrimas de su rostro conforme trataba de calmarla.

—Estoy bien, cariño. Ya estamos muy cerca de resolver este caso. No tienes que preocuparte.

Elena rompió a llorar muy angustiada. Tranquila, le dije a sabiendas de que no serviría de nada. Se abrazó a su ángel protector con todas sus fuerzas, Elena salió de su angustia para caer en otra aún peor cuando se percató de que iba de smoking.

—¿Qué haces así vestido?

—Tuve que alquilar este smoking porque forma parte de la investigación. No te preocupes.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Trabajando, Elena. Como siempre.

—Esa no es una contestación.

—Confía en mí. Es mejor que no sepas más de lo que sabes.

## Capítulo 27

### Di mi nombre y desapareceré

Dormimos abrazados. Cuando la luz del alba inundó la habitación, colándose a través de mis párpados, abrí los ojos. Elena continuaba dormida. Tratando de no despertarla, saqué mi brazo derecho de debajo de su cabeza. Salí de la cama completamente desnudo. Me puse unos vaqueros que había sobre una silla y un suéter oscuro que busqué en el armario. Cogí mi tres cuartos y fui abrochándomelo a medida de que iba saliendo del piso. Una vez en la calle, me calé el abrigo hasta la barbilla. Me puse un pitillo entre los labios y allí se quedó, apagado, ya que, de nuevo, no tenía con qué encenderlo. Tuve que esperar a subirme al Cherokee. Luego de la primer calada, puse el motor se pone en marcha y me incorporé a la circulación.

Me dirigía al restaurante Finca Salazar de la Costa del Sol, donde esperaba encontrarme con mi amigo Flores. Hice los doscientos treinta y dos kilómetros que separan la capital granadina de Casares en dos horas y treinta y siete minutos.

Eran las 10:37 a. m. cuando traspasé el arco blanco con setos a cada lado que hacía de portal de la finca. Circulé por el camino empedrado, atravesando los jardines que se extendían a ambos lados del camino, con palmeras centenarias y un cuidado manto de césped.

Una vez aparcado en el parquin de la finca, caminé hacia el restaurante. Seis columnas y dos arcos del mismo color blanco daban acceso al comedor. Aún era temprano. Los ayudantes de camareros estaban montando de la sala, acomodando mesas y sillas casi milimétricamente. Atravesé el comedor hasta llegar a la cocina. El equipo de Flores estaba concentrado en la

preelaboración del menú del día. Me dirigí al que me pareció más veterano.

—Buenos días. ¿Cuándo llega Flores?

—Pues, ya hace tres cuartos de hora que debía estar aquí.

—¿Es habitual que se retrase?

—No. Y lo más raro es que lo estoy llamando al móvil y lo tiene apagado.

—¿Y podría decirme dónde se aloja?

—Pues, no sé si debo. ¿Quién es usted?

—Un amigo, soy un amigo de Flores.

—Está bien. Así de paso, cuando lo vea le dice que se apresure, que tenemos que decidir los entrantes.

—Y se aloja en...—insistí.

—Ah, sí. Vive en un apartamento de Puerto Banus. En los jardines del puerto. Avenida José Banus nº 2, 2º derecha.

Anoté la dirección en una servilleta y me la guardé en un bolsillo de mi tres cuartos. A continuación, le entregué una tarjeta de visita al ayudante de Flores.

—Le voy a dar mi tarjeta, si viniera por aquí a lo largo de la mañana, le dice que me llame. Es muy importante.

—Está bien, lo haré.

Volví sobre mis pasos. Una vez en el Cherokee, encendí otro un pitillo.

Tardé cuarenta y cuatro minutos en recorrer los cuarenta y cinco kilómetros que hay de Casares a Puerto Banus por la Autovía del Mediterráneo. No me resultó difícil encontrar la avenida José Banus. Pronto di con el nº 2, donde supuestamente vivía Flores. Aparqué en la misma puerta. En la portería me encontré con un señor de unos cincuenta años, delgado y de pelo cano, vestido traje oscuro, camisa blanca y corbata también oscura.

Toqué con los nudillos en la ventanilla corredera. El portero dejó sobre la mesa el periódico deportivo que estaba leyendo, y abrió un lateral de la ventanilla.

—¿Qué desea el señor?

—Verá usted. Quisiera ver a un amigo que vive aquí en el segundo derecha.

—¿Flores?

—Sí.

—Pues, salió esta mañana muy temprano.

—¿Muy temprano? ¿Más temprano de lo habitual?

—Sí. Aún era de noche. Salió sobre las seis de la mañana.

—¿Salió solo?

—Sí. Pero en lugar de coger su coche, se montó en un monovolumen que, por lo visto, lo estaba esperando.

—¿Y no vería la matrícula, por casualidad?

—Pues, depende. Está usted haciendo muchas preguntas.

—¿Le parece bien cincuenta euros?

El portero los cogió y miró unos papeles que tenía sobre la mesa.

—Era un monovolumen negro. Matrícula 1936BLC. La conducían dos tipos trajeados.

—Muchas gracias por la información. ¿Será mucho pedir que me deje echar un vistazo al apartamento?

—Pues, eso depende.

—¿Le parecen bien otros cincuenta euros?

—Eso es allanamiento. Es un delito grave y me juego el puesto.

—¿Cien?

—No.

—Pues, usted dirá.

—No lo haré por menos de mil.

—¿¡Se ha vuelto usted loco!?! ¡No llevo esa cantidad encima!

Revisé mi cartera.

—Tengo quinientos.

—Acepto talones al portador. O si no, allí enfrente tiene un cajero automático.

—Es usted una sanguijuela.

—Si es tan importante para usted, tendrá que pagar por ello. No me la voy a jugar por cien míseros euros.

—Está bien, está bien. Ahora vuelvo.

En menos de diez minutos regresé a la portería con el dinero exigido por el portero. Este salió de su habitáculo y me acompañó hasta el apartamento de Flores. Una vez dentro, el portero cerró la puerta y me siguió. El apartamento era pequeño pero lujoso y muy luminoso. No sabía lo que buscaba, pero esperaba encontrar algo, quizá un mensaje de Flores explicando su ausencia. Eché un vistazo a la cocina sin encontrar nada relevante. Entonces me dirigí al salón, donde había una mesa de comedor con seis sillas, un mueble con la televisión y un par de sofás negros. Sobre la mesa, algo inesperado. De nuevo volvían a dejarme un regalo sobre un plato blanco y cuadrado: unos diez centímetros de lengua, presumiblemente de Flores, con restos de sangre fresca y una nota ensangrentada pinchada con un tenedor:

“Di mi nombre y desapareceré”

“Búscame y me encontraras”

Repasé ventanas y puertas exteriores buscando alguna que hubiese sido forzada. Todo estaba en perfectas condiciones, lo que me llevó pensar que tenían un juego de llaves y que entraron por la puerta principal. Miré al portero.

—¿Vino alguien más esta mañana interesado en entrar en el

apartamento de Flores?

El portero titubeó antes de contestar.

—Pues, sí. Vino temprano, calculo que sobre las ocho y media de la mañana.

—¿Y le dio las llaves?

—Sí.

—¿Entró con él?

—No, insistió en que no era necesario. A los cinco minutos, me devolvió las llaves en la portería.

—Ajá, entiendo entonces que se ha sacado un buen sobresueldo.

No pudo evitar sonreír antes de contestar.

—No es lo habitual, pero sí, hoy sí.

—Voy a tener que llamar a la policía. Hay que explicarlo todo tal y como ha sucedido.

—No le diga lo de las llaves, por favor.

—Lo siento, pero no me queda de otra.

—Perderé el trabajo.

—Pues, aplíquese el cuento.

Al otro lado del teléfono, me atendió el inspector Mejía.

—Hombre, Carcosa, ¿qué tal?

—Estoy en Puerto Banus siguiendo una pista y necesito que vengas.

—¿Qué ha pasado?

—Di con el cocinero de las chicas, y ahora mismo estoy en su apartamento. Tengo delante de mí, en un plato, la que presumiblemente sea su lengua y otra nota.

—¿Presumiblemente?

—Sí. En principio no hay cuerpo. Solo la lengua.

—Entiendo. Voy para allá. Calculo que tardaré un par de horas.

—Está bien. Aquí te espero. Es en avenida José Banus nº 2. Verás mi coche en la puerta.

Tras colgar, me quedé mirando la nota e intentando averiguar su significado. “Búscame y me encontraras” era una clara amenaza, ya lo sabía, pero “Di mi nombre y desapareceré”, ¿qué significado tenía la unión de las dos frases? Por otro lado, al parecer, Flores había subido voluntariamente al monovolumen, que además, según la matrícula, era el mismo que usaron para raptar a Bruno en las puertas de la Catedral granadina. Si subió voluntariamente, como parecía ser, ¿había sido engañado por sus raptores? ¿Era gente de la que él creía que se podía fiar? En cualquier caso, Flores subió a ese vehículo y ahora se encontraba en paradero desconocido. Y teníamos una lengua, probablemente suya, y otra nota que más bien era un acertijo. Mi cabeza intentaba darle un significado a esas dos frases antes de que llegara el inspector Mejía. Di vueltas alrededor de la mesa sin parar de mirar la nota clavada en la lengua. ¿Cómo podía decir el nombre de alguien que ni siquiera sabía quién era? ¿Qué nombre sería ese? ¿Sería Kronos? También podía ser la cabeza pensante de la organización, según pude averiguar durante la cena. Pero este tal Kronos tenía un nombre real, que según el reloj de su muñeca, podría ser Máximo Valverde, presidente de Transvalsa. Mientras daba vueltas alrededor de la mesa, mirando al suelo con las manos sobre mi cabeza, el portero permanecía sentado en una de las sillas, observándome atónito y en silencio, como si yo fuera un loco hablando entre lenguas conmigo mismo.

—Di mi nombre y desapareceré.

El portero metió baza.

—El silencio.

—¿Cómo? —Su baza me interesó.

—Es un acertijo, una adivinanza. Di mi nombre y desapareceré. El

silencio, la solución es el silencio.

—Ajá, claro. Pero ¿qué sentido tiene? El silencio, qué quiere que entienda con eso.

—Es usted el detective, yo solo soy aficionado a las adivinanzas.

—Di mi nombre y desapareceré, el silencio. Silencio, me está diciendo que guarde silencio y desaparecerá, o sea, que dejará de matar si no digo lo que sé, pero que si lo busco, lo encontraré. O sea, que si sigo con la investigación, no solo seguirá matando, sino que me amenaza a mí, directamente. Ajá, parece que lo entiendo.

A las 14:00 p. m. golpearon la puerta. El portero se levantó para ir a abrir. Era el inspector Mejía. Lo vi venir hacia mí. Yo estaba de pie, con los brazos cruzados frente al plato de mal gusto. El inspector, que me saludó con un gesto imperceptible, se acercó a la mesa y leyó la nota en voz alta.

—Di mi nombre y desapareceré, búscame y me encontraras. ¿Qué significa esto?

Le expliqué con lujo de detalles la conclusión que había llegado respecto a las dos frases.

—¿Y qué es lo que sabes que no debes decir? ¿Acaso sabes algo que yo no sepa?

No podía decirle que había asistido a la cena, así es que me limité a contarle mi relación con Flores.

—No, pero ellos deben creer que sí. Resulta que el cocinero de las chicas era un tal Flores, que trabajaba en el restaurante de la Finca Salazar. Casualmente, lo conozco porque pasamos un año juntos, haciendo la prestación social en la Cruz Roja. Hace unos días me mandó un correo electrónico, al parecer, leyó en la prensa lo de mi detención. Hace un par de días fui con Elena a comer al restaurante. Nos saludamos y me advirtió que dejara el caso. El sabía de mí, y me confesó que era el cocinero de las chicas

y que, por supuesto, lo hacía por dinero, por mucho dinero. Ellos han debido de saber de nuestra relación y le han ajustado las cuentas. Probablemente, a estas alturas estará en el fondo del mar.

—¿Y por dónde entraron para dejar la lengua y la nota?

—Por la puerta principal —respondí—. Debieron de cogerle las llaves a Flores. —El portero y yo manteníamos una sonrisa de complicidad, ya que decidí no involucrarlo.

—Debemos buscar algo que contenga el ADN de Flores para cotejarlo con el de la lengua.

—¿Un cepillo de dientes?

—Sería ideal —respondió el inspector.

En ese mismo instante, llegaron los de la científica. Mejía le comentó lo del cepillo. Nosotros nos encargamos, dijo una joven que venía con el equipo. Luego de hablar un rato con los de la científica, y con más dudas que certezas, nos marchamos de Puerto Banus en dirección a Granada, cada cual en su vehículo. Escuchando la guitarra de Santana, me preguntaba si debería hacer caso a la advertencia, si realmente así cesarían las muertes de las inocentes chicas, aunque fuera con el caso sin resolver. Pero, por otro lado, pensaba que no debía fiarme de la palabra de semejante perturbado, y que debían pagar por sus crímenes, tanto él como sus colaboradores. En ese momento sonó mi móvil. Puse el manoslibres y Santana dejó de oírse durante el breve momento que duró la conversación. Era el inspector Mejía, que circulaba delante de mí.

—Dime, Mejía.

—Otra chica, me acaban de comunicar que ha aparecido otra chica.

—¿Dónde?

—Se están relajando, ya no se molestan en dejarlas lejos de aquí. La encontraron los empleados de limpieza en un contenedor de Otura.

—¿En las mismas condiciones que las anteriores?

—Sí, pero con la diferencia de que han dejado un táper cerrado y a tu atención.

—¿Qué?

—Lo que te acabo de decir.

—¿Y qué hay dentro?

—No lo han abierto, esperarán que tú llegues.

—Entiendo. Pues, nos vemos en Otura.

# Capítulo 28

## Otura y el pecado de la gula

Llegamos a Otura sobre las cinco de la tarde, luego de más de dos horas en la A7, tiempo más que suficiente para reflexionar. Flores había muerto por mi culpa. Si hubiese avisado a Mejía lo de la cena, se habría organizado una redada y el caso estaría resuelto, o casi resuelto. Flores estaría en la cárcel, es verdad, pero vivo. Intenté convencerme que lo hice por proteger a Flores, pero no era así, solo fue una excusa. La verdad es aún me dolía no estar en el cuerpo de policía y que quería demostrar que aún era bueno como investigador, y estaba usando el caso para ello, para demostrarle al mundo que el inspector Carcosa había vuelto. O te apartas o colaboras, me dije, pero esto no puede seguir así.

Cuando bajé del Cherokee, vi que el cordón policial seguía en activo, con varios cientos de curiosos agolpándose, como era habitual en estos casos. Gente muy “normal” que querían satisfacer sus más ocultos deseos de morbo, a pesar del aguacero que estaba cayendo. Tanto el inspector como yo tuvimos que abrirnos paso entre la multitud, hasta traspasar el cordón policial. Una vez dentro la zona acordonada, de apenas unos veinte metros cuadrados, nos encontramos con un par de agentes custodiando la zona, dos contenedores verdes ya vaciados y un par de bolsas negras de basura donde, seguramente, estaría la chica desmembrada, todo sobre la tierra húmeda por el temporal. Tras echar un rápido vistazo al interior de las bolsas, no pude evitar las ganas de vomitar, y las de llorar. De alguna manera, yo también había participado en tan dantesca experiencia. Me quedé semiflexionado, a escasos metros de las bolsas, mientras el inspector intentaba calmarme echándome un brazo por

encima. Reaccioné incorporándome y secando mis lágrimas con el puño de la tres cuartos.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? —preguntó el inspector.

—Sí, sí, mejor, estoy mejor.

—Tendrías que estar más que acostumbrado a esto, ¿no?

—Ya, ya sé, no sé lo que me ha pasado.

Una vez que hubo comprobado que me encontraba mejor, el inspector Mejía se acercó a uno de los agentes, que estaba empapado por lluvia.

—¿Llegó ya la forense?

—Ya se marchó. Esperamos al juez Garrido para el levantamiento del cadáver.

Al oír la conversación, miré al inspector.

—Yo debería marcharme antes de que llegue. De todas formas, no me encuentro muy bien.

—¿Podrás conducir?

—Sí, no te preocupes, solo voy a dar un paseo por el pueblo y vuelvo.

—Como quieras.

—Sí, no te preocupes. Hasta luego.

Tenía muy claro a dónde dirigirme, pero no dije nada a Mejía porque tendría que darle más explicaciones de las que me apetecían en ese momento. Salí del cordón policial abriéndome paso de entre la gente. Me alejé de la zona pisando el barro hasta llegar a las puertas de La Casa del Colono. Una vez allí, atravesé la zona de aparcamientos hasta llegar a la puerta de la casa. Estaba abierta, así es que la empujé suavemente hasta abrirla del todo y entré. Una chica tras un mostrador atendió mi llegada.

—¿Qué desea, señor?

—Quisiera hablar con el gerente.

—¿De parte de quién?

—Dígale que el detective Carcosa quiere hablar con él.

Según la placa de identificación que colgaba sobre su pecho, Susana era el nombre de la chica. Luego de mantener unas breves palabras por teléfono, supuse que con el gerente, me pidió que la acompañara. Ella se adelantó unos pasos y yo la seguí a corta distancia. Atravesamos el salón donde tuvo lugar la cena la noche anterior. Me quedé mirando, de entre todas, la mesa donde habíamos cenado. Una vez atravesado el salón, subimos una amplia y lujosa escalera de mármol blanco, igual que el de las columnas. Tras treinta y nueve escalones, me tomé el trabajo de contarlos, y continuamos caminando por un largo y amplio pasillo. Justo al final había una puerta doble de lujosa madera tallada. Susana posó sus manos en los pomos y las abrió en abanico. Se apartó un poco, gesto que agradecí con una media sonrisa, y me adentré en la oficina, también acabada en lujoso mármol y madera tallada. El gerente, que estaba sentado tras su mesa, hizo girar su asiento para verme llegar, dejando entonces de contemplar la fabulosa vista de Sierra Nevada que ofrecía desde el ventanal situado a su espalda. Una vez frente a frente, el gerente se interesó por mi visita.

—¿Qué desea, detective? ¿En qué puedo ayudarle?

—Se trata de la cena que tuvo lugar aquí anoche.

—¿Qué desea saber?

—Imagino que tendría que extender una factura por el alquiler de la casa.

—Verá, no debería decírselo, pero a veces trabajamos en negro, sobre todo con determinados clientes. Buenos clientes.

—Entiendo. Entonces, el pago se realizó en efectivo.

—Sí, así es.

—¿Y no dispone de ningún dato sobre quién le alquiló la casa?

—Cuando pagan así de bien, están pagando también por la discreción.

Y ya le estoy diciendo demasiado.

—Pero alguien tendría que venir a apalabrar la casa y a efectuar el pago.

—La casa se apalabró por teléfono.

—¿Y no dispone del teléfono desde el que le llamaron?

—Habían ocultado el número.

—¿Y quién vino a efectuar el pago?

—De eso se encargó mi secretario.

—Pues, me gustaría hablar con su secretario.

—Está bien. Pero él no le va a decir más de lo que le estoy diciendo yo.

El gerente pulsó uno de los botones del interfono y le pidió a un tal Raimundo que viniera a su despacho. Tras breves momentos, se abrió una puerta situada a la derecha del gerente y apareció un chico alto, delgado y de apariencia andrógina que, con cuidados modales, miró a su jefe y después a mí. Se quedó de pie entre ambos.

—Mire, Raimundo, necesito saber cuándo, cómo, dónde y quién efectuó el pago del alquiler de la casa para la cena que tuvo lugar anoche.

—Siento decirle que no vi el rostro del tipo en ningún momento. Me llamó al móvil desde un número oculto y me dijo que estaba en recepción con el dinero. Entonces, bajé a su encuentro, pero se trataba de un motorista que no se quitó el casco en los breves momentos que tardé en contar el dinero. Le di las llaves y le expliqué dónde podían y dónde no podían entrar. Entonces se marchó.

—¿Y cuánto cobraron por ese alquiler?

—No acostumbro a hablar de dinero—se adelantó a decir el gerente.

—Al menos contésteme si era la primera vez que se ponían en contacto con ustedes o si ya lo habían hecho con anterioridad.

—Esta ha sido la única vez. Ojalá tuviéramos una cena como esta todas las semanas —dijo el gerente entre sonrisas. Le repliqué.

—Para que triunfe el mal, solo es necesario que los hombres de bien no hagan nada.

—Pero, Dios Santo. ¿Qué pasó anoche?

—No puedo decírselo. Lo que sí puedo decirles es que si vuelven a ponerse en contacto con ustedes, me lo hagan saber.

Salí de allí igual que había entrado. Estos individuos parecían no dejar rastro de su presencia por donde quiera que pasaran, exceptuando el reguero de cadáveres que iban dejando a su paso. Volví caminando hasta el lugar donde habían aparecido las bolsas negras con la chica desmembrada. El cordón policial estaba siendo desmantelado, los curiosos se habían marchado y el inspector tampoco se encontraba allí. La lluvia dejaba paso a una llovizna. Con los brazos cruzados sobre mi pecho, permanecí de pie observando el lugar del hallazgo. La mezcla de rabia y frustración recorría mi cuerpo, se reflejaba en las lágrimas que se deslizaban por mi cara. Uno de los agentes que aún quedan en el lugar se acercó a mí.

—¿Detective Carcosa? —me preguntó.

—Sí.

—El inspector Mejía me dejó dicho que le entregara esto.

Dentro de una bolsa de la Policía Científica y completamente precintado con cinta transparente, el táper pasó de las manos del agente a las mías. Lo miré con curiosidad.

—Señor Carcosa, el inspector dijo que mañana a primera hora se lo devolviera, que es una prueba. Ah, y que tuviera cuidado al manipularlo.

Caminé hacia el Cherokee secándome las lágrimas con la mano libre. Puse el táper al trasluz, pero no aprecié ningún detalle. Ya en el interior del coche, a punto de despegar la cinta adhesiva, miré por el espejo retrovisor

izquierdo y vi acercarse una custom a lo lejos. Me pareció que me hacía ráfagas con las luces. Dejé mi cometido. Puse el táper sobre el asiento del copiloto y esperé su llegada. La moto paró junto a mi ventanilla izquierda. Bajé el cristal. El motorista se quitó el casco. Era el andrógino. Paró la moto y, sin apearse, se dirigió a mí como interesándose por mi estado.

—¿Cómo está, detective?

—Bien, Raimundo. Todo lo bien que se puede estar después de lo sucedido.

—¿Conocía a la chica? ¿Tiene algo que ver con la cena de anoche?

—No, no la conocía.

—Ha sido un duro palo para un pueblo como este. Pero ¿qué tiene que ver la chica con la cena de anoche?

—No puedo decírselo. Pero imagino que no ha venido en mi busca para preguntarme eso, ¿no?

—No, claro que no. Es que delante del jefe no he querido hablar más de la cuenta.

—¿Y qué tienes que decir?

—Vera usted. El fulano aquel, el motorista, me llamó este mediodía para que almorzáramos juntos. Debió darle morbo mi aspecto. Y yo, pues, acepté. Me gusta hablar con gente de fuera. ¿Sabe usted?

—Sí, claro, entiendo. Pero ¿por qué me cuenta esto?

—Usted busca el rastro de esta persona, ¿no?

—Sí, así es.

—Pues, almorzamos en el Suspiro del Moro y pagó él, con tarjeta. Con una VISA oro. Sus datos deben tenerlos en el restaurante.

—Muchas gracias. Raimundo. No sé cómo podré agradecerle esto.

Mis labios dibujaron una sonrisa que más bien parecía una mueca. El andrógino me correspondió de igual modo. Se puso el casco, dio media vuelta

y se marchó por donde vino, levantando el barro del camino con la rueda trasera. Arranqué y metí primera, directo al restaurante del Suspiro del Moro. Un brote verde parecía aflorar en la línea de investigación. Si verdaderamente pagó con tarjeta, allí debían de figurar sus datos.

## Capítulo 29

### El Suspiro del Moro

De la misma manera que Boabdil, al llegar allí, al Suspiro del Moro, contemplé la capital granadina, desde donde también se divisa la ciudad de la Alhambra. Suspiré y rompí a llorar por las batallas perdidas que suponían cada una de las muertes en el que yo consideraba mi reino. Cuando me sentí más relajado, respiré hondo y, volviendo a despejar las lágrimas de mi rostro, subí los doce peldaños rojizos del restaurante, situado en lo más alto de la colina. Una vez arriba, alcé la mirada y contemplé por un instante la torre de piedra donde, en letras en relieve, se podía leer Suspiro del Moro, mientras la llovizna mojaba mi rostro. Solo entonces traspasé la puerta acristalada y entré al restaurante. Son las 18:50 p. m. y los camareros estaban montando las mesas para la cena. Fui directo a la barra y pregunté por el encargado. Un chico joven y moreno, de pelo rizado, que se encontraba tras la barra, dio una voz hacia a la cocina. Un señor de unos cincuenta años, gordo, salió por la doble puerta con cristales redondos a la altura de los ojos.

—¿Qué demonios quieres?! —preguntó al joven

—Aquí hay alguien que pregunta por usted.

Me presenté alargándole mi mano derecha para estrechar la suya.

—Soy el detective Carcosa, y estoy investigando las muertes de las chicas. Al parecer, uno de los implicados comió aquí a mediodía y pagó con tarjeta. Concretamente con una VISA oro. Necesitaría que comprobara los pagos realizados con VISA oro, y me facilitara los datos del sujeto.

—Los resguardos no indican qué tipo de tarjeta es, ni siquiera el titular, solo los últimos cuatro dígitos de la tarjeta. Al menos en los nuestros.

—¿Cómo? —dije sorprendido. El encargado paseó su voluminoso cuerpo hasta la caja registradora, situada a tan solo unos pasos, abrió el cajón y tiró sobre el mostrador dos voluminosos puñados de resguardos.

—Revíselos, ahí los tiene, Como usted es... detective, ¿no?, Yo qué sé, igual descubre cosas que yo no sé.

Salí del restaurante desconcertado, y avergonzado. Ni nombres ni apellidos. Nada. Volvía al punto de partida, y sin ninguna novedad que me ayudase a esclarecer un poco el turbio caso en el que andaba metido. Excepto el reloj. El reloj que lucía uno de los comensales parecía ser el mismo que había visto en la muñeca del señor Valverde. Ya era demasiado tarde, y además domingo, pero, al día siguiente, lo primero sería volver a entrevistarme con Valverde.

De nuevo en mi vehículo, y a salvo de la lluvia, me disponía a arrancar cuando, de reojo, vi el táper en el asiento contiguo. Lo cogí. No pesaba, como si estuviera vacío. Lo coloqué sobre mis rodillas y saqué unos guantes de la gaveta. Me los puse y terminé de quitarle la cinta adhesiva. En su interior había una nota.

“¿Pensabas que te había guardado tu ración? Pues no, no será hoy, ni quizá mañana, pero tu ración llegará de la mujer amada.”

“Si quieres que te siga el can, dale pan.”

“Si quieres que te siga la mujer, el ego has de hacerle crecer, para en tu plato poderla tener.”

Al parecer, así es como funcionaba la organización, valiéndose de jóvenes posiblemente acomplexadas, a las cuales les prometían un futuro de flashes, protagonismo, dinero, glamur y todo lo que acompaña a una modelo, incluso de tallas grandes. Y así es como se hicieron con Mari Cruz, con Irene. Aunque, al parecer, no fue así con Anita, y, por último con esta última chica de identidad aún desconocida.

Pero ¿qué querría decir con lo de “tu ración llegará de la mujer amada”? ¿Acaso era otra provocación, otra amenaza? ¿Estaba mi mujer en peligro? Pensé que no, ya que para ello deberían de alimentar su ego, algo a lo que Elena no le daba la menor importancia. Jamás caería en las garras de estos depredadores. Elena era una mujer sencilla, que no apreciaba la fama, ni el glamur, ni el dinero, ni nada con lo que estos alimentaban a sus víctimas para posteriormente sacrificarlas como a corderos.

# Capítulo 30

## Tras los pasos del reloj

Después del día de lluvia, el siguiente amaneció radiante. Con un sol que me hacía entrecerrar los ojos mientras iba al volante del Cherokee, circulaba con más precaución de lo habitual. Pronto llegué a un tramo de sombra y pude abrir los ojos vivazmente.

Mi objetivo del día era entrevistarme con el señor Valverde en las oficinas de Transvalsa. Pero antes debía devolverle el táper a Mejías. Lo llamé y quedamos en una esquina a las afueras de Granada. Cruzamos muy pocas palabras. Ni siquiera me bajé del coche. Me preguntó cómo estaba y le dije que inquieto por la nota, y que no se preocupara, que había usado guantes. Me disculpé y seguí mi itinerario. Minutos más tarde, entraba en los aparcamientos de Transvalsa. Aparqué y bajé del vehículo.

Cuando llegué a las oficinas del señor Valverde, la secretaria estaba de espaldas a mí, colocando unas carpetas archivadoras en la estantería que había tras su mesa.

—¿Señorita?

—¿Sí? —dijo girándose hacia mí.

—Desearía ver al señor Valverde.

—Le anuncio.

La secretaria pulsó el botón del interfono y le anunció a su jefe que yo deseaba verlo de nuevo. Al momento, las puertas correderas se abrieron y el señor Valverde me invitó a pasar con un ademán extrañamente gentil. Pasamos al interior de la oficina y el señor Valverde volvió a cerrar las puertas. Fue hasta la barra del bar, terminó de remover un vasito de agua con bicarbonato

que se bebió de un sorbo conforme se sentaba en un taburete. Hice lo mismo en el de al lado. Advertí que no lucía su reloj Vacheron Constantin Tuor de L'île, pero preferí no entrar de lleno en ese tema y encaminar la conversación hacia la última chica aparecida.

—Pues, usted dirá, señor Carcosa. ¿En qué puedo ayudarle esta vez?

Examino los gestos del señor Valverde en busca de algo que lo delate.

—Imagino que sabrá que ha aparecido otra chica.

—Pues, no, no lo sabía.

—¿Es que acaso no lee la prensa?

—Sí que la leo, pero aún no me han traído la prensa de hoy.

—¿Y la Casa del Colono? ¿No le dice nada?

—¿Acaso debía de decirme algo?

Continué preguntando sin atender la pregunta del señor Valverde.

—¿Y las palabras “lubina salvaje”?

—Mire, señor Carcosa, no estoy para adivinanzas. Así que haga el favor de ir al grano.

—Di mi nombre y desapareceré. ¿Tampoco le dice nada?

—Oiga, de las tres conversaciones que hemos mantenido, sin duda esta es la más extraña, pero con diferencia. No me dice nada todo lo que está diciendo.

O Valverde estaba diciendo la verdad o, por el contrario, estaba más que acostumbrado a ocultar los gestos espontáneos de su rostro, que son los que terminan por delatar a un culpable. Su rostro permanecía con la misma expresión, le hiciera la pregunta que le hiciera. No percibí en él ningún signo de ocultación. Parecía decir la verdad, pero su voz, en cambio, me resultaba, sino igual, al menos muy parecida a la del trinchador de la noche de la cena. Decidí preguntar por su reloj.

—¿Y su reloj? ¿Qué ha sido de su reloj?

—¿Mi reloj? ¿Qué reloj?

—No irá a decirme que tampoco le dice nada un reloj que debió de costarle alrededor de millón y medio.

—Ah, sí. El Vacheron. Fue un regalo de un empresario ruso.

—¿Y qué ha sido de él? Veo que no lo lleva puesto.

—Lo perdí durante una partida de cartas.

—¿Es usted jugador?

—Bueno, juego de vez en cuando.

—Pero juega fuerte, por lo que veo.

—Hay quien juega más fuerte.

—¿Y cuando lo perdió?

—Pues, hará tres o cuatro días.

—¿Y dónde juegan esas partidas?

—En casa. Cada semana jugamos en casa de uno.

Lo acababa de coger en un embuste.

—Me termina de decir que solo juega de vez en cuando. ¿En qué quedamos? ¿Juega de vez en cuando o juega todas las semanas?

—¡Pero, bueno! ¡¿De qué coño va esto?! ¡¿Qué más dará si juego poco o mucho?! ¡Es mi vida y mi dinero!

El señor Valverde se levantó del taburete y señaló la puerta de salida. Permanecí sentado.

—Señor Carcosa, tengo mucho que hacer.

—Ya no le robaré más tiempo. Solo una pregunta más. ¿Quién le ganó el reloj?

—No acostumbro a hablar de los compañeros de juego, es un código fraternal.

—Ajá, entiendo.

Salí de la oficina de Valverde con la intuición de que el reloj no lo

había perdido en una partida de cartas, como él aseguraba. Aunque, si fuera así, quien fuera que le hubiera ganado el reloj podría ser el trinchador. De camino al Cherokee, pensaba que tal vez el reloj podría estar en cualquier rincón de La Casa del Colono, quizá extraviado por alguna extraña razón. Ya en el vehículo, y antes de partir, hice dos llamadas. La primera de ellas a la señora Gertrudis. Ella debía saber qué día tocaba la partida en su casa. La segunda al inspector Mejía. Era hora de hablarle de “La Casa del Colono”, y de lo que debían buscar allí. La señora Gertrudis cogió el teléfono como si estuviera pendiente de mi llamada.

—¿Sí?

—Soy el detective Carcosa.

—Sí. Usted dirá. ¿Hay alguna novedad?

—Pues, por el momento, nada en concreto. Pero debe echarme una mano en un asunto relacionado.

—Usted dirá.

—Acabo de entrevistarme con su marido. Me ha dicho que acostumbra a jugar a las cartas. Y necesitaría saber qué día toca jugar en su casa.

—Pues, sí. Vienen varios de sus amigos, y aquí se reúnen el primer martes de cada mes.

—Eso es mañana, si no me equivoco. El primer martes de marzo.

—Tiene usted razón. Mañana toca.

—He de ir a su casa, señora Gertrudis. Hay que hacer unos preparativos para mañana y necesitaré su consentimiento.

—¿De qué se trata?

Le expliqué con todo detalle mi plan para el día siguiente, cuyo último fin era confirmar o descartar quién era el nuevo dueño del extraordinario reloj de Valverde. A continuación, con mi iPhone, descargué de Internet la fotografía de un Vacheron Constantin del mismo modelo del señor Valverde y se la envié

al inspector Mejía por Whatsapp. A continuación, llamé al inspector.

—Dime, Carcosa.

—¿Has recibido la fotografía que te acabo de mandar?

—Sí, un reloj. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Debes pedir una orden de registro para “La Casa del Colono” y buscar un reloj igual a ese. Creo que alguien lo extravió la noche de la cena.

—¿Y cómo sabes que la cena fue en “La Casa del Colono”? ¿Acaso me ocultas información?

—Si te ocultara información, no te estaría contando esto. Registrad la casa palmo a palmo, tanto el interior como el aparcamiento, los jardines y los alrededores. No dejéis una piedra sin levantar.

—Está bien, pediré esa orden.

Al día siguiente, las dos operaciones se realizaron de forma paralela. Por un lado, el inspector Mejía y varios de sus hombres peinaron por completo “La Casa del Colono”, frente a la reiterada oposición del gerente, que no tuvo más remedio que ceder ante la orden judicial que le presentó el inspector. Por otro lado, yo ultimé los preparativos de vigilancia en casa de la señora Gertrudis, con cuya conformidad instalé una minicámara cenital sobre la mesa de juego, ubicada en una de las habitaciones del sótano, además de un micrófono bajo la misma mesa. Aguardé pacientemente a que llegasen los jugadores, acomodado en una habitación contigua en la cual instalé un pequeño monitor en el cual podía ver la mesa y los jugadores, además de una grabadora de audio DAT que me permitía oír con claridad el transcurso de la partida. El primero en llegar, sobre las 18:00, fue el señor Valverde, que tomó asiento en una de las cuatro sillas libres. Poco después reconocí al señor Sebastián, gerente del matadero, el cual se sentó frente a Valverde. Un tercer jugador desconocido se ubicó entre ambos, y, por último, apareció el señor Barbosa. Jugaban fuerte. Sobre la mesa, cada uno puso su taco de billetes de

quinientos euros, que llevaban en sus respectivos maletines. El desconocido barajó y repartió las cartas. Me fijé en sus muñecas. Lucía un buen reloj, aparentemente de oro, pero no era el Vacheron de Valverde. Conforme avanzaba la partida, pude observar las muñecas de los demás. Todos lucían buenos relojes, pero ninguno el de Valverde, quien, curiosamente, no llevaba reloj. La partida se alargó hasta altas horas de la madrugada, que aguanté tomando café solo y muy cargado. Ellos esnifaban cocaína, El ángulo de la cámara no cubría la parte de la mesa donde la tenían y la esnifaban, pero podía oír perfectamente cómo la absorbían, y distinguir los gestos claramente encocados

Paralelamente a la partida, el registro de “La Casa del Colono” se estaba realizando minuciosamente. Según supe por el inspector, se dividieron en grupos de dos, con Mejía al mando de los cuatro grupos. El primer grupo se encargó del registro a fondo de la casa; el segundo rastreó palmo a palmo los jardines; el tercero inspeccionó el aparcamiento, y el cuarto, los alrededores. Llevaban todo el día sin resultados hasta que, sobre las 23:00, y a punto de dar por finalizada la batida, el inspector Mejía, casi por casualidad, mientras conversaba con el gerente al pie de la escalera, vio el reloj en su muñeca .

—¿Me permite ver su reloj? —dijo Mejía muy amablemente.

—Claro, cómo no.

El gerente se levantó los puños de la chaqueta y la camisa, y el reloj quedó al descubierto, reluciente en su muñeca izquierda.

—¿Es suyo?

—Claro, ¿de quién va a ser si no?

—Pues, si es suyo, está metido en un buen lio.

—¿Lio? ¿Qué lio?

—Ese reloj pertenece a uno de los comensales que cenaron aquí la otra noche, y tiene que ver con la chica encontrada en el contenedor. Si es suyo, es

que asistió a la cena.

—No, no, para nada. Yo no asistí a esa cena. Solo alquilé la casa.

—¿Y cómo es que tiene el reloj, entonces?

—En la cocina, lo encontré en el suelo de la cocina.

—¿Y nadie lo reclamó?

—Hasta el momento, no. Cuando lo reclamen...

—Pues, tendrá que declarar dónde lo encontró. Y ahora, si es tan amable, deposítelo en la bolsa.

El inspector Mejía abrió la bolsa y el gerente, tras quitárselo, depositó el reloj en su interior. Mejía cerró la bolsa herméticamente y dio por terminada la búsqueda. El gerente se quedó con gesto de preocupación.

Al día siguiente, tomé el primer café matinal en mi oficina de Fuente Nueva, mientras esperaba la llegada del inspector, que, de forma anecdótica, esa vez llegó tarde a su cita. Mientras esperaba, revisé el correo electrónico. Había una respuesta de Primer Plano al envío que habíamos hecho de un currículum falso. Tan solo una palabra: Devalagnia. Introduje la palabra en el buscador de Google y solo aparecía un resultado: Excitación por sentirse un ser superior. Estaba claro que no habían picado el anzuelo y que había un fondo sexual en todo esto, algo que hasta ahora habíamos descartado. Una vez frente a frente, el inspector me explicó cómo, dónde y por quién fue encontrado el reloj de Valverde. Mientras lo escuchaba, una hipótesis iba formándose en mi cabeza. Cuando Mejía acabó, se la expuse. Según mi idea, la misma noche de la cena, el trinchador, presumiblemente el señor Valverde, consiguió averiguar que Flores, el cocinero, había contactado conmigo. Entonces, Valverde fue a la cocina, forcejeó con Flores y perdió el reloj en la disputa, sin percatarse de ello. Más tarde, el gerente de “La Casa del Colono” encontraría el reloj. Pero, suponiendo que la hipótesis fuera cierta, ¿cómo averiguó el señor Valverde tan rápidamente lo que había hecho Flores? ¿Es

posible que el trinchador, supuestamente el señor Valverde, supiera eso? Mejía dijo que mi hipótesis era una mierda, que todas las hipótesis eran una mierda, que las chicas seguían cayendo como moscas, pero que, en cualquier caso, y esta vez juntos, valía la pena que el inspector y yo fuéramos a entrevistarnos de nuevo con el señor Valverde. Tendría que darnos una explicación sobre como apareció su reloj en la cocina de “La Casa del Colono”.

—Sería bueno llevar el reloj, a ver qué dice cuando si se lo ponemos en sus narices —sugerí.

—Yo me encargo —dijo Mejía—. No creo que me pongan objeciones.

El siguiente paso sería ver si en el registro de la casa aparecieron restos de sangre de la chica. Eso situaría en el mismo escenario a la víctima a uno de los comensales: el propietario del reloj.

# Capítulo 31

## Las vueltas del reloj

Tras generar la hipótesis bajo los efectos del café humeante, el inspector y yo abandonamos mi oficina para dirigirnos a las de Transvalsa, con la esperanza de que Valverde nos diera alguna explicación creíble. La noche sin dormir en casa de la señora Gertrudis había hecho mella en mí y en mis reflejos, y por ello le pedí al inspector que condujera el Cherokee hasta Transvalsa. Arrancó el coche mientras yo buscaba «Black Magic Woman», de Santana, en el pendrive que tenía en el radio CD. Normalmente oía lo primero que salía, pero esa vez elegí uno de mis temas favoritos, que comenzó a oírse justo cuando nos incorporábamos a la circulación. Me puse las gafas de sol, parecía que esa mañana el sol tuviese más energías. Mientras el inspector conducía, yo realizaba punteos imaginarios en una guitarra igual de imaginaria. El trayecto lo hicimos en silencio, yo absorto en la música y el inspector en la circulación.

Tras treinta minutos y varios temas de Santana, llegamos a las instalaciones de Transvalsa. El inspector aparcó y vuelta a hacer el recorrido hasta la quinta planta, sensación de mareo en el ascensor incluida. El inspector mostró su identificación.

—Venimos a ver al señor Valverde.

—Está bien. Los anuncio.

La secretaria pulsó el botón del interfono, nos anunció y enseguida abrieron las puertas del despacho. Valverde nos indicó que pasemos. Tomó asiento tras su mesa y nos pidió que cerráramos al entrar. Me senté frente a Valverde mientras el inspector terminaba de cerrar las puertas. Luego se sentó

junto a mí. Valverde se retrepó en su sillón y abrió las palmas de sus manos.

—Bueno, ustedes dirán. ¿En qué puedo ayudarles hoy?

Nos miramos durante un instante para decidir quién comenzaría a hablar. Finalmente, el inspector hizo un gesto con la cabeza para indicarme que comenzara yo. El inspector puso sobre la mesa la bolsa de pruebas con el reloj. Valverde se quedó perplejo. Deslicé la bolsa hacia Valverde y comencé mi ataque verbal.

—¿Reconoce este reloj?

—Sí, claro, pero ¿cómo demonios ha llegado a sus manos?

—Explíquenoslo usted.

—Ya le dije que lo perdí en una partida de cartas.

—Es cierto que lo perdió, pero no en una partida de cartas, sino más bien en la cocina de La Casa del Colono...

—¡Ya le dije que no sé nada de esa casa!

—Pero su reloj ha aparecido allí, en la cocina. ¿Cómo explica eso?

—No tengo ni idea, no lo sé. No sé cómo demonios ha ido a parar allí.

—Pues, yo tengo una hipótesis. Usted averiguó que Flores, el cocinero, desveló la contraseña para que un extraño pudiera entrar en la cena. Se cabreó tanto que fue a la cocina, donde estaba Flores, y la emprendió a golpes con él. Su estado anímico era tal que no se dio ni cuenta de que el reloj se le cayó en la disputa. Y allí se quedó hasta que lo encontramos nosotros. Y una vez que encontremos restos de ADN de la víctima, este reloj lo sitúa en el escenario de un crimen.

—No tengo ni idea de lo que me hablan. No conozco La Casa del Colono, no sé quién es ese tal Flores, y no tengo ni idea de cómo mi reloj pudo llegar allí. Yo lo perdí en una partida.

—Pues, ya está tardando en decirnos quién fue el afortunado que ganó el reloj.

—Fue San Pedro, Laureano San Pedro, un mayorista de mariscos afincado en Asturias. De vez en cuando viene por negocios y se une a una partida.

—¿Y dónde podemos encontrarlo?

—Tengo su teléfono.

Valverde movió su índice por la pantalla táctil del móvil, una y otra vez, hasta llegar a la “L”. En cuanto encontró el número, lo archivé en mi agenda.

El señor Valverde examinó el reloj sin sacarlo de la bolsa. Le daba vueltas, lo miraba de un lado, de otro, de nuevo a darle vueltas lentamente, hasta que percibió una sutil diferencia.

—Un momento, señores.

—¿Qué pasa? —dije.

—Este no es mi reloj.

—¿Cómo que no es su reloj?

—No, el mío tenía un pequeño defecto en la correa, en el cuero. Tengo una foto que le hice para el seguro, la tengo en la caja fuerte, y en ella se aprecia perfectamente el defecto.

Ahora éramos nosotros los que nos quedábamos perplejos cuando Valverde puso sobre la mesa la foto de su reloj con la ampliación del pequeño defecto. ¿A quién demonios pertenecía, entonces, el reloj que encontramos en la cocina de La Casa del Colono? Si era cierto que el reloj lo había perdido en una partida, cosa que comprobaríamos enseguida llamando al tal San Pedro, ¿qué grado de implicación tenía Valverde, si es que la tenía?

## Capítulo 32

### Amor patrio

El asiento del conductor volvió a ser ocupado por el inspector Mejía. Antes de arrancar, marqué en el móvil el número de Laureano San Pedro y se lo entregué al inspector. Estábamos saliendo de parquin de Transvalsa para incorporarnos a la circulación cuando Laureano atendió la llamada. Puse el manoslibres.

—¿Sí? Dígame.

—Soy el inspector Mejía, del departamento de policía de Granada. Necesito hacerle un par de preguntas, referente a un caso que estamos investigando.

—Pues, usted dirá, inspector. Siempre encantado de colaborar con la justicia.

—¿Ha estado últimamente por aquí, por Granada?

—Pues, sí, y lo estoy aún. Ahora mismo estoy en Almuñecar.

—En ese caso, preferiría que habláramos personalmente. ¿Podría ser?

—Bueno, me marcho hoy a mediodía. Tengo el vuelo a las dos, así es que estaré en el aeropuerto a eso de las una. Si le parece bien, nos vemos allí mismo.

—Está bien. Me parece estupendo. A la una en la cafetería del aeropuerto. Hasta luego entonces.

—Hasta luego, ¿inspector...?

—Mejía, inspector Mejía.

—Hasta luego, inspector Mejía.

—Pues ya has oído —me dijo el inspector luego de colgar.

—Sí, y estoy pensando que deberíamos pasar por La Casa del Colono, a ver cómo va la policía científica.

—Estaremos allí en unos veinte minutos.

Y así fue. En menos de veinte minutos recorrimos los doce kilómetros que separan la capital granadina del municipio de Otura.

Entramos en la casa, atravesamos el salón y nos dirigimos a la cocina, donde varios hombres vestidos con trajes blancos desechables buscaban restos de sangre en los sitios más característicos. Uno de ellos, agachado en el suelo, examinaba las hendiduras entre las losetas; otro, donde el asesino pudiera haberse limpiado las manos, como paños de cocina, toallas... El último estaba desmontando el caño en curva de debajo del desagüe, donde podrían haber quedado restos de sangre de la chica.

Negué con la cabeza

—Aquí no van a encontrar nada —le comenté a Mejía.

—¿Y eso? —se interesó el inspector.

—Porque a la chica la habrán traído aquí ya muerta y desangrada. Yo diría que la mataron en un sótano, un garaje o algo similar. Algún sitio donde sus gritos no traspasaran las paredes y pudieran trabajar con más tranquilidad.

—¿Tiene sótano la casa?

—Debe tenerlo. Di a los chicos que dejen lo que están haciendo y bajen al sótano. Que busquen un sitio donde hubiesen podido colgarla de los pies, y ahí, justo debajo, deberían haber restos de sangre.

Completamente convencido de mi eficiencia, el inspector Mejía indicó a sus hombres que dejaran su cometido y bajasen a buscar pruebas en algún sótano o garaje que, probablemente, tendría la casa. Una vez abajo, lo único que encontraron fue una bodega. Repasaron todo el techo en busca de algún sitio de donde hubiesen colgado a la chica. De repente, uno de ellos dio un grito:

—¡Una carrucha, una carrucha enganchada a una viga de madera!

Todos nos acercamos al lugar. De inmediato me puse a mirar si había algún desagüe o alcantarilla en las cercanías de la carrucha Y, efectivamente, di con un sumidero de gran tamaño a un par de metros del lugar.

—¡Aquí! ¡Desmontad aquí! —dije señalando el sumidero.

El más decidido de los tres se acercó a mí y comenzó a desmontar el sumidero, empezando por la tapa y siguiendo hasta llegar a un codo de PVC, que también desmontó. Una vez que lo tuvo todo desmontado, lo puso sobre una mesa y comenzó a buscar restos de sangre, empezando por la tapa con orificios. No había nada que llamase su atención, salvo un exceso de lejía. Al parecer, lo habían limpiado a fondo. Siguió examinando hasta llegar al codo, donde al fin, en una hendidura del mismo, había un pequeño indicio de restos de sangre. Dispuso todo para hacer la prueba con el Hemident. Siempre con los guantes de látex colocados, pasó un bastoncillo sobre la mancha, lo introdujo en un tubo de ensayo con el reactivo. Lo agitó durante unos veinte segundos y la muestra cambió a un color azul verdoso. Efectivamente, era sangre. Había que enviarla urgente al laboratorio para cotejarla con los restos de la chica y determinar si la sangre encontrada era de ella. Si fuera así, habíamos dado con la escena del crimen. Pero aún necesitábamos hallar algún resto del asesino que lo sitúe en el mismo escenario.

Eran las pasadas las doce cuando llamé la atención del inspector para recordarle que habíamos quedado a la una en el aeropuerto. Nos despedimos de los chicos de la científica y salimos de la casa en busca del vehículo. Una vez junto a este, el inspector me preguntó si continuaba conduciendo él, a lo que respondí afirmativamente.

Tomamos la A44 hasta Maracena, donde nos desviamos a la izquierda para coger la A92 en dirección al aeropuerto. Media hora después, tras pasamos la barrera de acceso a los aparcamientos del aeropuerto. Estaba

prácticamente vacío, solo algunos coches esparcidos, lo que nos hizo pensar que sería fácil dar con el tal Laureano San Pedro. Aparcamos cerca de las puertas de entrada a facturación. Bajamos del vehículo y caminamos hasta las puertas acristaladas, justo enfrente de las cintas de facturación de equipaje. A la izquierda, tras pasar por un pequeño museo de maquetas de antiguos aeroplanos y aviones, estaba la cafetería. Al fondo se veía la puerta de desembarque, con un luminoso colgando del techo con el detalle de las salidas y llegadas. Ya en la cafetería, buscamos a un hombre solo, de unos cincuenta y que luciera un Vacheron en alguna de sus muñecas. Pronto dimos con él, o él dio con nosotros, porque San Pedro alzó su mano en cuanto nos vio, como si ya nos conociera. ¿Tanta pinta de polis teníamos? Caminamos hasta su mesa y, tras presentarnos, tomamos asiento.

—¿Señor San Pedro? —preguntó Mejía.

—Efectivamente, para servirles a ustedes, a Dios y a la patria.

—No hará falta tanto. Con que nos conteste a una sencilla pregunta será suficiente —contestó Mejía manteniendo las distancias.

—Pues, usted dirá.

—Se trata de su reloj.

—Mi reloj. ¿Qué le pasa a mi reloj? Ya me daba a mí que este Valverde no era trigo limpio.

—No, no se preocupe. No pasa nada. Solamente quiero que me diga dónde y cómo lo consiguió.

—No es robado, si es lo que está pensando.

—Ya, ya sé que no.

—¿Entonces? ¿Qué problema hay?

—¿Quiere hacer el favor de servir a Dios y a su patria contestando una sencilla pregunta? —agregó el inspector irónicamente—. ¿Dónde y cómo consiguió el reloj?

San Pedro torció el gesto al percibir la ironía del inspector.

—En una partida de cartas. El reloj pertenecía a Valverde.

El inspector y yo nos levantamos al unísono. Nos despedimos de San Pedro con un gesto militar y nos marchamos entre discretas risotadas que interrumpió el sonido del móvil del inspector. Eran los del Anatómico Forense para confirmarle que la lengua encontrada en el apartamento de Flores coincidía con el ADN del único cepillo de dientes que había en su baño, lo cual significaba que, casi con seguridad, la lengua pertenecía a Flores. La cuestión era dónde estaba el cuerpo. Por otro lado, ¿a quién pertenecía el reloj encontrado en la cocina de La Casa del Colono? Mi mente inquieta intentaba hallar la respuesta correcta. El reloj debía de pertenecer a alguien que sabía de mi relación con Flores, o al menos que nos hubiera visto juntos. Solo me venía a la cabeza alguien del restaurante Finca Salazar, pues fue la única vez que nos habíamos visto en mucho tiempo. Alguien que se encontrara allí, ya sea del servicio o entre la clientela, y que nos viese charlando amistosamente. Ese alguien, además, debía de ser el trinchador de la cena. Pero ¿quién sería este misterioso personaje que tanto poder parecía acumular? Para averiguarlo, tendría que volver a la Finca Salazar.

# Capítulo 33

## El mito de Kronos

El inspector conducía en dirección Granada a con la intención de ir a mi oficina para recapitular lo que teníamos y lo que nos faltaba.

Luego de aproximadamente treinta minutos estábamos buscando aparcamiento en las inmediaciones de Plaza Nueva. Desde allí tuvimos que caminar durante diez minutos hasta el portal de la oficina, y luego subir andando las tres plantas hasta el despacho. Una vez dentro, cogí una tiza blanca de uno de los cajones de mi mesa, y comencé a anotar en la pizarra que colgaba en una de las paredes. La dividí en dos. En uno de los lados anotaría las conclusiones a las que habíamos llegado, y en el otro lo que nos faltaban por resolver. Fui recapitulando en voz alta a medida que iba escribiendo en la pizarra.

—Tenemos cuatro chicas muertas, de las cuales sabemos la identidad de tres y que al menos dos de ellas iban a la clínica Eduvigis. La tercera, Anita, nada tenía que ver con la clínica, pero tenía un secreto que podía enturbiar la carrera política de su padre. Ya que no tenía ninguna relación con la clínica, nos podríamos preguntar quién gana con esta muerte.

—¿Su padre? —preguntó el inspector.

—Pues, sí, su padre, que pasa de tener una hija puta a una hija víctima. Porque, aunque el señor Bunet no lo reconozca, yo creo que conocía los devaneos de su hija. De ahí que se vieran tan poco.

—¿Insinúas que el embajador podría estar implicado en la muerte de su hija?

—A ver, lo peor que le podía pasar a Bunet es que saliera a la luz la

vida promiscua de su hija; o lo cortaba de raíz o le explotaba en las narices.

—Vamos, que más vale tener una hija víctima de un depredador, que una hija puta, ¿no?

—Exactamente, Mejía. A esos niveles, pareciera que sí. ¿Y a quién crees que ha usado de gancho?

—A alguien que ya tenía ganada la confianza de su hija.

—Exactamente, y que además pertenecía a la horda de los diez comensales.

—Ali Abreu. Ali Abreu pudo ser ese gancho.

—Exactamente, porque a Anita no la engañaron con la excusa de un reportaje fotográfico, sino con lo que hacía habitualmente: acompañar a Ali a sus fiestas y reuniones.

—Y si el señor Bunet confió a Ali la muerte de su hija, quiere decir que también tiene que ver con la citada horda caníbal.

—Con lo que ya tendríamos a dos de los comensales. Y Ali está colaborando, lo que quiere decir que es posible que declare en contra del señor Bunet. Sería cuestión de apretarlo un poquito.

—Pero ¿no habíamos quedado en que no se conocían entre ellos?

—Es posible que estos dos sean los únicos que se conozcan entre sí.

—¿Me estás diciendo que Bunet se comió a su propia hija?

—Bunet, en su delirio, estaría metido en el papel de Kronos, que según la mitología griega se comía a sus propios hijos conforme iban naciendo, para evitar que la profecía de su madre Gea se hiciera realidad. Esa profecía hablaba de que sería castrado por su propio hijo, como le ocurrió a Urano, padre de Kronos. En el caso del señor Bunet, la castración sería la metáfora del fin de su carrera política.

—Ahora necesitaríamos saber si la cuarta víctima tenía alguna relación con la clínica.

—Yo apostaría que sí, con lo cual tendríamos la certeza de que Primer Plano captaba a las chicas a través de la clínica.

—O a través de algún empleado —agregó Mejía.

—Correcto. O a través de algún empleado que tuviera acceso a los archivos y cierto contacto con las chicas, sin levantar ninguna sospecha.

—Tendríamos que investigar las cuentas de los empleados, a ver si hubiera alguna cifra más elevada de lo normal.

—Bien, tomo nota —dije.

—Anota también Gerdisa, a ver si averiguamos qué tiene que ver con Primer Plano.

—Deberíamos ir al INSS, a ver que nos dicen.

—Tendrá que ser mañana. Esta tarde tenemos que volver a la Finca Salazar. Hay que sondear si alguien ha visto por allí este reloj —me recordó el inspector.

# Capítulo 34

## La quinta puerta

A las cuatro y media de la tarde decidimos salir a por mi coche para acercarnos a Casares, a la Finca Salazar. Una vez que traspasamos el muro blanco de la finca, nos adentramos por el camino empedrado hasta llegar a la casa. La noche ya estaba cayendo. La iluminación de la finca no dejaba lugar a dudas sobre su emblemática belleza.

Al entrar al restaurante, lo primero que nos encontramos fue un atril a la derecha, tras el cual estaba el metre, un señor de unos cuarenta y cinco años, de pelo corto y cano, nariz abultada y orejas prominentes, además de unos profundos ojos azules. Este se apuró a hacernos salir ya que no llevamos la indumentaria adecuada, hasta que el inspector desplegó su placa de identificación.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo el metre.

—Necesito que me prepare una relación de todos los clientes que almorzaron aquí el pasado sábado, y de todos los empleados que trabajaron ese día —le indicó el inspector.

—Eso me puede llevar algún tiempo.

—Pues, la quiero para ya.

—Está bien, haré lo que pueda, señor.

—Ahora me gustaría entrevistarme con los empleados. ¿Cuántos hay en este momento?

—Pues, el chef y su equipo, que suman cinco, y los camareros, que suman otros cinco.

—¿Están todos por aquí?

—Sí, el equipo de cocina está en el *office*, y los camareros entre el salón y el almacén, que está en el patio de fuera, por aquella puerta. —El metre señaló una doble puerta acristalada que daba a un patio.

—Está bien. Comenzaremos por usted. ¿Cuál es su nombre?

—Sergio Leonel.

—Dígame, señor Leonel, ¿qué tiempo lleva trabajando aquí?

—Desde la inauguración en 2009.

—Entonces conocía a Flores.

—Sí, una lamentable pérdida.

—Imagino que por su trabajo debe ser un hombre muy observador, ¿no?

—Sí, sí que lo soy.

—¿Podría decirme si reconoce este reloj, si se lo ha visto puesto a alguien, ya sea empleado o cliente?

Sergio Leonel cogió la bolsa del reloj, y lo observó detenidamente.

—Parece caro. Un empleado no podría permitirse algo así.

—¿Se lo ha visto a algún cliente, entonces? —insistió Mejía.

—No, no recuerdo haberlo visto antes. Solo digo que un empleado no podría permitirse este reloj.

—Entiendo. No le molestamos más. Vamos a ver qué nos dice el resto de empleados. Prepárenos esa relación.

Conforme nos adentrábamos en el salón, pudimos observar que había tres camareros colocando la cubertería en las mesas, los otros dos debían estar en el almacén. Llegamos a la cocina abierta donde estaba el equipo al completo preparando la que sería la cena. El chef se acercó a nosotros y el inspector, después de identificarse, le informó que queríamos hablar unos minutos con su equipo. Dio un par de voces y todos se reunieron con nosotros. Le cedí todo el protagonismo a mi amigo Mejía. El inspector entregó la bolsita

con el reloj a uno de los empleados, que, tras observarlo, detenidamente se lo pasó al siguiente, y así hasta que todos tuvieron la oportunidad de verlo. Ninguno lo reconoció. Les entregué mi tarjeta, por si en algún momento recordaban algo. Reunimos entonces a los tres camareros que se encontraban en el salón, con el mismo resultado. A continuación nos dirigimos al almacén en busca de los otros dos camareros. Nadie reconocía el reloj. Antes de marcharnos, pasamos por el atril y el metre nos entregó la relación de clientes y empleados que estuvieron allí el sábado anterior. Los nombres completos, teléfonos y direcciones de once empleados, además de un de los nombres y teléfonos de cincuenta y seis comensales, entre los que estábamos Elena y yo.

    Mi móvil comenzó a sonar cuando nos disponíamos a entrar en el Cherokee.

    —¿Si? Dígame.

    —Yo sé a quién pertenece ese reloj —me dijo una voz casi susurrando.

    —¿A quién?

    —No, por teléfono no. Vengan a los aseos de señoras. Aquí les espero. No quiero que nadie me vea hablar con ustedes.

    Colgué y se lo comenté al inspector. Cerramos nuevamente el Cherokee y nos dirigimos, a paso ligero, hacia los aseos del restaurante, en la antesala del mismo. Antes de entrar, nos aseguramos de que nadie nos viera. Empujé la puerta y entré con el inspector tras de mí. No había nadie. Nos han tomado el pelo, pensé mientras íbamos tocando y abriendo puerta por puerta de los respectivos baños. La quinta puerta no se abrió, estaba cerrada por dentro. Un reguero de sangre empezaba a escurrirse por debajo. Tocamos repetidas veces sin obtener respuesta. Le di una patada y la puerta se abrió de par en par. En el interior, el cuerpo sin vida de uno de los camareros. Le habían cortado el cuello y la lengua, según pudimos observar por su boca abierta. El blanco de los azulejos estaba salpicado de sangre, y el cuerpo sentado en el váter con el

móvil en su mano derecha. Una víctima más, pensé enseguida, pero ahora se reduce el cerco.

—Ya podemos descartar a los cincuenta y seis clientes, está claro que es uno de los empleados —le digo al inspector.

—Pero ¿cómo ha podido salir el asesino si la puerta estaba cerrada por dentro?

# Capítulo 35

## El camino del búho

Había sido nombrado empleado del mes por el alto grado de satisfacción de los clientes que atendía. Ahora yacía en los servicios de señoras del restaurante, bajo la luz de los flashes de la policía científica. Una nueva víctima que había optado por colaborar con la justicia perdía la vida en el intento. El forense examinó el cuerpo una vez que acabaron de hacerle las fotos. El inspector y yo permanecimos tras él, esperando a que este nos comentara qué le decía el cadáver del joven camarero. Para el forense, las personas seguían hablando hasta después de muertas, y este muerto contaba a la perfección cómo lo habían finiquitado. Según el forense, el corte limpio de la lengua indicaba que la seccionaron con una tijera y que, por el estado de coagulación de la sangre que había en la boca, se la habían hecho cuando aún estaba con vida. En cambio, las múltiples heridas de la garganta indicaban que se el asesino era inexperto, ya que tuvo que clavarle varias veces la tijera hasta que al fin logró cortarle la yugular.

—Hay algo que no me cuadra, además de la puerta cerrada —comenté frunciendo el ceño.

—¿El qué? —dijo el inspector.

—Si descartamos a los cincuenta y seis clientes que almorzaron aquí el sábado, y descartamos a la víctima, por supuesto, nos quedan nueve empleados. Pero ¿qué empleado puede permitirse el lujo de semejante reloj? Ya te lo digo yo: ninguno.

—¿Entonces?

—Entonces, ese sábado había alguien más en el restaurante. Alguien

que sí se puede permitir ese reloj, y que no figura ni entre los clientes ni entre los empleados.

—Entiendo. Pero ¿quién? ¿El mismo que ha matado al camarero?

—Yo diría que no. Aunque está claro que el móvil para matar al camarero es que sabía quién era el dueño del reloj.

—¿Crees que deberíamos hablar de nuevo con el metre?

—Sí, yo diría que sabe más de lo que dice. El controla la sala y tiene que saber quién anda por ella en todo momento.

Dejamos al equipo de la policía científica trabajando en la escena del crimen, en busca de algún indicio que pudiera haber dejado el asesino. Salimos de los servicios y fuimos al salón del restaurante al encuentro de Sergio Leonel, el metre. Ya desde la puerta advertimos que no estaba en su puesto. Un rato después, mientras esperábamos junto al atril, apareció en compañía de un camarero que, de inmediato se despidió y desapareció tras una puerta.

—¿Tienen alguna idea de quién ha podido ser? —nos preguntó el metre situándose tras el atril.

—Pues, no. ¿Y usted? ¿Tiene alguna idea? —inquirí.

—Y yo qué idea voy a tener.

—No sé, a fin de cuentas usted es quien controla todo lo que ocurre en la sala, y a todo el que entra o sale.

—Sí, así es. Pero siempre se escapa alguien.

—¿Y el sábado? ¿Se le escapó alguien que viniera por aquí, y que no figure en la lista que me dio?

—Yo diría que no.

—O sea, ¿que no está muy seguro?

—Verá. Es que todo el mundo no se dirige a mí. Hay quien ve una mesa libre y se sienta directamente, sobre todo si estoy ocupado con otros clientes.

—Yo pensaba que solo funcionaban con reserva.

—Sí, y así es. Pero a veces quedan mesas libres, y si llega alguien, pues, procuro acoplarlo.

—Ajá, entiendo. ¿Debo suponer entonces que en la lista que me ha dado puede faltar gente que llegara sin reserva?

—No, los sábados llenamos con reservas.

—Pues, mire, estoy seguro de que alguien estuvo aquí y no tenía reserva. Y ese alguien es el dueño del reloj.

—Permítame que lo dude.

Alzó la mirada por encima de nosotros. Al volverme para comprobar qué es lo que miraba, pude ver, por un momento, a un señor que nos observaba desde detrás de una cristalera de la segunda planta, camuflado entre las cortinas, que al verme se escondió de prisa. Fijé la vista en el metre.

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué hay en la segunda planta?

—En la segunda planta está administración, y no sé a qué hombre se refiere.

—Usted también lo vio. Había un hombre mirándonos desde aquella cristalera.

—No sé a qué se refiere.

—¿Qué hay en aquella dependencia, la de la cristalera más grande?

—El despacho de dirección.

—¡Vamos, Mejía! ¡Corre!

—Pero ¿qué ocurre?

Salimos del salón buscando la escalera a la primera planta. Subimos los peldaños de tres en tres hasta llegar al rellano, mientras intentaba explicarle mi hipótesis al inspector.

—Alguien que pudo estar en el salón el pasado sábado y que no figura ni en la lista de comensales ni en la de empleados. Alguien que pudiera

permitirse semejante reloj. ¿Quién se te ocurre?

—¿El director?

—Efectivamente. El dueño de la finca, que puede que sea el director. No sería raro que controle desde la cristalera cómo va su negocio, y que pudiera haberme visto hablando con Flores, igual que ahora nos ha visto hablando con el metre.

—Entiendo —dijo el inspector.

Ya en el rellano, miramos a ambos lados del extenso pasillo intentando localizar la puerta de dirección. Había muchas, y todas cerradas. Buscaba un letrero en el que pusiera dirección junto a alguna puerta, pero no existía. Nada indicaba cuál podría ser el despacho del director. Me asomé por la barandilla desde donde se veía el salón y vi al metre haciendo un gesto con la cabeza, posiblemente al mismo tipo que habíamos visto desde abajo. A continuación me miró y apartó la vista enseguida. Según la dirección de su mirada, calculé qué puerta podía ser la del director.

—¡Vamos, Mejía! ¡Es aquí!

Redoblé con mis nudillos varias veces sobre la doble puerta caoba, de lujo, sin que nadie contestara. Acerqué mi oído y pude oír un sonido seco, como el de una puerta cerrándose. Intenté mover el pomo, pero la puerta estaba cerrada por dentro. Tendría que recurrir a mis métodos menos ortodoxos para poder entrar. Desplegué mi juego de ganzúas sobre la palma de mi izquierda, y con la derecha elegí la adecuada. La introduje en la cerradura y la moví despacio hasta dar con el mecanismo de apertura. Conseguí abrirla. Desenfundamos nuestras armas y entramos a toda prisa apuntando cada uno a un lado del despacho. Bajamos las armas. No había nadie. Me acerqué a la cristalera, desde donde pude ver al metre. Él también me vio.

—Pero ¿cómo ha podido hacerlo? —me preguntó Mejía—. La única puerta es esa, por la que hemos entrado.

—De la misma forma que quien sea salió del váter donde mataron al camarero. Utilizando un truco de magia, pero, al fin y al cabo, un truco.

—¿Crees que fue él quien mató al camarero?

—Parece haber utilizado el mismo truco, y eso es mucha casualidad, ¿no te parece?

—¿Pero cuál truco, Carcosa? ¿Cómo pudo salir de un váter que apenas tiene tres metros cuadrados sin quitar el pestillo? ¿Cómo ha podido salir de aquí?

—Lo del váter es más complicado, pero de aquí tiene que haber salido por alguna puerta secreta, escondida tras alguna de estas estanterías cargada libros. Es lo más lógico que se me ocurre.

El inspector Mejía buscó la supuesta puerta secreta mientras yo revisaba la mesa del despacho del director. Sobre ella había catálogos de decoración interior, tres bandejas negras apilables y en cuyo interior había facturas, recibos y presupuestos. Un imán redondo que hacía las veces de pisapapeles, una grapadora, un lapicero con varios bolígrafos de distintos colores y un marcador, unas tijeras, un abrecartas y un plano abierto del proyecto de ampliación de la finca, pero nada de tecnología, ni un ordenador, ni un móvil, solo un teléfono fijo. Lo descolgué esperando oír sus tonos, pero había alguien al otro lado de la línea.

—El búho te mostrará el camino —dijo la voz desde el otro lado, y a continuación el tono de incomunicado.

—¿Quién eres? ¿Qué búho?

La frase que terminaba de oír se me repetía una y otra vez en la cabeza. ¿A qué búho se refería? ¿Cuál sería ese camino? ¿Acaso por donde ha huido el director de la finca? ¿Quién y por qué me estaba dando esa pista? ¿Sería una trampa? La intuición me decía que había que buscar un búho en el despacho, pero, ¿sería la figura de un búho? ¿Un libro que hablara de búhos? ¿Un

dibujo? No sabíamos a ciencia cierta lo que buscábamos, pero nos daríamos cuenta en cuanto lo viéramos. Revisamos libro por libro de cada una de las estanterías. Decidimos empezar cada uno por un extremo, a ver quién daba antes con el supuesto libro. Había de geografía, también biografías, novelas históricas, policíacas, de ciencia ficción, pero hubo uno que llamó la atención del inspector: un libro infantil situado entre *El lazarillo de Tormes* y *Los tres mosqueteros*. Era un libro pequeño, *Cuentos del viejo búho*. Lo sacó de su hueco y revisó todas sus páginas. Tanto el inspector como yo habíamos imaginado que al tirar del libro se abriría una puerta por algún lado, pero no fue así. Con el libro en sus manos, me llamó.

—¿Qué? —dije.

—Podría ser este el libro que buscamos, pero no encuentro nada que nos indique el camino.

—Trae.

Nos pusimos en la mesa del despacho con el libro abierto por la primera página. Leímos las treinta y dos páginas del libro, pero no encontramos nada ni específicamente ni entre líneas.

—Quizá sea otro, vuelve a ponerlo en su sitio —dije

Discrepé, probablemente equivocándome, pero ese libro no nos decía nada. El inspector volvió a poner el libro en su correspondiente hueco y cogió, por curiosidad o intuición, no lo sé, el de *Los tres mosqueteros*, bastante más voluminoso. Al sacarlo y hacerse el hueco, el libro del búho perdió el equilibrio y cayó de lado, entre *El lazarillo de Tormes*, a su derecha, y *Oliver Twist*, a la izquierda. El libro, al inclinarse, dejó a la vista una pequeña hendidura que, a simple vista, parecía tener la forma de un búho. El inspector palpó el hueco con la yema de sus dedos. Yo, al verlo, me acerqué e hice lo mismo. Esa debía ser la cerradura o el mecanismo de apertura de la puerta secreta. Tan solo hay que averiguar qué había que hacer para que la puerta

quedara al descubierto. Probamos a empujar la forma de búho, también hacerla girar a un lado y a otro, pero no giraba. Probamos a subirla y bajarla, pero la forma no se movía en absoluto. Entonces vi una pequeña hendidura en un extremo del búho. Pensé enseguida que debía de haber en el despacho, por alguna parte, un búho pequeño que encajara con el que encontramos en la estantería. Me fui a buscar en los cajones de la mesa del director. De los tres cajones, en dos estaban sin seguro y no había nada de interés. El tercero estaba cerrado con llave. Cogí el abrecartas para intentar hacer palanca en el cajón. Esas cerraduras suelen ser débiles y no sería difícil hacerla saltar. Con la afilada hoja metida en el hueco del cajón, le hice palanca. Fue entonces cuando me percaté de la figura que tenía el abrecartas en el mango. Era un búho. Miré al inspector.

—No será —me dijo—. No creo que sea tan estúpido como para dejarnos la llave a la vista.

—Igual es la de reserva...

Con el abrecartas en mi derecha, me dirigí a la estantería e hice encajar el búho del mango en forma. Encajó. La hice girar media vuelta a la izquierda. Ya no giraba más. Seguía sin ocurrir nada. Desistí. Cuando retiré el abrecartas, la estantería giró noventa grados sobre su eje central. Un largo y oscuro pasillo se abrió ante nosotros. Nos miramos y sonreímos. ¿A dónde llevaría ese pasillo? ¿Sería una trampa de la que no podamos salir jamás?

—Oye, Mejía, ¿y si nos quedamos emparedados entre los muros de la Finca Salazar?

—De cualquier modo, Carcosa, entrar hay que entrar. Saca tu pistola.

# Capítulo 36

## La Logia

Parecía lógico pensar que lo que había en la pared de la derecha, justo a la entrada, era el interruptor de la luz, pero cuando Mejía apretó el pulsador, se cerró la estantería que hacía las veces de puerta a nuestra espalda. Quedamos en la más absoluta oscuridad. A tientas, busqué mis fósforos. Luego de varios intentos, conseguí encender uno. Lo sujeté entre el índice y el pulgar de mi derecha. Protegiendo la llama con la concavidad de mi izquierda, fui iluminando la pared hasta dar con otro interruptor, justo cuando me quemaba los dedos. La dejé caer. Pulsé el interruptor. Los fluorescentes, situados a ambos lados del techo, se fueron encendiendo tras varios centelleos. El pasadizo parecía interminable. De hecho, no veíamos su fin. Nos miramos frunciendo el ceño y los labios. Comenzamos a andar sin saber a dónde nos conduciría el camino al que nos había traído el búho. Las paredes eran grises y el suelo de cemento. Cuando llevábamos un tramo recorrido, distinguimos una puerta metálica al fondo. Aceleramos el paso. Junto a la ella encontramos dos pulsadores, uno con una flecha hacia arriba y el otro hacia abajo. Se trataba de un ascensor. La puerta estaba cerrada. Supusimos que hacia abajo estaría el meollo del asunto y hacia arriba, más que probablemente, una salida a la calle. Pulsé la flecha de bajada. Las puertas se abrieron. Su capacidad era para una veintena de personas. Tres grandes espejos cubrían sus paredes. Solo disponía de tres botones, pero ninguna indicación de a dónde conducía cada uno de ellos. Pulsamos el de bajada. Se cerraron las puertas y empezó a bajar con la lentitud de una pluma merced de una brisa. Se volvieron a abrir. Otro oscuro pasillo de extensión indeterminada. Al salir, las luces se encendieron

automáticamente. Las paredes grises y el suelo de cemento nos condujeron a una gran escalera de mármol blanco hacia una planta inferior, y desde donde provenía un bullicio. A izquierda y derecha de la escalera, dos pasillos que daban a unos palcos. Intuimos que la escalera nos llevaría directo a la boca del lobo, de modo que optamos por coger el pasillo de la derecha y escondernos en un palco, desde donde podíamos observar todo sin ser vistos. La iluminación, al contrario que la de los pasillos, era tenue y cálida. Desde el palco, escondidos tras una cortina roja y gruesa, mirábamos atónitos hacia abajo, donde se reunían alrededor de cincuenta personas, vestidas con túnicas negras, capucha y cuerda a la cintura, a modo de frailes franciscanos. Máscaras venecianas cubrían sus rostros. Frente a la muchedumbre, en un altar, había otro tipo con las mismas vestimentas, pero en color rojo sangre. Pedía silencio y obediencia. Todo el mundo callaba y alzaba la mirada hacia el altar.

—Nos encontramos aquí reunidos para dar la bienvenida a los nuevos miembros, cuyos nombres ni sabemos ni nos interesan. ¡Hermanos! Resurgimos de nuestras cenizas como el Ave Fénix, desde que fuimos perseguidos por la religión y los reyes, hasta que nuestra orden fue prohibida en 1785. Hoy conmemoramos nuestro resurgimiento con cada vez más miembros en nuestra fraternidad. Nuestros objetivos son los mismos que los de nuestros antepasados: la mejora y el perfeccionamiento del mundo en el sentido de libertad, igualdad y fraternidad, y la mejora y perfeccionamiento de nuestros miembros. Pero la iluminación no consiste en el conocimiento de las palabras, sino de las cosas. No se trata de la comprensión de conocimientos abstractos, especulativos, teóricos, que inflan el espíritu, pero no mejoran el corazón. Que den un paso adelante los iniciados. —En el silencio de la logia, solo se oían los pasos de los nuevos miembros—. Debéis prometer solemnemente eterno silencio, firme lealtad, fidelidad y obediencia a todos los

superiores y estatutos de la orden.

Uno por uno, los nuevos miembros hicieron su solemne promesa. En el palco, el inspector y yo seguimos con atención todo el ritual de iniciación, preguntándonos qué tendrían que ver esta fraternidad, que más bien parecía una secta, con nuestros perseguidos caníbales,. El director de la Finca Salazar, probablemente propietario de la misma, además de dueño del reloj, debía de encontrarse entre los miembros de la logia. Nos iba a ser imposible su identificación.

Antes de que terminara el ritual de iniciación, salimos de allí por donde mismo habíamos entrado. Ya dentro del ascensor, decidimos pulsar el botón de subida, pensando que daría a la calle. Cuando se abrieron las puertas y salimos, nos encontramos con un enorme túnel excavado en el interior de una montaña, sin luz artificial, La escasa luz de que disponíamos para dar con la salida era la que emitían unas antorchas distribuidas cada veinticinco metros en una de las paredes. Caminamos por el estrecho pasillo, pisando los restos de vías de una antigua mina abandonada, siguiendo la dirección de las antorchas, hasta que avistamos la luz blanca del exterior al fondo del último corredor. Aceleramos el paso. Salimos y bordeamos la pedregosa montaña hasta llegar a mi Cherokee. Afortunadamente, calzaba mis botas de montaña, el inspector la pasó peor.

# Capítulo 37

## Una visita inesperada

Necesitábamos saber qué orden fue la que prohibieron en 1785, de modo que volvimos a mi despacho. Encendí el ordenador y entré en el buscador de Google. Puse las palabras “orden prohibida en 1785”. Obtuve 1.120.000 resultados, pero fue suficiente con el primer resultado. Se trataba de la Orden de los Iluminados, prohibida en 1784 y disuelta en 1785. Según pude averiguar, esta orden actuaba a la sombra de los gobiernos, influenciándolos, pero nada encontré que los relacionara con el canibalismo ancestral del que habló Kronos durante la cena en la que me infiltré. Aunque, en la actualidad, al menos una parte de esta hermandad practicaba la antropofagia, probablemente al margen de la orden y sin el conocimiento de esta. Se podía tratar, pues, de una facción degenerada de Orden de los Iluminados, cuyos sellos de identidad eran el búho que todo lo ve y la pirámide. Y así es como me sentía yo desde el principio de la investigación: constantemente vigilado por el ojo que todo lo ve. Ahora entendía los símbolos del búho y el triángulo, que en realidad era una pirámide, la misma que encontré en la caja de la primera víctima. Aunque las identidades de los miembros de esta facción eran aún una incógnita, incluida la identidad del dueño del reloj, sospechaba que se trataba del director o propietario de la Finca Salazar. Tampoco tenía la certeza necesaria como para ponerle cara. Decidimos ponernos en contacto con el distribuidor de Vacheron para que nos proporcionara una relación de los compradores del modelo en cuestión. Obviamente, se negaron a violar su política de privacidad. Mejía, entonces, hizo varias llamadas telefónicas, ya que el juez Garrido no daba por buenos los motivos para firmar el requerimiento.

Finalmente, la fiscalía intervino y dos horas después recibimos un fax con la relación solicitada. La lista, como imaginé, era muy escueta. Poca gente podía permitirse semejante lujo. Solo tres compradores, de los cuales solo dos tenían nombres y apellidos. Nikolay Ivanov, probablemente el empresario ruso que regaló el Vacheron al señor Valverde; la duquesa de Palma que, según supimos, se lo obsequió a su marido, el duque Eugenio de Palma. El tercer comprador era una sociedad, Primer Plano. Este era nuestro hombre, pero siempre aparecía camuflado tras Primer Plano. Era imperativo averiguar quién había tras esta sociedad.

Nos dispusimos a ir al INSS, cuya visita ya habíamos pospuesto varias veces por motivos imperantes, cuando sonó el portero automático. Me volví sobre mis pasos para atenderlo mientras el inspector esperaba en la puerta. Al preguntar quién era, una voz femenina respondió lacónicamente y con voz queda.

—Lucía.

Sin mediar palabra, pulsé el botón de apertura y en breve la vimos cruzar el umbral, seguida por el inspector. Su aspecto era descuidado, con unas amplias ojeras que caían como bolsas bajo sus ojos. Venía acompañada por su pequeña, que dormía plácidamente recostada en su sillita. Lucía vestía vaqueros, unas zapatillas deportivas rojas y una sudadera azul oscura de la Universidad de Granada, de sus tiempos de estudiante. La invité a pasar a mi despacho y le pedí que se sentara. Rehusó y se quedó de pie frente a mi mesa. El inspector esperaba en la antesala.

—¿Puedo ayudarte en algo. Lucía? —pregunté con la voz más cercana que me salió.

La mujer alzó la mirada, que hasta entonces había mantenido baja, como mirando sus pies. Por su tono de voz, me sonó como arrepentida de haberme tratado de forma irascible cuando fui a verla a su domicilio.

—Quiero darte algo —dijo Lucía.

—¿De qué se trata?

Lucía sacó algo de su bolsillo y lo puso en mi mano derecha. Tenía forma de llave y estaba enganchado a un llavero con el logotipo de Hacienda, pero era un *pendrive*. Fruncí el ceño.

—Supongo que tendría que habértelo dado antes. Puede que sea importante —agregó Lucía volviendo a bajar la mirada.

—¿Has visto lo que hay dentro? —le pregunté de forma dubitativa.

—No lo sé, estaba en el despacho de Pau. Lo pinché en casa y solo he visto una carpeta en la que pone tu nombre. No miré más.

—Muchas gracias por traerlo, Lucía. Seguro que es importante.

Lucía esbozó una sonrisa que más parecía una mueca. Giró el carrito con su pequeña, y se marchó silenciosamente. Llamé al inspector mientras volvía a encender el ordenador. Pinché el lápiz en la ranura USB frontal de la torre. Abrí la carpeta «Dani Carcosa». En su interior, otra carpeta: “Primer Plano”.

# **TERCERA PARTE**

**Cartas desde el abismo**

# Capítulo 38

## El informe

Según el informe del *pendrive* de Pau, Primer Plano era una sociedad anónima con sede social en Santo Domingo, vinculada a varios nombres conocidos, entre los que estaban, como sospeché desde un principio, el señor Bunet, embajador de Haití; Ali Abreu, director del gabinete de prensa de la embajada; el señor Sebastián, director gerente del matadero; Máximo Valverde presidente y propietario de Transvalsa; Manuel Arganda Collado, coronel retirado y, presuntamente, muerto a manos de la misma organización; Gabriel Garrido, que resultó ser el juez Garrido; Laureano San Pedro, mayorista; Rafael Quejada Salazar, director y propietario de la Finca Salazar y otros dos nombres que habían permanecido al margen durante la investigación: Mariano Blasco Blanco, gobernador del Banco de España, y Juan Carlos Trujillo, presidente del Tribunal Superior de Justicia. Todos ellos figuraban como impositores con una cantidad de ciento veinte mil euros cada uno a favor de Primer Plano, sin especificar el concepto. Tampoco aparecía quién había detrás de Primer Plano, pero sí que el dinero volvía a través de otra sociedad cuyo nombre era Gerdisa. Primer Plano también aparecía como impositor de varias transferencias de diferentes importes: treinta mil euros a favor de Ordoño Calella Campoamor, también sin concepto; noventa mil euros en tres pagos a favor de Carlos Arquero García, que resultó ser uno de los matarifes del matadero donde trabajaba Ordoño; ochenta mil euros en cuatro pagos a favor de Agustín Díaz Flores, también sin concepto, pero que, obviamente, serían en de pago por los servicios prestados como cocinero. Había otro pago a una empresa de seguridad, Segurplas S.A., treinta mil euros

; diez mil euros a favor de Francisco Cáceres y Ernesto Cabrera seguramente en pago a los chicos del servicio; un total de treinta mil euros a favor de Mauricio Sabio Quesada, que resultó ser el *Granos*, y de Federico Reina, ambos chóferes de Transvalsa. Y por último, tres mil euros en tres pagos a Gloria Fuentes, empleada de la clínica Eduvigis y amiga de Mari Cruz García Morilla, una de las víctimas. Al parecer, Gloria era la encargada de poner en contacto a las chicas con Primer Plano. Además, había también una cifra particularmente curiosa, en torno al millón y medios euros, a favor de Vacheron por la compra de un reloj de caballero.

Algo que me resultó extraño fue que Gerdisa, la sociedad a través de la cual volvía el dinero recaudado, estaba gestionada por una mujer, concretamente la señora Gertrudis Arranz Coello, la cual había contratado mis servicios para investigar la posible relación de su marido con los acontecimientos pasados. Entonces, mil dudas vinieron a mi cabeza, como, por ejemplo, ¿por qué contrataría mis servicios la principal beneficiaria del entramado de Primer Plano y Gerdisa? Ella debía saber, desde el principio, cuál era la relación exacta de su marido en todo esto, y había creado todo un entramado de empresas cuyo fin era, además de la sustanciosa tajada económica para ella, la de satisfacer los instintos caníbales de diez hombres que, no teniendo bastante con el poder acumulado, querían jugar con la vida y la muerte, con la suerte y la desdicha de sus víctimas, con el pulso echado al poder policial y a mi propia inteligencia, jugar con su comida como niños malcriados, jugar con los sueños de unas chicas que pretendían ser algo más de lo que eran. Eso era para ellos un juego de ajedrez en el tablero de la vida, con peones, alfiles y reyes.

El siguiente paso sería visitar a la señora Gertrudis, me debía ciertas explicaciones. La telefoneé. Su voz estaba afligida y pausada, desconsolada. Me dio la sensación de que ya conocía resultado de la investigación.

—¿Ha habido resultados? ¿Algo nuevo que pueda decirme? — preguntó desganada.

—Siento decirle que su marido sí ha tenido que ver con la muerte de las chicas.

—¿Algo más, señor Carcosa?

—Pues, sí, pero preferiría que lo habláramos personalmente.

—Venga a casa y recibirá sus honorarios.

—No se preocupe por eso. De todas formas, voy a su casa para que tengamos una conversación.

—Está bien, señor Carcosa.

El inspector se quedó en el coche mientras yo tocaba al timbre de la puerta principal, luego de cruzar todo el jardín y rodear la fuente. Tardaban en abrir. Miré al inspector encogiéndome de hombros. Volví a tocar. Pude oír los pasos que se acercaban a la puerta. Se abrió y salió la chica de servicio, con los ojos consumidos tras un pañuelo completamente arrugado en una de sus manos. En la otra traía un abultado sobre de tamaño medio. Con la respiración agitada y la voz entrecortada, acertó a decir entre sollozos.

—La señora nos ha abandonado.

—¿Cómo que nos ha abandonado? Acabo de hablar con ella y estaba perfectamente.

—Dejó esto para usted —Me entregó el sobre—. Esta noche será el velatorio. Aquí, en casa —continuó diciendo como pudo.

—Lo siento mucho, Beatriz.

Me volví apenado. Bajé los veinticinco escalones y subí a mi Cherokee.

—¿Qué pasa? —dijo el inspector.

—La señora Gertrudis ha muerto.

—¿Suicidio? —sugirió el inspector.

—Es posible —respondí. Abrí el sobre rompiendo un extremo. Un folio doblado por la mitad y un fajo de billetes de quinientos euros. Saqué el folio y comencé a leer.

*Estimado Señor Carcosa:*

*Jamás pensé que llegaría tan lejos en su investigación. Verdaderamente, yo no sabía nada de esas empresas que usted descubrió, Primer Plano y Gerdisa. Pero lo he ido sabiendo a la vez que usted. Supongo que se habrá dado cuenta. Mi marido, el señor Valverde, un mal día me trajo un montón de papeles para que firmara. Aseguraba que era para salvar la empresa de los acreedores y de la Seguridad Social. Debía bastante dinero. Me aseguró que había que cambiar de nombre la empresa y ponerme a mí como titular y presidenta de la nueva sociedad. En realidad nunca cesó Transvalsa como empresa, ya que no era cierto que debiera ningún dinero. Lo único que verdaderamente hizo fue ponerme a la cabeza de esa siniestra empresa, Gerdisa, para dar servicio tanto a él como a sus amigos, a través de Primer Plano, además de engordar su cuenta bancaria, que es también la mía. El dinero es para que guarde silencio, no quiero que se arme revuelo con todo esto. Deseo que el nombre de mi marido y el mío sigan siendo intachables. Y también para que vengue a esas chicas. Supongo que habrá bastante más de lo que esperaba.*

*Sin más que añadir, me despido atentamente desde el paraíso, o desde el infierno, donde sea que haya querido mandarme Dios por mis pecados.*

*Un fuerte abrazo, detective.*

Me quedé mudo ante semejante proposición. ¿Qué se había pensado? ¿Qué yo era un asesino a sueldo? Yo no mataba por dinero, y además debía entregar el informe al inspector para que se pudieran comenzar a practicar las detenciones. Desde el señor Bunet, el más alto en el escalafón de esta siniestra secta, hasta Gloria, el gancho de las chicas. Pero no todo fue como debería ser. El inspector recibió una orden directa para que dejara la investigación. El caso se archivará sin resolver, le dijeron. Su superior, el comisario Sousa, un tipo alto y delgado como un galgo, de nariz afilada y ojos tan claros que se adivinaban tras sus gafas, y modales de oso enjaulado, se deshizo del informe ante nuestros propios ojos, metiéndolo en la máquina destruye papeles.

Mirábamos atónitos cómo se destruían las pruebas que podían llevar a prisión a todo el entramado de Primer Plano cuando oímos al comisario, que estaba a apenas unos metros.

—Son órdenes de arriba, inspector, son órdenes de arriba.

El inspector apoyó las palmas de sus manos sobre la mesa y permaneció como ausente, distraído.

# Capítulo 39

## El vértice de la pirámide

Confíé el informe al inspector Mejía sin pensar que el comisario podía dar la orden que dio. Luego de verlos destruidos, me marché con Elena a Capileira, donde pensábamos pasar una temporada en estado de contemplación, intentando relajarnos y abstraernos de todo lo que nos había sucedido durante las últimas semanas. Nunca le dije a Elena lo que sucedía con las chicas, nunca le dije que las cocinaban y se las comían. Intenté darle la menor cantidad de detalles posibles. Tampoco le hablé del suntuoso pago que me hizo la señora Gertrudis por mi trabajo, por su venganza y por nuestro silencio, del cual cogí solo algo más de lo que me correspondía por el trabajo realizado, y el resto lo dejé en el buzón de Lucia.

Llevábamos ya cuatro días descansando cuando fuimos a almorzar a Casa Juan, uno de los pocos restaurantes del pueblo. El local estaba acabado en piedra y madera, y decorado con útiles de labranza, desde una azada, una espuerta y hasta una antigua trilladora. Solo disponía de ocho mesas. Nos sentamos cerca de una ventana, frente a la chimenea encendida. Mientras esperábamos el segundo plato, le expliqué a Elena el extraño suceso de la puerta cerrada por dentro, cuando encontramos al camarero de la Finca Salazar, misterio al que le seguía buscando un sentido. Elena jugaba a desplazar un tenedor con un imán por debajo de la mesa. Entonces caí en la cuenta. ¡Usó un imán! Solo tuvo que poner el pestillo de dentro en la posición correcta, y luego, tras cerrar la puerta, moverlo desde afuera. Una sencilla explicación, un sencillito truco. Elena dejó el imán sobre la mesa y me acercó un regalo: un hermoso Zippo de plata. Después de contemplarlo durante un

rato, lo volví a dejar junto con el bote de recarga de gasolina. Mi mente estaba ocupada con el imán, de modo que lo cogí y me fui con él hasta los servicios, dispuesto a llevar a la práctica mi teoría. Abrí la puerta y comprobé que tenía un pestillo de los normales. Puse el pivote en posición horizontal, como si fuese a cerrarlo, pero me limité a dejarlo apoyado sobre el extremo izquierdo de la guía por la que se desliza el pestillo. Cerré la puerta, coloqué el imán en la posición correcta y empecé a desplazarlo despacio de derecha a izquierda. En teoría, el pivote debía moverse y cerrar el pestillo. Retiré el imán e intenté abrir la puerta. Fue imposible. Había funcionado, la puerta está cerrada por dentro. Ya tenía una explicación razonable a tan misterioso suceso. Ya me enteraría más tarde de cómo Juan consiguió abrirla. Entusiasmado, volví a la mesa junto a Elena para explicarle lo sucedido, pero no estaba. Tampoco estaba en los servicios. Sobre la mesa, una nota con el ZIPPO encima. Mi cuerpo se estremeció.

—¿Has visto entrar a alguien? ¿Has visto con quién se fue Elena? — pregunté al camarero que había detrás de la barra. Un “no”, seco y rotundo fue su única respuesta.

La escueta nota decía:

*“Búscame y me encontraras, encuéntrame y la salvaras o posiblemente morirás.”*

Arrugué la nota en mi puño cerrándolo con ira. Di un puñetazo en la mesa. Maldije la existencia de estos bárbaros devoradores de chicas. A estas alturas, ya me sentía cansado e impotente por el maquiavélico juego al que estaba siendo obligado a jugar. Ahora era Elena la desafortunada chica, lo que hacía más peliagudo el juego. Debía dar con la casa en la que celebrarían la cena. Esta vez se trataba de salvar a Elena. Metí el ZIPPO y el cargador en un bolsillo de mi chaqueta Y salí de restaurante. Monté en mi Cherokee y me dirigí a mi despacho. Desde allí llamé al inspector Mejía. Mientras este venía,

colgué un mapa de la provincia de Granada en la pared con unas chinchetas. Con un rotulador rojo marqué los puntos donde se habían celebrado las anteriores cenas. El primer punto, el “A”, correspondía a Sierra Nevada; el “B”, por encima del Chaparral, en una casa de campo; el “C” en Santa Fe; y el último punto, el “D”, en Otura. Uniendo los cuatro puntos obtuve un cuadrado casi perfecto. Pero ¿qué tenían que ver un cuadrado con un triángulo o con una pirámide, el sello de identidad de La Orden de los Iluminados? Dividí el cuadrado en dos, del punto “A” al punto “C”, y obtuve dos triángulos, pero ningún punto donde situar la cena de la noche. Volví a dividir con una línea el punto “B” y el “D”. Ahora sí, el cuadrado estaba dividido en cuatro triángulos. Al punto obtenido lo nombré “E”, y advertí que era el vértice de una pirámide vista desde arriba, con sus cuatro lados triangulares. Cabían muchas posibilidades de que la cena fuera en este punto. El inspector entró por la puerta.

—¿Qué ocurre? —me inquirió.

—Han secuestrado a Elena. Tenemos hasta esta noche para dar con ella, viva. Y creo que sé dónde se va a celebrar la cena.

—¿Dónde?

Señalé con el rotulador la cruz que había marcado en el mapa, justo en el centro de las cuatro esquinas que formaban la cúspide de la pirámide.

—Pero ahí no hay nada. Está entre dos carreteras.

—Es que aún no está el trabajo acabado, ahora hay que averiguar qué casas de campo, mansiones o chalets hay en la zona entre el cruce de la carretera de Málaga y la autovía de Sierra Nevada.

—Me pondré a ello —dijo el inspector sentándose a la mesa, en el asiento que solía ocupar yo, y empezó a llamar desde el fijo. La primera fue al ayuntamiento de Granada, con el encargado de urbanismo, quién le dio nombres, direcciones y teléfonos de las fincas de la zona. Había varias en las

inmediaciones del cruce de la carretera de Málaga y la autovía de Sierra Nevada. Entre ellas estaban la Finca Guijarro, una parcela de varios marjales que equivalían a unos dos mil quinientos metros cuadrados, con un gran caserón en el centro del terreno. El inspector telefoneó a la finca para averiguar si alguien se había interesado por el alquiler de esta en los últimos días, pero sin resultado. Posteriormente llamó la Finca de Tejas Verdes, a poca distancia de la primera y también con un gran caserón. Obtuvo el mismo resultado. Lo intentó con una tercera, la Finca de Bolloré, que con su nombre de papel de fumar tampoco era la elegida por la secta del canibalismo gourmet. Ya era más de media tarde. Tras más de media docena de llamadas sin resultados, yo estaba cada vez más nervioso. Seguí buscando nuevas combinaciones sobre en el mapa, pero la primera parecía la más acertada, ya que era la única que formaba una base cuadrada de una pirámide con su cúspide en el centro. El inspector llamó entonces a la Finca de la Minilla, cuya extensión superaba los diez marjales, más de cinco mil metros cuadrados, entre terreno arbolado y casona. La respuesta fue positiva, habían alquilado la Minilla para una fiesta de un par de días, lo habitual en ellos. Dos días era el tiempo necesario para realizar la cena y dejarlo todo tal y como estaba, según nos había dicho el señor Abreu tiempo antes. Rápidamente, salimos de la oficina.

# Capítulo 40

## La Finca de la Minilla

Para el inspector, el caso estaba oficialmente cerrado, de modo tendríamos que solucionarlo nosotros solos acudiendo a la Finca de la Minilla. Nos presentamos allí justos de tiempo. Debíamos darnos prisa si queríamos sacar a Elena de allí con vida. Dejamos el coche en las inmediaciones, camuflado entre unos arbustos. La finca estaba rodeada por un muro blanco y alto. Vimos entrar varios coches de alta gama por entrada principal. La verja se cerró tras pasar el último de los vehículos. Necesitábamos planificar por dónde íbamos a entrar. La noche cayó a las siete de la tarde, lo típico de mediados de marzo.

Según nos dijo el propietario cuando nos presentamos y le explicamos la situación, sin demasiados detalles, la finca y el caserón estaban contruidos sobre una antigua mina de carbón. Nos proporcionó unos planos, tanto de la mina como de la finca. La entrada de la mina estaba a unos cien metros de la finca, en el exterior. Pero, según nos dijo, uno de los pasadizos comunicaba con el sótano de la casa, que antiguamente había hecho las veces de almacén para el carbón. Supusimos que allí tendrían a Elena, en el sótano. Buscamos la entrada de la antigua mina abandonada. Fue una larga caminata por terreno pedregoso. La entrada a la mina estaba abierta, como si fuese una cueva. La ya oscura noche se hizo aún más oscura cuando recorrimos los primeros cincuenta metros del primer pasadizo. Encendí mi pequeña mini Maglite, la cual nos proporcionó una amplia luz blanca. Llegamos a una bifurcación. Consultamos el mapa, según el cual el camino de la izquierda era el correcto. Por allí fuimos. Caminamos siguiendo la vieja vía por la que antaño habían

sacado el entonces valioso carbón. Como era habitual, él inspector calzaba zapatos, lo que retrasaba nuestra llegada. Yo iba tirando de Mejía, que no paraba de quejarse por las ampollas en los pies. De pronto, la luz de mi linterna se reflejó en una superficie metálica de escaso metro y medio. Me acerqué a la superficie. La iluminé y la tanteé con las manos. Se trataba de una puerta con un tirador en el centro. Estaba completamente oxidada, a excepción de algunos sectores que conservaban el cromado. Probé abrirla, pero fue imposible. La puerta no parecía estar cerrada, ya que se movía un poco. Estaría atascada por el paso del tiempo y el poco uso. Si se abriera hacia el otro lado, solo tendríamos que empujarla con nuestros hombros, pero abría hacia nosotros.

—¿Y si hacemos que sean ellos los que nos abran? —sugerí esperando que el inspector me preguntara cómo.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Muy fácil, tocando a la puerta.

—¿Tocando a la puerta?

—Sí. Si insistimos lo suficiente, seguro que abren.

—Pero, entonces sabrán que estamos aquí.

—Sí, pero una vez que nos deshagamos de los dos tipos de seguridad, los demás se van a acobardar, por muchos que sean.

—¿Deshacerte de ellos? ¿Cómo? No los vamos a coger precisamente por sorpresa.

—¿Qué cómo? Tú toca a la puerta.

El inspector tocó varias veces la puerta metálica, produciendo un sonido hueco en el interior del pasadizo.

—Más fuerte, toca más fuerte, que te oigan —reclamé algo enfadado por la falta de chispa del inspector.

Mejía volvió a tocar la puerta, esta vez con más fuerza. Ya podíamos

oír cómo discutían al otro lado de la puerta. Esta se movió un poco. Estaban intentando abrirla. La golpearon fuertemente. Cuando la puerta se abrió, se asomó uno de los tipos de seguridad, pistola en mano. Entonces apreté con fuerza el cargador de gasolina del ZIPPO, dirigiéndolo principalmente a su rostro y torso. Casi al instante, lo encendí y lo lancé sobre su pecho. El fuego se le extendió velozmente desde el pecho hasta la cara. El seguridad hizo varios disparos que fueron a incrustarse peligrosamente en las paredes de la vieja mina. El ZIPPO cayó a sus pies, con la pequeña llama aún encendida. El seguridad se llevó las manos a la cabeza, y las llamas le subieron por las mangas. Una bola de fuego caminaba sin rumbo, tambaleándose hasta a caer sobre una montaña de carbón, junto a la leña apilada. Nos adentramos y lancé el cargador del ZIPPO sobre las llamas que envolvían el cuerpo del seguridad. Una explosión, lo suficientemente grande, hizo que el fuego se extendiera. Todos corrían despavoridos. El carbón y la leña comenzaron a arder. El humo, que no encontraba salida, nos impedía ver con claridad, además de dificultar la respiración. Aun así, entre la espesa humareda pude ver a Elena colgada por los pies de una de las vigas de madera del techo. Me acerqué a ella. Estaba inconsciente. Oí un disparo. Cuando me giré, vi al inspector resguardándose detrás de unas cajas. Su brazo izquierdo sangraba. Lo había alcanzado una bala. El inspector efectuó otro disparo que dio en una pared. Descolgué a Elena dejando caer poco a poco la cuerda que iba rozando sobre la viga de madera del techo. Los diez comensales, junto con el verdugo, se amontonaban en la escalera de subida a la casa. La puerta no se les abría. Pero todo pertenecía a un plan. Le había encargado al dueño de la casa que la cerrara cuando todos estuvieran dentro. Al parecer, así lo había hecho. El otro seguridad también estaba escondido, disparándole al inspector. Mantenían un fuego cruzado que yo aproveché para salir por la pequeña puerta que daba a la mina, con Elena a mis hombros, mientras el inspector nos cubría. Una vez que

el inspector comprobó que estábamos a salvo, retrocedió sin dejar de disparar sobre su adversario. Se unió a nosotros cuando el fuego ya se adueñaba del almacén, quemando todo a su paso. Cerramos la puerta y la atrancamos con una viga de hierro que encontramos en el suelo. Buscamos el camino de vuelta. El inspector se agarraba el brazo izquierdo, taponando la herida, y yo corría con Elena a los hombros. Dejamos atrás el infierno, con los gritos que, a pesar de todo, nos estremecían. Finalmente, se cumplía el último deseo de la señora Gertrudis. El fuego vengaba así la muerte y el sufrimiento de sus víctimas.

Ya en la 306 del hospital Clínico, mientras esperaba a que Elena recobrara el conocimiento entre cables y botellas de oxígeno, y las flores enviadas por el inspector Mejía, escribí una carta.

*Estimada Lucía:*

*Si estás leyendo estas líneas, quiere decir que ya tienes en tu poder el sobre que dejé en tu buzón. Tómallo como una indemnización o el pago de un seguro de vida. Ese dinero te corresponde, pues tú eres la que más ha perdido durante el transcurso de la investigación, y de no ser por la desinteresada colaboración de Pau, no habríamos podido llegar hasta las maquiavélicas mentes que había detrás de las muertes de todas esas chicas. Tómallo también en agradecimiento, no solo por la colaboración de Pau, sino por la tuya propia, ya que tu decisión de venir a darme ese pendrive aceleró el descubrimiento de toda una organización que hasta entonces había sido completamente anónima.*

*Para tu información y tranquilidad, te diré que los responsables de la muerte de Pau murieron quemados por las brasas de su propia hoguera, en un trágico y fatal accidente del cual ninguno salió con vida.*

*Se despide un amigo, Daniel Carcosa, a 23 de Marzo de 2017.*